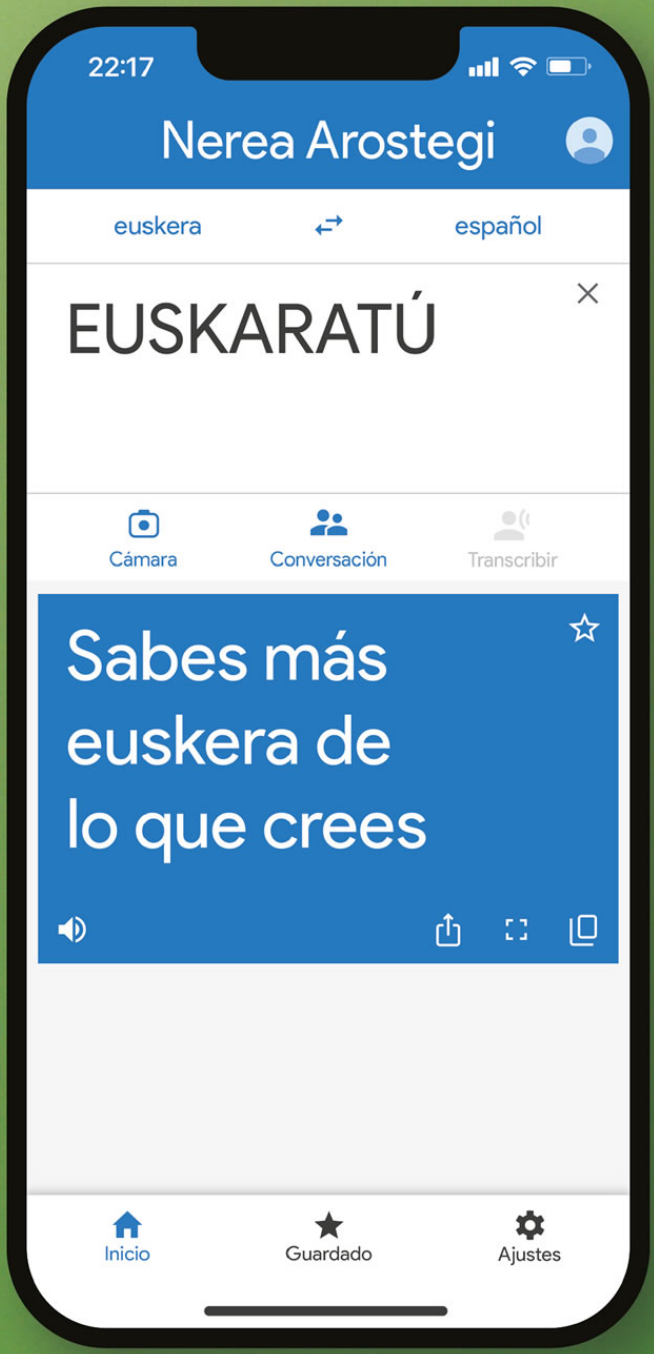

22:17
Nerea Arostegi
euskera
español
EUSKARATÚ
Cámara
Conversación
Transcribir
Sabes más euskera de lo que crees
Inicio
Guardado
Ajustes

DEBATE

Euskaratú

Sabes más euskera de lo que crees

NEREA AROSTEGI

DEBATE

Prólogo

La autora de este libro se ha propuesto demostrarte algo que, seguramente, no te habías planteado en tu vida: que sabes más euskera de lo que crees. Puede parecerte mentira, pero te garantizo que esta mujer suele conseguir lo que se propone. Y la prueba está en el ensayo que tienes en tus manos y en este prólogo que ahora lees a pesar de que no me gusta mucho prologar libros. Procuro evitarlos porque siempre son previsiblemente elogiosos, como los brindis de boda, las virtudes de un hijo narradas por la madre o por el padre, las palabras en la despedida de un jubilado o los discursos en un funeral. Y además tienen una evidente trampa: si no quieres destripar el contenido de lo que vas a elogiar, ni podrás desvelar lo interesante ni tendrá suficiente interés lo que finalmente cuentes. Así que comencemos por una crítica a la autora, para compensar: Nerea no nos cuenta cómo se dice *spoiler* en euskera.

Y ya está, por mi parte aquí termina la crítica. Porque aprecio mucho a la autora, sí, personal y profesionalmente, pero, sobre todo, porque me parece encomiable la idea que inspira este libro, original el enfoque y atractiva la narración que acaba atrapándote en la aventura que nos propone su autora. Puede que alguien le recrimine la osadía de lanzarse a este reto por joven, por periodista, por meterse donde no la llaman, por hablar de lo que no conoce suficientemente... Si se molestasen en leer la obra, cosa que no suele ser frecuente entre muchos voceros indocumentados que pueblan redes y tertulias, sabrían que ella reconoce esas carencias. No es

historiadora ni lingüista, solo periodista. Y lo único que pretende, con las armas de su oficio y movida por una curiosidad innata, expansiva y contrastada, es diseccionar para nosotros un idioma por el que siente tanto respeto y pasión como nosotros, distancia o indiferencia. Una lengua que no pudieron aprender sus padres a su debido tiempo, pero que quisieron que su hija aprendiera a tiempo y como es debido.

Y en ese proceso de aprendizaje, conforme fue adquiriendo su condición de bilingüe, acabó siendo consciente de lo que ahora nos cuenta en este libro en el que derriba algunos mitos bien enraizados. El primero, que el euskera es un idioma endiablado, imposible de entender para un castellanohablante que, sin embargo, es capaz de vislumbrar lo que dicen un gallego o un catalán cuando hablan en sus respectivas lenguas suficientemente despacio. El segundo, que es un idioma muy complicado también para quien se lanza a la aventura de aprenderlo. Y el tercero, que explicaría en parte los otros dos prejuicios, que el castellano y el euskera son lenguas de raíces tan distintas y distantes que carecen de vaso comunicante alguno.

Esa distancia fruto del desconocimiento hace que, con frecuencia, contemplemos esta lengua desde la caricatura para salvar nuestras carencias, creyendo que todos los vascos se llaman Patxi, se apañan con ocho apellidos, comienzan cada frase con un «aúpa» —*aupa* en euskera—, la rematan con un «pues», manifiestan desagrado o sorpresa con un *kaben txotx* y forman neologismos a base de añadir el sufijo *–ak* a cualquier palabra castellana. La misma estrategia que nos hizo construir durante décadas chistes en los que alemanes, franceses y británicos eran siempre los torpes protagonistas que sucumbían ante el ingenio o la valentía del español. Pero de eso se sale, si se quiere, a base de pequeñas dosis de conocimiento. Y este libro contiene píldoras suficientes como para afrontar un

primer tratamiento de choque.

Gracias a él te vas a sorprender, y mucho, cuando sepas que el euskera escrito no tiene tildes, que prescindió de la *v*, de la *c* y de la *q*, se apañan con la *b* y la *k*, y que ha especializado los sonidos correspondientes a la *g* y a la *j*, el primero suave, el segundo más fuerte. Por eso, Nerea se apellida Arostegi y no Aróstegui. Esta economía del lenguaje se intentó también en castellano, la última vez hace doscientos años. Pero finalmente los académicos no aceptaron el órdago de los lingüistas de la adecuación, consideraron la sugerencia como una idea sacada de la chistera y nos dejaron a los castellanohablantes el zurrón cargado de algunas innecesarias complicaciones.

También te sorprenderá, por cierto, que palabras como las que acabas de leer, «órdago», «chistera» y «zurrón», nos llegaron del euskera. Y no son las únicas. Quizá la que más juego nos ha dado es «izquierda», que nos permitió orillar la hoy siniestra palabra «siniestra». Muchos de estos términos entraron finalmente en el diccionario de la RAE con su correspondiente adaptación gráfica, que ha dado origen a lo que Nerea califica de «euskaltellano». Y así, *txabola* acabó en «chabola», por ejemplo, aunque no se entiende la necesidad de castellanizar *akelarre* en «aquelarre», si podemos escribir «kilo» y «quilo» sin que el autocorrector ni los doctos académicos nos llamen la atención.

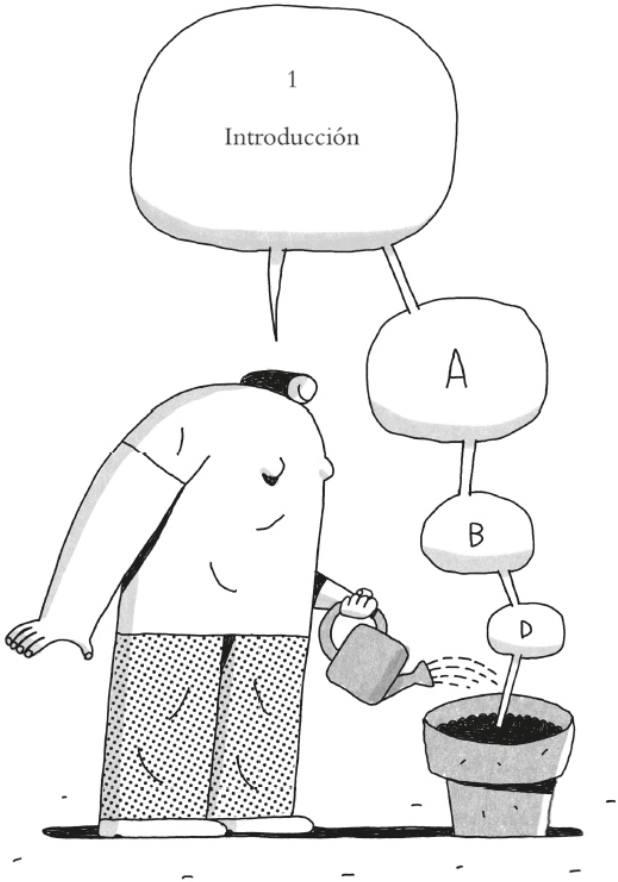
Ese paseo por el euskaltellano es solo el comienzo. Dado que cualquier idioma sirve para nombrar la realidad que nos rodea, Nerea Arostegi nos propone transitar por la realidad que nos ha ido llegando en las últimas décadas desde el País Vasco nombrada en euskera, para desentrañar los significados de sus palabras, para comprender los mecanismos mediante los cuales se construye y se extiende su léxico a base de prefijos y sufijos, y para entender que, en el fondo, no son muy distintos a los que manejamos en castellano. Una realidad que se fue colando

en nuestras casas a través de la información, primero, y en nuestras vidas, después, a través de la ficción y en forma de películas, de libros, de canciones... Desde el dramático terrorismo de ETA que nos azotó durante décadas hasta los *Ocho apellidos vascos*, pasando por el fútbol, la política, algunas marcas de productos comerciales que compramos, los nombres y apellidos de personajes relevantes en todos los ámbitos, hemos ido acumulando sin querer un conocimiento sobre esta lengua que el presente libro pone frente a nuestros ojos y que permite a su autora, con toda la razón, afirmar que sabemos más euskera del que creemos. Como si unos modernos Homero o Cicerón nos dijeran que sabemos mucho más griego y latín del que creemos. No es su intención final, pero este libro te permitirá también acumular suficientes palabras y tener algunas herramientas con las que desenvolverte en euskera en algunas situaciones cotidianas, para saludar, pedir por favor o dar las gracias, eso que nos marcamos como exigencia, por necesidad y por respeto, cuando viajamos a lugares que hablan otro idioma. O que hablan, también, otro idioma. Incluso puede que, al acabarlo, la autora te haya cautivado de tal manera que pienses que es una *jatorra*, que es lo que creemos quienes hemos tenido la suerte de cruzarnos con ella en la vida. Pero, sobre todo, te servirá para responder con suficientes argumentos cuando alguien te pregunte si el euskera es un idioma complicado, imposible de entender...

ISAÍAS LAFUENTE

1

Introducción



¿Es el euskera un idioma complicado? ¿Cuando lo escuchas te parece que no entiendes nada? ¿Piensas que es imposible de pronunciar? ¿Tiene letras desconocidas? ¿Es una lengua que solo hablan unos pocos? Estas preguntas tienen algo en común: al final de este libro, tu respuesta a todas ellas será «no».

La afirmación de que el euskera es un idioma complicado e imposible de entender es tan verdad como que todos somos iguales ante la ley. Pero tú, querida lectora o lector, sabes euskera. Sabes más euskera de lo que crees. Sí, tú. Tú, que lees estas líneas, que te has acercado a estas palabras, sabes euskera. No frunzas el ceño ni te sorprendas, esto sí que es una afirmación certera. Tan certera como que el agua moja, el fuego quema y en Euskadi no se folla.

Tener grandes expectativas cuando se empieza una relación puede ser un problema y, por eso, antes de que sigas leyendo, quiero sincerarme contigo para que el vínculo que creemos a partir de ahora sea sincero. No soy filóloga ni historiadora ni he cursado estudios sobre la lengua vasca; soy periodista.

He nacido y crecido en un municipio que se llama Getxo (Bizkaia), y siento un enorme respeto y pasión por el euskera. Mi *ama* y mi *aita* no saben euskera, pero supieron inculcarme la importancia de conocer un idioma que forma parte de nuestra tierra y nuestra cultura. Soy lo que se conoce entre los euskaldunes como *euskaldun berria*, que sería una forma de decir que soy una «nueva hablante». Con mi familia hablo en castellano, pero he tenido la suerte de estudiar en una *ikastola*, donde la lengua vehicular es el euskera. Sí, la lengua vehicular es el euskera, y eso no me impide escribir y hablar en

castellano, como algunos quieren hacer creer.

El euskera es un idioma que no tiene un origen ni conocido ni relacionado con cualquier otra lengua; es una anomalía que ha mantenido y mantiene a muchos lingüistas confundidos. El pasado del euskera es más difuso que saber el momento en que hay que dejar de decir «Feliz año nuevo».

Cuando no se sabe cómo ha surgido algo, cuando no hay hipótesis contrastadas sobre su origen, siempre aparecen teorías mágicas o mitológicas. Es una forma de encontrar respuestas a lo desconocido. Para que te hagas una idea, incluso ha existido una tesis que afirmaba que Adán y Eva hablaban en euskera. ¿Que cómo se sabe? La güija, amigas.

No, en serio. El euskera lo han analizado investigadores de todo el mundo. Se ha comparado con prácticamente todos los idiomas que se conocen en busca de parentescos, y no hay pruebas concluyentes de su origen. Es la única lengua aislada de Europa, es decir, que no tiene ninguna relación o conexión lingüística conocida con ningún otro idioma (vivo o desaparecido). Así que, ahora mismo, la explicación más acertada es la de Sócrates: «Solo sé que no sé nada».

Hay muchas teorías alrededor del euskera y de su origen. Wilhelm von Humboldt (1767-1835) fue uno de los precursores del llamado «vascoiberismo», que mantenía que el euskera tenía relación con un iberismo peninsular previo a la romanización. Hasta la llegada del latín, en todo el territorio peninsular se hablaba íbero. Por lo tanto, esta teoría defiende que el euskera tiene un origen íbero que, sea cual sea la razón, ha sabido mantenerse en el tiempo, mientras que otras lenguas de su época no.

Antonio Tovar (1911-1985), uno de los lingüistas más respetados del siglo XX, encontró cierta relación entre algunas palabras del euskera y el georgiano. Hablaba de similitudes fonéticas, como que en euskera «nosotros» se dice *gu* y en

georgiano *gw*. Pero los datos son tan pocos y tan poco convincentes que, hasta la fecha, tampoco hay pruebas de que pertenezcan a la misma familia lingüística.

El euskera tiene una particularidad: el ergativo (*ergatiboa*). Esto quiere decir que distingue el sujeto intransitivo del sujeto transitivo (o activo). Y eso es algo que en castellano no pasa. Por ejemplo, si vas a crear la frase «Ane ve el perro», como Ane es el activo, en euskera se le suma una *k*: *Anek txakurra ikusten du*. En cambio, si la frase es al revés, «El perro ve a Ane», la *k* se le añade al perro: *Txakurrak Ane ikusten du*. Es un detalle que, por ejemplo, comparte con el georgiano.

Otro elemento común de los idiomas caucásicos y el euskera es el uso de la base veinte para contar. De todos modos, cuando hablamos de lenguas caucásicas debemos tener presente que nos referimos a decenas de idiomas distribuidos en varias familias lingüísticas muy distintas.

Las decenas en euskera siguen un sistema vigesimal. Ese es un rasgo de idiomas caucásicos, pero también de otras lenguas habladas en Mesoamérica, en India o en Sudamérica. Y, si miramos más cerca, nuestros vecinos franceses también usan ese sistema. Es decir, a partir del veinte todo gira en torno a este número. Si tenemos en cuenta que «diez» es *hamar* y «veinte» es *hogei*, «treinta» es *hogeita hamar* (veinte y diez), «cuarenta» es *berrogei* (dos veces veinte), «cincuenta» es *berrogeita hamar* (dos veces veinte y diez), «sesenta» es *hirurogei* (tres veces veinte), «setenta» es *hirurogeita hamar* (tres veces veinte y diez), «ochenta» es *laurogei* (cuatro veces veinte) y «noventa» es *laurogeita hamar* (cuatro veces veinte y diez). Incluso hay textos antiguos en los que «cien» aparece como *bostogei* (cinco veces veinte), pero hoy en día la palabra más común es *ehun*.

Hasta la introducción del árabe, las lenguas bereberes dominaban la mayor parte del norte de África. Estos idiomas

siempre han estado rodeados de muchos enigmas, y eso ha llevado a que, a lo largo de la historia, muchos investigadores hayan vinculado el euskera con el bereber. Jan Mukařovský (1891-1975) es una de las figuras más relevantes en investigar y defender que ambos idiomas están unidos. Esta teoría, criticada duramente por otro de los mayores especialistas en bereber, Salem Chaker (1950), se sostiene en similitudes fonológicas. Aunque su escritura sea diferente, la pronunciación parece ser muy similar. En bereber, los nombres que se dan a los animales son muy parecidos a los del euskera. *Aker* (macho cabrío) es «iker» en bereber, o *asto* (burro) es «ezet». También coinciden en otras muchas palabras, como la forma de decir «nombre»: en euskera es *izen* y en bereber «isem».

Pese a todas estas teorías, no hay pruebas de que el euskera tenga vinculación alguna con estos idiomas. Y, como dijo Koldo Mitxelena, «el auténtico misterio que encierra la historia del euskera no es el de su origen, sino el de su conservación hasta nuestros días». Hay que tener en cuenta que hay teorías que remiten el euskera a la Edad de Piedra por la creación de algunas palabras. *Aizkora* (hacha), *aitzur* (azada) o *aiztoa* (cuchillo) comparten la misma raíz *aiz/aitz*, que vendría de *haitz*, una forma de decir «peña» o «roca», y se remontarían a la época en que los utensilios se hacían de piedra. Aunque, para ser justos, debemos decir que la realidad es menos romántica. Parece ser que su origen está más relacionado con el latín y el término *asciola*.

El filólogo e historiador Jorge María Meneses es uno de los teóricos que defiende que el idioma más cercano al primer ser humano, el habla primaria, fue el euskera. Y que todos los idiomas surgen de ahí. Puede parecer una invención de un euskaldun, pero Meneses es natural de Valladolid. Esta idea es muy controvertida y, por supuesto, muchos otros historiadores

no la comparten. Además, profesores como Patrick Sims-Williams no estarían en absoluto de acuerdo en que se considerase el euskera la lengua más antigua ni en que se le diese ese halo mágico y enigmático. Según las investigaciones de este último, todas las lenguas son igual de antiguas; la cuestión es que, en este caso, desconocemos su origen.

El 14 de noviembre de 2022 era lunes, y todos los medios de comunicación habían sido convocados por el Gobierno de Navarra. Ningún periodista sabía para qué; solo nos habían dicho que estaba relacionado con el euskera. A las diez de la mañana estábamos ahí cámaras, fotógrafos y periodistas de radio y televisión. Creo que nadie en aquella sala esperaba ver uno de los hallazgos más importantes de la historia del euskera: la mano de Irulegi.

En el siglo I a. C., los partidarios de Pompeyo llegaron al monte de Irulegi, a unos ocho kilómetros de Pamplona. En mitad de la guerra sertoriana, los soldados romanos decidieron reducir a cenizas aquellas tierras, ocupadas por un pueblo vascón. Veintiún siglos después comenzaron unas excavaciones para examinar la zona. Lo que parecía ser algo similar a las «alitas del casco de Astérix» terminó siendo una mano de bronce con una inscripción en lengua vascónica. Este descubrimiento confirma el uso de la escritura y, por tanto, del habla de la lengua vascónica hace más de dos mil años. Es importante distinguir entre lengua vascónica y euskera; así lo pidió también el lingüista Joaquín Gorrotxategi en la rueda de prensa. Después de tanto tiempo es natural que haya evolucionado de tal manera que hoy en día no sea la misma lengua.

En la inscripción encontramos cinco palabras distribuidas en cuatro líneas. Gorrotxategi explicó la relación de la primera de las cinco palabras, *sorioneku*, con la actual *zorioneko*, que significa «de buena fortuna». Tal como explicaron los expertos,

la mano estaba diseñada para colgarse en la puerta de entrada de una casa, a modo de objeto protector. El resto de la inscripción no ha podido descifrarse hasta el momento.

Junto con otros hallazgos, como el mosaico de Andelo, el bronce de Aranguren y una inscripción sobre piedra de Olite, se trata de un descubrimiento de enorme importancia, que nos acerca hacia lo que puede ser el origen del euskera. Lo más curioso de todo es que tal vez queden aún más tesoros por descubrir y que esto solo sea el comienzo.

Así que este libro no pretende ser una lección de historia o filología vasca. Para sentar cátedra de las cosas que una no sabe ya está Twitter. Lo que sí vamos a intentar es desmontar prejuicios y falsas ideas sobre esta lengua. Y como dijo Mariano Rajoy, «Haré todo lo que pueda y un poco más de lo que pueda, si es que eso es posible. Y haré todo lo posible e incluso lo imposible, si es que lo imposible es posible».

Hace ocho años que llegué a Madrid por primera vez: una vasca en la capital y todo lo que ello implica. Decir que eres de Bilbao fuera de Euskadi, según mi experiencia, tiene varias consecuencias; por un lado, siempre hay alguien que responde con un «De Bilbao, ¡la hostia!» y trata de imitar un acento que en su cabeza suena como *Vaya Semanita*, pero que en realidad se parece más al de Dani Rovira en *Ocho apellidos vascos*. Por otro lado, te preguntan si sabes euskera y añaden algún comentario sobre lo complicado que es hablarlo o entenderlo. ¡Meeec! Error. Si algo he sacado en claro después de tantos años rodeada del castellano es que todos sabéis euskera. Y lo vais a comprobar.

Muchas de las palabras que oyes y dices son euskera. Quizá no seas capaz de reconocerlas, pero no pasa nada, porque esto es como un buen truco de magia: no lo ves, pero está ahí. Piensa en todos los términos que, debido a la actividad de ETA, se han incluido en nuestro día a día, como *kale borroka* o *zulo*;

cuando vas a comprar ropa y ves marcas como Kukuxumusu; al ir al supermercado o a las grandes superficies, puedes entrar en un Eroski; o haciendo la compra puedes encontrar mantequilla Artua y aceite Koipe. Fíjate que en los medios de comunicación es posible que escuches hablar del *lehendakari*, la Ertzaintza o Bildu. Pues bien, todas esas palabras nacen por un motivo concreto y, cada vez que pronuncias una de ellas, estás hablando euskera.

Incluso cuando crees que estás haciendo uso de un perfecto castellano, puede que estés utilizando el euskera para expresarte. En los momentos en los que echas un órdago, en las comidas en las que tomas cocochas, cuando guardas tus objetos en una mochila o en esos instantes en los que coges una ganzúa, para lo que sea que quieras una ganzúa.

Y ¿qué opinas de la grafía? ¿Has tenido que decirle alguna vez a algún euskaldun que te repita su nombre o apellido? Hay una situación que se repite en muchas ocasiones cuando tienes un nombre o apellido vasco: cuando debes identificarte, si la persona receptora no sabe euskera, es probable que te pregunte cómo se escribe o que tengas que deletrearlo. Y es curioso porque, en realidad, es más fácil no cometer faltas de ortografía en euskera que en castellano.

Un gran ejemplo de ello es que no hay tildes. Sí, como lo lees, ¡no hay ninguna palabra que lleve tilde! Y qué quieres que te diga, a la hora de hablar por escrito con tu ligue es un punto a favor. Una tilde mal puesta puede bajar más la libido que un mitin de VOX. Bastante mal está ya la cosa en nuestra tierra con respecto al sexo como para quitarnos oportunidades con las tildes.

Eso sí, que no haya tildes no quiere decir que no importe dónde se acentúa cada palabra, pero debemos tener en cuenta que existen múltiples dialectos de esta lengua, y formas diferentes de hablar y de pronunciar. El euskera no es un

idioma que se hable exclusivamente en las tres provincias del País Vasco. Su historia y su tradición cultural está estrechamente ligada con el resto de los territorios circundantes, como Navarra y los tres departamentos del País Vasco francés (Iparralde). Por eso, a partir de ahora hablaré de Euskal Herria, que es como se denomina al conjunto de territorios donde se habló y se habla la lengua vasca. Es un término sociolingüístico usado con normalidad por escritores de todas las ideologías, tanto en euskera como en castellano o francés, desde el siglo XVI. Y cuando hablemos del euskera, estaremos hablando del *batua*, que es la variante que se creó con el fin de poder establecer unas normas. Es muy parecido a cuando, en castellano, la RAE recoge el código de escritura del idioma e indica que, por ejemplo, se escriba «se ha ido» cuando muchos acabamos pronunciando «saído». Así que el *batua* es una forma de crear un código común. De ahí su nombre, *batu*, que significa «unir», pero también «reunir» o «recoger».

La pronunciación depende mucho de la persona que habla y de dónde sea, algo que también pasa en el resto del Estado. No es lo mismo dónde acentúa las palabras una persona andaluza que un gallego o un aragonés. Pues en euskera, lo mismo.

De todas formas, puedo darte un truco que te ayudará cuando tengas alguna frase o palabra delante de ti. Esto no se lo digas a ningún lingüista, porque es probable que me meta en la lista negra. Es una simplificación de la lengua que no suele gustar mucho, pero que creo que puede ser útil para quien cree desconocer el euskera. Si lees algo en este idioma, trata de poner el acento en la segunda sílaba de la palabra empezando siempre por la izquierda. Por ejemplo, cuando decimos «euskera», la segunda sílaba por la izquierda es /ke/. En el caso de mi apellido, que es Arostegi, habría que poner el acento en /ros/. Intenta decirlo en voz alta. No es una pauta que sirva para el cien por cien de los casos, pero sí que te ayudará como

método general. Y, ya de paso, me ayudará a mí a escuchar mi apellido bien pronunciado.

Otra regla gramatical que hace que se simplifique la escritura, sobre todo si la comparamos con el castellano, es que no existe la *v*. Todas las palabras en euskera se escriben con *b*. Tampoco hay *c* ni *q*, que son sustituidas por la *k*. Esto también era un puntazo para los exámenes de ortografía.

La simplificación del euskera no acaba aquí. También la *g* y la *j* son mucho más sencillas. La pronunciación de «ga, gue, gui, go, gu» siempre es con *g* simple, y del otro lado tenemos «ja, je/ge, ji/gi, jo, ju», que siempre es con *j* aunque su pronunciación es más suave que en castellano, más parecida a una /ll/. Si alguna vez quieres utilizar la onomatopeya de la risa en euskera, tendrás que recordar que es *karkar*. Lo tendrás que recordar tú, y yo, y quizá media Euskal Herria porque, sinceramente, creo que no es un término muy extendido.

En el alfabeto tenemos un patito feo: la *ñ*. Es una letra que divide tanto a los euskohablantes como a los propios lingüistas. ¿Es la *ñ* una letra del euskera? ¿Es la pizza con piña una pizza? Cerraremos el debate acudiendo a Euskaltzaindia, la Academia de Lengua Vasca, que recoge la letra como parte del alfabeto por tener términos con significado propio —y no adaptaciones o extranjerismos— que se escriben con la *ñ*. Se trata de un fenómeno fonético. Algunas veces podrás oír *gainera* y otras *gañera*. En ambos casos hace referencia al término «además» o «encima», y tienen una fonética idéntica. Solo cambia la forma de escribirlo, como cambia la persona que lo escribe. Eso sí, *gainera* es la única forma estándar adoptada para la escritura.

Y si hemos dicho que la *ñ* es el patito feo de nuestro idioma, la equivalencia de la *ch* sería el lobo de la historia. El lobo feroz al que todos, en algún momento de nuestra vida, hemos temido.

Aquí es donde está el mejunje del euskera, los quebraderos

de cabeza, los suspensos en ortografía de muchos niños y niñas. La cuestión es que allí donde el castellano escribe *ch* en euskera se puede dar de tres maneras diferentes: *ts*, *tz* o *tx*. Los argumentos y explicaciones para diferenciar entre las tres opciones son como en castellano aprender a distinguir entre la *v* y la *b*, el caso es que llegó un día la madre del idioma y dijo: «Esto es así porque lo digo yo y punto».

Desde aquí aprovecho para pedir disculpas públicas a los profesores de mi infancia que tuvieron que corregir mis exámenes. Cuando no sabía cómo se escribía una palabra, hacía una mezcla de *s*, *z* y *x*. Y si cuela, cuela.

En cuanto a la pronunciación, los tres ejemplos son una especie de /ch/, y digo especie porque tienen alguna diferencia. Por si a partir de ahora te encuentras palabras que contengan estas grafías, voy a hacer una pequeña simplificación (esta tampoco se la cuentes a los lingüistas): cuando veas una palabra con *ts* pronuncia como si fuese la /ch/ normal, si es con *tz* haz esa misma /ch/ pero muy suave, como si fuese la doble /zz/ de «pizza» o fueses un *cayetano*. Y si encuentras una *tx*, debes hacer la /ch/ más sonora y marcada.

Ahora sí, creo que es el momento de pedirte, rogarte e implorarte que a partir de ahora escribas *kalimotxo*. No utilices más la *c* y la *ch* para este término o no te lo perdonaré jamás. No te puedes hacer a la idea de la cantidad de euskaldunes que ganan dioptrías cada vez que ven un *kalimotxo* mal escrito.

Te habrás fijado en que a lo largo de estas líneas me estoy dirigiendo a ti y que en algunos momentos he tenido que diferenciar entre lectora o lector, porque no sé si eres mujer u hombre. Esta diferencia no existiría si el libro fuese en euskera, ya que la terminología vasca carece de género gramatical. Por ejemplo, si hablas de un/a lector/a en euskera, decimos *irakurle*, indistintamente. Cuando quieres referirte a ella o él siempre es *bera*, y si la mesa es roja o el boli rojo, es *gorri*. Es

un aspecto que simplifica mucho la conjugación y la composición de las oraciones y, además, podemos hasta decir que el euskera viste con gafas moradas, porque esa característica lo convierte en un magnífico ejemplo de lenguaje inclusivo. ¡Qué alegría para las feministas!

Espero que la última frase que acabas de leer la hayas enfatizado como se merece. He puesto la exclamación de inicio para poder revelar de antemano mi alegría. Esto tampoco lo hubiese hecho en euskera, ya que, al igual que en otros muchos idiomas —francés, inglés, alemán...—, solamente se utilizan los signos de interrogación y exclamación al final de la oración, como el punto final.

2

Informa y forma

En mi familia los informativos siempre han sido sagrados. Todos los días, a la hora de la cena, nos sentábamos frente al televisor los cuatro: mi *ama*, mi *aita*, mi hermano y yo. Eran las nueve de la noche y el comienzo de las noticias indicaba el final de nuestro día. Después de esa comida nos iríamos a dormir.

Recuerdo que, de muy pequeña, no me gustaba ver las noticias porque todo me resultaba aterrador. Quizá formaba parte de mi imaginario o quizá la propia realidad era así. Viví mi infancia en los años noventa, una época que coincidió con las guerras de los Balcanes, y recuerdo la apertura de los informativos en que hablaban constantemente de conflictos internacionales y muertes. Siempre quería cambiar de canal. Nunca me dejaron, porque, según me decían: «Cariño, hay que ver las noticias y saber lo que ha pasado en el mundo». No sé si eso habrá influido en mi vida —seguro que sí—, porque el resultado de todo aquello ha sido que hoy soy periodista.

En la adolescencia empecé a mostrar interés por la actualidad y, sobre todo, por la política. Eso significa que llevo más de quince años atendiendo a los informativos y a las innumerables palabras en euskera que se utilizan en ellos.

Ahora mismo, mientras escribo estas líneas, los informativos hablan de la pandemia: de las restricciones que se están implantando, de las medidas de seguridad que debemos tomar y, por supuesto, de la situación de los sanitarios. En ese repaso por el estado en el que se encuentran las comunidades autónomas han llegado hasta el País Vasco. «El director de Osakidetza será sustituido», cuenta la periodista. Apunto esa

palabra: *Osakidetza*. ¿Cuántas veces a lo largo de estos meses se habrá hablado del Servicio Vasco de Salud?

¿Cuántos de los periodistas o ciudadanos que se informan se habrán dado cuenta de que este nombre esconde tres palabras en euskera?

Osakidetza es «afiliación de la salud» y, de forma más romántica, podríamos decir «compañero de la salud». El término se crea de la unión de *osasun* + *kide* + *tza*. La primera parte, *osasun*, es «salud», y la segunda parte, *kide*, es «compañero». Pero debemos tener en cuenta que dice *kidetza*, y esto es «afiliación». Además, el término *Osakidetza* esconde una pequeña curiosidad —quizá casualidad—, y es que *osakin* es también una forma que existe para referirse a los médicos, con lo que, si juntásemos *osakin* y *kidetza*, también podríamos hablar de la «afiliación de médicos».

Al igual que se habla del Servicio de Salud de Euskadi, los informativos también se refieren a la situación de Navarra, donde ese servicio tiene el nombre de Osasunbide. Si traducimos literalmente este nombre sería algo así como «medio de conseguir salud» o «camino de la salud». En este caso, *osasun* va acompañado de *bide*, que es «camino» y también «medio» o «modo para conseguir algo». Pero *Osasunbide* no es solo el nombre del departamento de salud de la comunidad. También es una palabra con significado propio y designa la forma en la que se habla del «tratamiento, sistema de curación, remedio».

Y si bien la sanidad está ocupando muchos de los titulares de los informativos en el momento en que estoy escribiendo este libro, la gran protagonista en todos los medios de comunicación siempre es la política.

Una de las personas o, mejor dicho, el cargo político vasco que más se nombra es el de *lehendakari*. Todo el mundo lo identifica como el presidente de la comunidad autónoma de

Euskadi, pero lo cierto es que la traducción literal no se corresponde con esa idea. El término viene a decir que es «el primero», aquel que está a la cabeza de algo. Hay dos explicaciones extendidas de la creación de esta palabra y ambas nos ayudan a comprender el mismo significado. Por un lado, *lehena da* es la forma para indicar que «es el primero» —con el verbo conjugado *da*, que significa «es»—. Por otro lado, el término *lehendabizi* o *lehendabiziko* hace referencia directa a «el primero». Sea cual sea el origen correcto, en ambos casos va acompañado de *ari*, que es el sufijo que significa «persona que se dedica a». Por lo tanto, un *lehendakari* es la persona que se dedica a ser el primero de todos, a estar a la cabeza.

En el ámbito nacional, los partidos que están gobernando actualmente son PSOE y Unidas Podemos. Los socialistas en Euskadi se presentan como PSE-EE, iniciales de Partido Socialista de Euskadi-Euskadiko Ezkerra, o, lo que es lo mismo, «la izquierda de Euskadi». Y si no llega a ser por el euskera, puede que en lugar de la «izquierda», ahora mismo estuviésemos hablando de la «siniestra», pero eso es algo de lo que hablaremos más adelante.

El partido morado se presenta como Elkarrekin Podemos, en una mezcla de euskera y castellano con el fin de decir «juntos podemos», ya que *elkarrekin* es «juntos», que procede de *elkar*, término con el que se puede decir «mutuamente» o «uno y otro».

En Euskadi, Podemos se presenta con IU, que es Ezker Anitza. *Ezker*, como ya hemos dicho antes, es «izquierda», y *anitz* es un término que hace referencia a «muchos o muchas», así que se podría traducir como «la izquierda plural». Algo importante a tener en cuenta con el nombre de este partido es que no se debe confundir Ezker Anitza (partido político) con *esker anitz*, que significa «muchas gracias».

A nivel autonómico, el partido que más elecciones ha ganado

y más tiempo ha estado en el Gobierno es el PNV. Sus iniciales en euskera son EAJ, que significan Eusko Alderdi Jeltzale, Partido Nacionalista Vasco en castellano, pero el orden de las palabras es diferente: *Eusko* (vasco) *Alderdi* (partido) *Jeltzale* (nacionalista). No es extraño que las iniciales cambien de orden cuando se traducen de idioma. Por ejemplo, estamos familiarizados con UFO (*Unidentified Flying Object*), más conocido para nosotros como OVNI (Objeto Volador No Identificado); la traducción de UN (*United Nations*) la convierte en ONU (Organización de las Naciones Unidas), o el caso de WHO (W*orld Health Organization*), que llega a nuestro vocabulario como OMS (Organización Mundial de la Salud).

En el caso de EAJ debemos hacer un pequeño matiz, porque *jeltzale* es como se le llama a un seguidor del PNV, pero no a los nacionalistas en general. El término es exclusivo para este partido, porque literalmente quiere decir «los del *jel*» . ¿Y qué es *jel*? Pues bien, es el acrónimo del lema del partido: *Jaun-goikoa Eta Lagi zarra* —también se puede ver como *Jaun-goikoa Eta Lege zarra*, que quiere decir «Dios y Ley Vieja»—. Es el lema que los hermanos Sabino y Luis Arana, fundadores del Partido Nacionalista Vasco, establecieron al sentar las bases de ese movimiento político y, por lo tanto, *jeltzale*, «los del *jel*», se refiere a «los de Dios y la Ley Vieja».

La sede central de este partido es Sabin Etxea. Su nombre no solo hace honor al fundador del partido, sino que, literalmente, en ese lugar estaba la casa en la que vivió Sabino Arana.

En 1857 Santiago Arana construyó su hogar en Bilbao, junto a la iglesia de San Vicente. En ella nació, en 1862, su hijo Sabino. Años más tarde tuvo lugar una de las etapas más negras de la familia. El régimen franquista se incautó del inmueble y lo convirtió en la sede de la Falange y del Auxilio Social de la Sección Femenina hasta que, en 1960, las autoridades franquistas ordenaron su destrucción porque

querían acabar con cualquier mínimo símbolo vasco. En 1988 el PNV, con el solar en propiedad, comenzó a reconstruir la casa para adaptarla a lo que cuatro años más tarde se convertiría en su sede central. Así es como «la casa de Sabino» es, desde 1992, la casa del Partido Nacionalista Vasco.

La palabra adecuada para decir «nacionalista» es *abertzale*. Es un término que los partidos de derecha utilizan siempre como una suerte de ataque. Y lo cierto es que el lanzamiento de esta palabra tiene un efecto bumerán. Ya sabemos que muchos políticos son, como dice el refranero, de «ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio», pero es que con este ejemplo se llevan la palma de las incoherencias. Muchos políticos se envuelven en banderas de patriotismo mientras utilizan *abertzale* para criminalizar a algunos partidos vascos. *Abertzale* se traduce como «patriota». Hasta hace pocos años, la RAE recogía este término como «izquierda radical», pero esa es la connotación política que ha adquirido. En euskera, su origen viene de *aberri* (patria) y *zale* (aficionado o amante de).

Junto a *abertzale*, también es habitual que a algunos políticos se les cuele algún «batasuno». La intención al utilizar esta palabra es bastante evidente: menospreciar haciendo alusión al partido ilegalizado Batasuna. Quizá las cosas cambiarían si supiesen que lo que realmente les están diciendo es que son «unidad» y «alianza».

Los calificativos del párrafo anterior suelen ir dirigidos, sobre todo, a dos partidos: Geroa Bai, que se traduciría como «sí al futuro» —*geroa* es «futuro» y *bai*, «sí»—, y EH Bildu (Euskal Herria Bildu). Este último surgió de la unión de varios partidos vascos, y justamente el nombre recoge esa esencia, pues *bildu* significa «reunirse» o «juntar».

Hay dos fechas señaladas para algunos partidos políticos vascos y que todos los años son noticia: *Alderdi Eguna* y *Aberri Eguna*. Quizá sean parecidos en su pronunciación, pero son

muy diferentes en su significado. *Aberri Eguna* se celebró por primera vez tras la proclamación de la Segunda República en 1931 y es «el día nacional»; como ya hemos dicho antes, *aberri* es «patria» o «nación».

En cambio, *Alderdi Eguna* se celebra desde 1977 y, al igual que *jeltzale*, es un día de celebración solo para el PNV. La traducción es «el día del partido», porque *alderdi* es «partido» y *egun*, «día». De la misma forma, si entras en un *batzoki* tienes que saber que estás en un local del PNV, aunque cuente con servicio de bar o restaurante abierto a todo el público. Su traducción es «sitio de encuentro», y viene de *batza*, que es «reunión» o «asociación», y *toki*, «lugar» o «sitio». Porque reunirse está bien, pero reunirse con comida, mucho mejor. No obstante, no hay que confundirlo con *Euskal Etxea*, que es «la casa vasca» que podemos encontrar en muchas ciudades de todo el mundo para sentirnos como en casa.

La enseña o señal de una nación, una ciudad o una institución es una bandera, en nuestro caso la *ikurriña*. Puede que muchas personas piensen que esta palabra significa «bandera», pero no es así. Si se habla de una bandera cualquiera, ya sea la de un país como la de la playa, es mejor utilizar *ikurrin* o incluso «bandera», igual que en castellano. *Ikurriña* se usa exclusivamente para la bandera oficial del País Vasco. Es un símbolo para toda Euskal Herria que, justamente, tiene su etimología en esa palabra. Es un neologismo creado por *ikur* (signo o símbolo) y *ehun* (lienzo).

La presencia de políticos vascos en el ámbito nacional ha hecho que en multitud de ocasiones algunas expresiones en euskera hayan llegado al Congreso. Así es como Aitor Esteban pedía no hacer las cosas en un *di-da*, locución que se utiliza cuando se procede drásticamente, sin contemplaciones, o ir *tipi-tapa* (con paso corto pero ligero).

Pero hay políticos no euskaldunes que también han hecho

uso de expresiones en euskera, como cuando en 2018 el entonces presidente Mariano Rajoy llamó a Albert Rivera «aprovechategui». Así es como se recogía escrito en diferentes medios, pero, como hemos visto en el primer capítulo, la *v* no existe en euskera y la grafía de *gui* no es correcta. Euskaltzaindia tuvo que explicar en esas fechas que *aprobetxategi* sí que era una palabra en euskera, pero únicamente de uso informal entre amigos. Está extendido su uso en lengua oral, pero no se conoce su origen y tiene una forma irregular, ya que la palabra se forma con el verbo *aprobetxatu* y el sufijo *-tegi*, que suele indicar un lugar. Por eso, la traducción literal sería «lugar donde se aprovecha», pero en su uso real se utiliza para llamar «aprovechado» a alguien.

Rajoy explicó en una entrevista con Susanna Griso en Antena 3 que, cuando pronunció aquella palabra, no sabía que estaba empleando el euskera. El expresidente habla castellano y gallego, pero la palabra que más ha descrito sus años como líder es *amarrategi*. Este término es más utilizado en el deporte. No es una palabra propiamente del euskera, pero hace uso del mismo sufijo *-tegi*. En este caso, sumado a la palabra castellana «amarrar», surge un término que se utiliza coloquialmente para expresar que alguien es «conservador».

Otras palabras cotidianas también han llegado a la tribuna del Congreso. Si alguna vez has seguido alguna sesión de los diputados —entiendo que no lo hayas hecho, yo no me pongo a ver un simposio sobre energía cuántica—, te habrás dado cuenta de que Oskar Matute siempre empieza con unas palabras en euskera: *eskerrik asko* (muchas gracias). En ocasiones, lo acompaña de un *guztioi* (a todos y todas) o de algo más concreto, como *presidente andrea* (señora presidenta). Se dirige en femenino porque Meritxell Batet es la presidenta del Congreso, y lo suyo es que, si eres mujer, te hablen en femenino (no seáis como VOX). En caso de ser hombre, hubiese

dicho *presidente jauna*.

El portavoz de Bildu en la cámara baja ha sido protagonista en numerosas ocasiones por sus intervenciones. Muchas de ellas han sido en defensa del euskera. En septiembre de 2018, ante la proposición de ley de Ciudadanos en la que pedían retirar las lenguas cooficiales de las comunidades como requisito para acceder a un empleo público, Matute dijo: *Euskara da gure territorio libre bakarra*. Se trata de una cita del escritor Joseba Sarrionaindia que significa «El euskera es nuestro único territorio libre». Y en febrero de 2019 respondió a la promesa de Albert Rivera de convertir el castellano en la lengua vehicular de todos los colegios con un *Ez duzue lortuko* (no lo conseguiréis). Y parece que así será. No solo porque Rivera ya no esté en política, sino porque ahora mismo es más fácil ponerle un abrigo a un pulpo que encontrar un votante de Ciudadanos.

El uso de expresiones deportivas en conversaciones del día a día es algo normal, y así se vio durante la pandemia cuando Josune Gorospe utilizó en la Comisión de Control de Sanidad en el Congreso una metáfora ciclista para expresar que lo importante era llegar a meta y hacer el camino *txiri-txiri* (poco a poco o suavemente).

Los deportes por sí solos también son una fuente de menciones al euskera. Empezando por el que más minutos ocupa en un informativo, donde se puede escuchar hablar de Osasuna, el club de fútbol de Pamplona. Si en vez de poner el acento en la /u/ lo hacemos en la /a/, estaremos hablando de una de las cosas más importantes de esta vida: «la salud». Te sonará porque en párrafos anteriores hemos hablado de Osakidetza y Osasunbide.

Otro de los equipos euskaldunes más famosos es la Real Sociedad. El nombre no tiene nada de euskera, pero también es el equipo *txuri-urdin* (blanquiazul). En cambio, al equipo del

Athletic de Bilbao se le llama *gorri ta zuri* (rojo y blanco). Este equipo también ha dado a conocer la *gabarra*, que, pese a ser la forma de nombrar a un barco pequeño destinado a la carga y descarga en los puertos, se ha convertido en el símbolo de la victoria del equipo.

Los gritos son variados para animar al equipo: *gora, aupa, aurrera*... Todos ellos significan «arriba» o «adelante». Y también se escucha mucho *egurra eman*, que es literalmente «dar leña» y que vendría a ser «dar una paliza en el campo». Eso sí, los gritos más famosos son los que dio el entrenador de la Real, Imanol Alguacil. Su vídeo después de ganar la Copa del Rey de 2020 se viralizó. Incluso Raúl Pérez hizo un vídeo en que imitaba ese momento —y todos sabemos que no eres nadie si Raúl Pérez no te ha imitado—. Las palabras que dijo eran *Erreala ale, irabazi arte*, es decir, «La Real hasta la victoria». Y añadió: *beti egongo gara zurekin* (siempre estaremos contigo).

El fútbol es un deporte donde siempre hay polémica: que si fuera de juego, que si eso ha sido falta, que si mira la de él, que si el árbitro está comprado... Pero el colmo llega cuando un medio de comunicación trata de crear polémica diciendo que los jugadores del Athletic hablan euskera en los partidos para confundir al rival. Es indignante, porque todos los vascos y las vascas sabemos que Sabino Arana inventó el euskera para ganar al fútbol y nos han pillado. A ver qué hacemos ahora.

El caso es que sí, que en un programa deportivo sacaron unas imágenes de Iñaki Williams en las que gritaba *luze* (largo) a sus compañeros para indicar cómo quería que fuera un saque. En el programa *El Hormiguero* este mismo jugador reconoció que, por ejemplo, en los córneres, utilizan frases como *zu lehena* (tú, el primero) o *ni bigarrena* (yo, el segundo) para comunicarse y, de esa manera, despistar al contrario. Pero, vamos, que es tan comprensible que un vasco hable euskera como que un jugador del Celta hable en gallego, uno del Arsenal en inglés o uno del

Bayern en alemán, y no hace falta generar ningún escándalo. Como si un equipo quiere aprender klingon y utilizarlo como estrategia.

Fuera del fútbol hay más vida. A veces cuesta creerlo, pero sí, hay más deportes. En Euskal Herria tenemos, por ejemplo, *harri-jasotze*, en el que el nombre que toma el participante es muy reconocido: *harrijasotzaile*. Son los «levantapiedras», porque, literalmente, hace referencia a «la persona que levanta piedras». El término está compuesto por *harri* (piedra), *jaso* (levantar) y *-tzaile*, que es el sufijo con el que personalizar a alguien que hace una acción.

Entre los deportes vascos más populares también encontramos a los que cortan troncos o, lo que es lo mismo, *aizkolari*, que es como se llama a estos atletas y también a quien trabaja como «leñador». Si te fijas, este término se forma por el material que resulta del trabajo de una persona. Pues bien, en euskera se hace por la herramienta con la que trabaja. Surge por la palabra *aizkora*, que es «hacha», y el sufijo *-ari*. Es el mismo fenómeno que hemos visto con *lehendakari* y que veremos en más ocasiones.

Si hablamos de deportes vascos, hay que destacar la pelota, no solo por ser un deporte con siglos de historia, sino también por su influencia en otros idiomas. En el caso del castellano, la RAE recoge «pelotari», que es como se le llama al jugador, y en el que vemos, una vez más, el sufijo *-ari*. En euskera es *pilotari*, ya que *pilota* es como se hace referencia a esa bola redonda. Y no es la única palabra que vincula a este deporte con el Diccionario de la Real Academia. La *txapela* es el trofeo que se otorga al vencedor y forma parte del vocabulario del castellano. Esta boina es un símbolo de la victoria. Tanto es así que el término *txapeldun*, que significa literalmente «el que lleva sombrero», es la manera de decir «campeón».

Profundizando en este deporte, encontramos las

especialidades que se diferencian por la herramienta que se utiliza para golpear la pelota. Entre ellas está *zesta punta*, denominada así porque se utiliza una cesta de mimbre. Esta modalidad también es conocida como *jai alai* (fiesta alegre) y fue el nombre que se le puso a uno de los frontones más importantes en Madrid, inaugurado en 1891. Esta especialidad no solo ha llegado a la capital de España, sino que también ha cruzado el charco hasta llegar a Estados Unidos. Allí deben pronunciar *jai alai* como nosotros Matthew McConaughey (de libre interpretación), pero el caso es que han mantenido el nombre original.

El *Jai Alai* fue un frontón que desapareció a lo largo del siglo xx. Actualmente, hay otro frontón que también toma su nombre de estas palabras. Se trata del *Beti Alai* (siempre alegre), que fue declarado bien de interés cultural en 2011 y que se encuentra abierto tras un proceso de rehabilitación.

Está claro que, viendo la televisión, es muy difícil que alguien pueda llegar a aprender un idioma, pero es cierto que, utilizada con habilidad, puede llegar a ayudar más de lo que en un principio podríamos pensar.

Según la RAE, un medio de comunicación es un «instrumento de transmisión pública de información, como emisoras de radio o televisión, periódicos, internet». Los diferentes canales de información y entretenimiento de los que disponemos en la sociedad han sido siempre una fuente importante para conocer las noticias, adquirir conocimientos culturales, hábitos, diversión... Son, en definitiva, agentes influyentes en nuestro proceso de aprendizaje y socialización. Históricamente han sido medios para informar, pero ahora también sirven para formar. Para formar, como en este caso, en el aprendizaje del euskera.

En 2022, dos acontecimientos itinerantes coincidieron en el tiempo y recorrían las carreteras y también los medios de comunicación. Hablamos de la *Itzulia* del ciclismo y la *Korrika*.

La primera es más conocida. Se trata de la Vuelta ciclista al País Vasco, una competición que se celebra en Euskadi y Navarra, y que reúne a figuras nacionales e internacionales de este deporte. La segunda es menos conocida fuera de las fronteras vascas, pero tiene un peso muy importante en toda Euskal Herria.

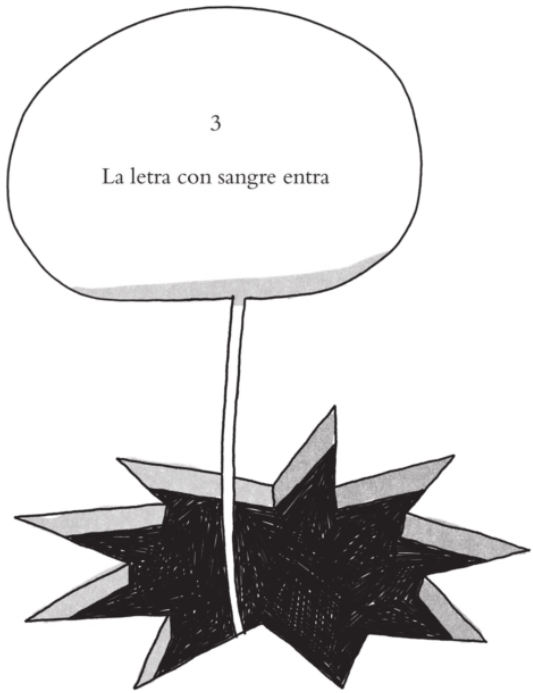
Korrika significa «corriendo». Es una carrera ininterrumpida en favor del euskera que durante diez días recorre Euskadi, Navarra y el País Vasco francés. La marcha reivindicativa, que nació en 1980 y se celebra cada dos años, completa día y noche más de dos mil kilómetros con el fin de recaudar fondos para la enseñanza del euskera. Puedes relajarte, nadie llega a correr los dos mil kilómetros. El recorrido se hace gracias a la participación por tramos de miles de personas que se suman unos kilómetros y luego se apartan, como en una carrera de relevos. Está pensada para todos los públicos, así que a veces se corre y otras se anda, y está organizada por AEK, siglas de Alfabetatze Euskalduntze Koordinakundea (Coordinadora de Alfabetización y Euskaldunización).

La edición celebrada en 2022 fue retransmitida en directo y de forma ininterrumpida por EITB durante los diez días que duró la carrera. La emisión consiguió llegar a 1.373.000 visualizaciones. Mientras tanto, en los medios de comunicación nacionales se podía leer el siguiente titular: «El Ayuntamiento de Madrid niega el permiso para celebrar la *Korrika*». Bueno, que lo mismo he sido yo muy generosa hablando de los medios nacionales cuando muy pocos se hicieron eco de esta noticia. Fueron, sobre todo, medios digitales. Ese titular, por ejemplo, es de *elDiario.es*.

El caso es que la marcha que se organizaba en Madrid con motivo de la *Korrika* fue vetada por la Junta de Chamberí al considerar que el distrito cuenta con «una alta saturación de eventos». El evento de la capital no iba a ser de diez días, tan

solo ocuparía un sábado por la mañana, pero parece ser que para el PP (partido que gobernaba en ese momento) era un incordio.

El lema era *hitzekin*, un juego de palabras en euskera. *Hitz* es «palabra» y *ekin* hace referencia a «acción». Y ambos términos unidos, *hitzekin*, dan como resultado «con palabras». Quizá en lugar de corear lemas en favor del euskera se deberían haber escogido mensajes nazis, porque parece que al Ayuntamiento no le importó aprobar una manifestación donde se coreaban consignas LGTBIfóbicas mientras mostraban, sin vergüenza, algunos símbolos fascistas. *Korrika* es una herramienta para mostrar que el pueblo está vivo, para reflejar, en la era del individualismo, el poder de lo colectivo, y todavía hay partidos políticos que se niegan a dar el espacio y apoyo que una iniciativa como esta se merece. Esto no hace más que demostrar que, sin la colaboración ciudadana y el compromiso de las personas, no hay manera de avanzar. Así que espero verte en la próxima *Korrika*.



3

La letra con sangre entra

El 30 de julio de 2009 una bomba lapa colocada en los bajos de un coche patrulla de la Guardia Civil explotó en el cuartel de Palmanova. Fue el último atentado mortal de ETA en España. Esas muertes sacudieron Mallorca, pero no significaron el punto final para la actividad de ETA. Ocho meses después, en marzo de 2010, en el transcurso de un tiroteo, asesinaron al gendarme Jean-Serge Nérin en Francia. Esa fue su última víctima.

El 20 de octubre de 2011, ETA anunció el cese de su actividad, y siete años más tarde, el 3 de mayo de 2018, la banda oficializó su disolución. Fueron casi sesenta años de lucha armada que han dejado una profunda huella.

Estas cuatro fechas se recuerdan cada año en memoria de lo que ha formado parte de nuestra historia. Son los puntos finales de una etapa que nadie quiere recordar, pero tampoco olvidar. Sería imposible dejar atrás unas décadas que han marcado tanto a una sociedad. Por lo que fuimos, somos y seremos.

ETA, a lo largo de su trayectoria, ha ocupado un lugar significativo en todos los aspectos de la sociedad y también en algo tan importante como el lenguaje. Tanto es así que, años después de su disolución, parte de ese vocabulario sigue conviviendo con nosotros. No me refiero a la facilidad que algunos políticos tienen para hacer referencia a la organización armada. Como si lanzar caramelos en una cabalgata de reyes se tratase, dejan caer un «filoetarra» o un «cachorros de terroristas» y se quedan tan a gusto. Pero ese es otro tema.

Durante casi seis décadas, las portadas de los medios de comunicación se llenaban de titulares y noticias en las que se

hablaba de los actos perpetrados por ETA. El lenguaje llegaba a las conversaciones cotidianas, donde se escuchaba hablar de *kale borroka*, de la *ekintza* que habían cometido o de las manifestaciones en las que se gritaba: *Euskal presoak, Euskal Herrira*.

Muchos de los términos que se podían leer o escuchar eran en euskera, y llegaron a formar parte del día a día de las personas, palabras que se integraron en nuestro vocabulario y que son un pedazo de nuestra historia. La mayoría de ellas están cargadas de una connotación despectiva debido a su asociación con la banda armada. Sin embargo, si profundizas en ellas, descubres que no son más que palabras. Términos que, de forma natural y habitual, se utilizan en una conversación en euskera.

Cuando se oye a alguien decir ETA, inmediatamente pensamos en la organización, pero este acrónimo esconde una de las curiosidades menos conocidas. Cuando hablamos euskera, *eta* se convierte en una de las palabras más utilizadas porque es la conjunción copulativa «y». Hasta ahora en el libro he puesto 159 «y», así que serían 159 veces en las que hubiese podido decir ETA; 159 veces en las que no hablaría de la banda armada y en las que, en cambio, en una conversación podría llegar a malinterpretarse por alguien que no supiera euskera.

Es importante despojarse de prejuicios porque, si no, puedes acabar haciendo el ridículo. Incluso ante todos los medios de comunicación, como le pasó a Soraya Saénz de Santamaría. En 2011, a los cuatro días de que el Tribunal Constitucional permitiera a Bildu concurrir a las elecciones, la entonces portavoz del Partido Popular sostuvo que la pancarta que Ander Errandonea Arruti exhibió a su salida de la cárcel era una prueba de la vinculación entre Bildu y ETA, porque «aparecen las palabras BILDU y ETA». «No hace falta ser muy inteligente para saber lo que hay ahí», dijo sobre la escena

Sáenz de Santamaría. Muy inteligente no lo sé, pero no ofuscarse en ver lo que uno quiere ver sería suficiente.

Lo que figuraba en la pancarta era el nombre del partido político junto a la imagen de una urna con votos y la frase *Independentzia eta Sozialismoa* (independencia y socialismo). Errandone abandonó la cárcel tras cumplir íntegra su condena de veinticinco años por pertenencia a ETA, y lo que estaba haciendo era pedir el voto democrático para Bildu. La vía legal era la que tanto tiempo llevaban reclamando partidos como el PP, pero en aquella época estaban más obsesionados en conseguir la inhabilitación del partido. Ni se molestaron en entender que el *eta* del cartel no era por la banda armada.

Vamos, que como se enteren de cuál es el lema de Euskaltzaindia tenemos memes para una década. Ya sabes que es la Real Academia de la Lengua Vasca y a través de ella se promueve el uso del euskera. La RAE cuenta con el lema «Limpia, fija y da esplendor», que lo mismo te vale para una institución que para Sanytol desinfectante. Pues bien, Euskaltzaindia tiene el suyo propio. En su imagen se puede leer *Ekin eta jarrai*. Tres palabras que podrían colapsar la mente de más de uno. *Ekin* y *Jarrai* fueron organizaciones que promovían la independencia, pero en este caso son simples verbos que dan sentido a la defensa de la lengua que llevan a cabo desde la Academia. Su traducción hace referencia a «insistir y continuar», trabajando por y para el euskera. Una vez más, *eta* vuelve a ser el punto de unión, la conjunción «y».

Si analizamos las siglas de la banda armada, encontramos un efecto muñeca rusa. Abrimos a ETA para encontrar otra *eta*. Las siglas pertenecen a Euskadi ta Askatasuna, y la traducción conocida por muchos: «Euskadi y la libertad». Y, efectivamente, *ta* significa «y». Es la abreviación de *eta*.

Los miembros de ETA tenían la potestad de elegir su propia forma de actuar, es decir, «libertad». Y era esa capacidad

también la que más reivindicaban. La palabra está en el nombre de la banda: *askatasuna*. Viene de *aske* (libre). Así es que, si Nino Bravo hubiese sido euskaldun, su canción hubiese sido *aske*, y en vez de gritar en el karaoke «Como el sol cuando amanece yo soy libre», diríamos a viva voz: *Eguzkiak eguna argitzen duen bezala, aske naiz*.

Askatasuna fue muy repetida en los lemas de las manifestaciones, ya que se cantaba por la libertad de los presos y por la libertad de la tierra con gritos como *gora Euskadi askatuta*. *Gora* es «arriba» y, al igual que en castellano, es una palabra con la que se puede expresar ánimo y a su vez sirve para hacer referencia a un lugar.

En estas manifestaciones se han escuchado o leído frases como *euskal presoak etxera* (presos vascos a casa), *iheslariak etxera* (huido o fugitivo a casa), *amnistia orokorra* (amnistía general), *alde hemendik* (fuera de aquí) o *txakurrak kanpora* (perros fuera).

Otro lema es *Jo Ta Ke*, que significa luchar hasta el final «con todas las fuerzas; con la mayor dedicación y entrega». Es una locución para indicar que estás trabajando mucho en algo y estás «dale que te pego». Habitualmente, va acompañado de otras palabras y la frase suele ser *jo ta ke irabazi arte*, lo que se traduce como «luchar hasta ganar». Sin embargo, la traducción literal sería «pegar y humo». *Jo* es «pegar»; *ke*, «humo», y *ta*, como ya hemos visto antes, es la conjunción copulativa «y». Por la vinculación que esta expresión ha tenido siempre con la lucha de la banda, se dice que es la más simbólica, porque habla de «pelear» y de generar «humo», pero es un lema que se puede utilizar en numerosos ámbitos. Por ejemplo, se usa mucho en el fútbol para animar a un equipo que se esfuerza en el campo hasta conseguir la victoria.

Cuando yo era (más) pequeña, una profesora de euskera me explicó el origen de esta expresión. La cuestión es que no he

conseguido confirmar esa historia. Pese a ello, quiero compartirla contigo, porque me parece curiosa. Eso sí, ten en cuenta que esto puede estar al nivel de las afirmaciones de ese cuñado que cada cuatro años, en plenas Olimpiadas, se convierte en el mayor experto de taekwondo del mundo. El caso es que junto a *Jo Ta Ke* hay otra expresión de mismo significado que es *Jo Ta Su* (golpea y fuego). Precisamente, se habla del trabajo que costaba encender un fuego y lo mucho que había que golpear para lograr que empezase a salir humo. De ahí que haya que estar «dale que te pego». Sentido tiene. Aunque también puede ser parte de la romantización que surge con los idiomas. Eso sí, como con el consentimiento médico, ahora tú te haces responsable.

Agur eta ohore también se podía leer en alguna ocasión, sobre todo cuando algún miembro de ETA fallecía. La frase completa tiene un uso tradicional para reconocer la vida y obra de cualquier persona. El término *agur* está muy extendido como la forma de despedirnos, pero hay que considerar que tiene otros significados. *Agur* puede ser «adiós», sí, pero también es «saludos», «salve» o «respeto». En este caso está acompañado de *ohore*, que es «honor», con lo que es un lema que representa especialmente una despedida.

Los *ongi etorri* que se han acuñado en la vida política hacen referencia a los actos de bienvenida que se llevan a cabo cuando un preso de ETA regresa a su pueblo. No debemos dejarnos llevar por la criminalización que algunos quieren otorgarle a una expresión tan sencilla, agradable y cortés para seguir diciendo «bienvenido o bienvenida» a todas las personas a las que nos alegramos de recibir.

Pero, sin duda, si se habla de frases que se han dado a conocer con ETA hay que mencionar *bietan jarrai*, el lema utilizado por la banda. Estas palabras se han vinculado a la imagen de una serpiente enroscada a un hacha. Ese símbolo fue

creado por Felix Likiniano, un militante anarquista español que creía y confiaba en la independencia de Euskal Herria. *Bietan jarrai* se traduce como «siguiendo por las dos», en clara referencia a las dos vías de lucha: la fuerza del hacha y la inteligencia o astucia de la serpiente.

Entre la simbología también hay dos imágenes que se han podido ver en pancartas y pintadas de las calles. Son el *arrano beltza* y el *lauburu*. El *arrano beltza* es el «águila negra» de forma literal, y hace referencia al «águila real». Era un símbolo que se usaba en el Reino de Navarra durante el mandato de Sancho VII el Fuerte. Si has visto *Patria* quizá te hayas dado cuenta de que la taberna en la que se juntan los jóvenes a beber se llama *Arrano Taberna*. Era la *herriko taberna*, «la taberna del pueblo» a la que ir con las amigas a tomar un *kalimotxo*.

El *lauburu* significa «cuatro cabezas, extremos o remates», formado por la unión de *lau*, que es el número «cuatro», y *buru*, que es como decimos «cabeza» y también sirve para hacer referencia al extremo de algo.

ETA ha recurrido en varias ocasiones a la terminología bélica, así que era habitual escuchar que se llamasen a sí mismos *gudari*. Se trata de una palabra que significa «luchador», «combatiente» o «guerrero», pero, sobre todo, es como se le llamaba a un soldado del *Euzko Gudarostea*, la denominación utilizada por el ejército del Gobierno Vasco durante la guerra civil española.

A los colaboradores de ETA que ayudaban a cruzar la frontera para huir a Francia se les llamaba *mugalari*. Volvemos a ver el sufijo *-ari*, que se añade para personificar e indicar que el sujeto en cuestión es «profesional de algo». En este caso, acompaña a *muga*, que significa «frontera» y que igualmente puede utilizarse como «límite».

Internamente, la comunicación entre los miembros de ETA se hacía a través de la *zutabe* (columna), donde se definían las

estrategias y se marcaban objetivos, y que también es la «viga» o «pilar» de la construcción de un edificio.

El cuerpo que lleva a cabo las investigaciones en Euskadi es la *Ertzaintza* o *ertzaina*. El primer término se refiere a la policía autónoma vasca y el segundo es el agente. Ambos tienen la misma raíz, que significa «el que cuida al pueblo». Se forma de la unión de *herri*, que es «pueblo», y *zain*, que viene de *zaindu* (cuidar). Los agentes de la policía vasca eran llamados por los miembros y seguidores de ETA como «cipayos», que no es una palabra euskaldun porque, tal como recoge la RAE, es la manera en que se denominaba al soldado indio de los siglos XVIII y XIX al servicio de Francia, Portugal y Gran Bretaña. En definitiva, es una manera despectiva de referirse a alguien que es un secuaz a sueldo. Para los miembros de las fuerzas de seguridad del Estado sí que había una palabra en euskera. A ellos se les llamaba *txakurra* (perro), de ahí que entre los lemas que hemos mencionado más arriba estuviese *txakurrak kanpora* (perros fuera). Esta oración es una orden y si, por ejemplo, a tu «perro», *txakur*, le ordenas que salga «fuera» de la cocina, le dices *kanpora*, pero si dices que está «fuera» de la cocina, está *kanpoan*.

ETA calificaba como *ekintza* las acciones que realizaba. Significa, en efecto, «acción», y viene de *ekin* o *egin*, que es el verbo «hacer». Esas actuaciones eran llevadas a cabo por comandos, que a su vez contaban en su interior con diversos *talde* (grupo), forma en la que también podemos designar a un *talde* de música, a un *talde* de trabajo o incluso a un equipo de deportes, como puede ser el *Baskonia Taldea*.

Egin también fue el nombre de un periódico al que se le acusó de pertenencia o complicidad con ETA. Tuvo que cerrar sus puertas en 1998, aunque nunca se llegó a demostrar en el juzgado que eso fuese cierto. El mismo final tuvo *Egunkaria* en 2003, el único medio íntegramente en euskera y que llevaba en

el nombre lo que literalmente era: un «periódico». Con ese cierre, Euskadi perdió un auténtico emblema de la comunicación y la cultura vascas. En 2010, el fallo desmontó completamente las denuncias presentadas por Dignidad y Justicia y la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT), que se habían personado como acusaciones populares. La Audiencia concluyó que el cierre del diario «no tenía habilitación constitucional directa y carecía de una norma legal, especial y expresa que la autorizara». Vamos, que ambos cierres fueron claramente un ataque a la libertad de prensa.

Hoy en día, muchos de los términos que hemos mencionado se siguen escuchando en el ámbito de la política. Meter la palabra «ETA» o el adjetivo «proetarra» en la misma frase en la que se ataca al adversario es cada vez más habitual, así como hacer referencia a la *kale borroka* (la lucha de la calle) cada vez que hay un altercado. Este es un juego tan excéntrico como irresponsable y su única intención es generar un envenenamiento de la convivencia. Por lo menos, podrían utilizar la palabra *borroka* para una de las luchas más importantes y que más protagonismo debería tener: la *borroka* feminista. Porque la violencia machista ha asesinado a más mujeres que ETA (solo desde 2003, desde cuando se tienen datos) y no veo a ningún político que exija pedir perdón a todos los que cada día ejercen su poder patriarcal. Al contrario, muchos siguen conservando su puesto en instituciones públicas.

El término *zulo* cogió un valor muy significativo con el secuestro del funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara en enero de 1996. Tras quinientos veintitrés días de cautiverio, un agente encontró el lugar en el que estuvo esos casi dos años, un *zulo* que ocupó las portadas de todos los medios de comunicación en España. El término ha llegado a ser tan constante que incluso ya forma parte del diccionario en castellano. La RAE lo define como un «lugar oculto y cerrado

dispuesto para esconder ilegalmente cosas o personas secuestradas». Sin embargo, en euskera es una palabra que sirve para referirse a cualquier «agujero». Cuando se te rompe el pantalón, se te ha hecho un *zulo*, cosiendo tienes que meter el hilo por el *zulo* de la aguja, y una región finita del espacio en cuyo interior existe una concentración de masa es un *zulo* negro.

Si profundizamos en otras palabras relacionadas con ETA, podríamos hablar de los nombres que se recogen en los balances anuales que el Ministerio del Interior realizaba cada año y en los que se enumeran los comandos de la banda, así como sus nombres. Entre los comandos que se mencionan se pueden encontrar varios que pertenecen al mundo de la naturaleza. Los autores del asesinato de un subteniente de la Guardia Civil en Vitoria, en mayo de 1988, pertenecían al comando *Basurde* (jabalí). El comando que actuó en 1997 en el museo Guggenheim durante una visita del entonces rey Juan Carlos era *Katu* (gato). La jefa del comando de ETA que en diciembre de 1999 quiso introducir en Madrid dos furgonetas bomba con un total de 1.700 kilos de explosivos, fue detenida dos años después cuando estaba constituyendo un comando en Galicia denominado *Zapaburu* (renacuajo). Este término tiene la traducción literal de «cabeza de sapo». Viene de *zapo*, que efectivamente es «sapo», y *buru* (cabeza). El calificado como uno de los comandos más importantes de la banda terrorista hasta 2001 fue *Buruntza* (corona). Así es que los nombres también son descriptivos de la relevancia que el comando podía tener dentro de la estructura.

Sin embargo, entre las designaciones que se utilizaban, se pueden encontrar palabras muy diversas. Uno de los terroristas que reconoció en 2004 su participación en el asesinato de Juan Priede, concejal socialista en el Ayuntamiento de Orio (Gipuzkoa), pertenecía al comando *Bakartxo* (solito), y el

comando que actuó en 2006 en la T4 de Barajas se llamaba *Elurra* (nieve).

Los miembros de un comando de Navarra que había sido bautizado como *Hego Haizea* (viento del sur) fueron detenidos en 2008. Ese mismo año también fue desarticulado el comando *Askatasun Haizea* (viento de libertad). Un año antes sucedía lo mismo con el comando *Urederra* (agua preciosa), que también es el nombre de un río de la zona de Lizarra, en Navarra, que hacer honor a ese nombre.

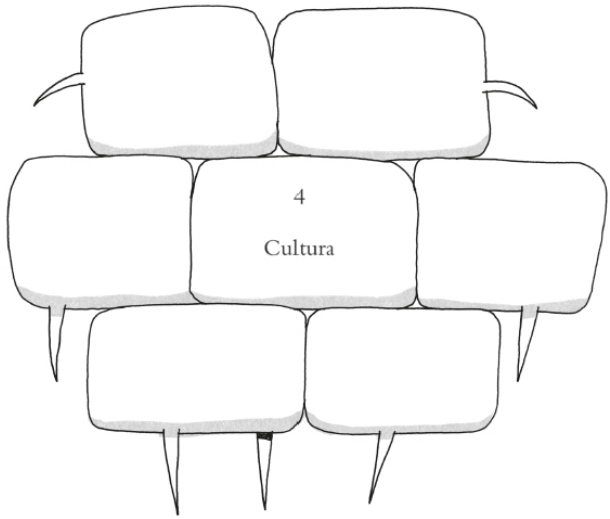
En 2011, la policía encontró 1,4 toneladas de material destinado a la fabricación de explosivos en lo que supuso el mayor almacén de ETA hallado en España hasta ese momento. El miembro que escondía esto pertenecía al comando *Erreka* (río).

Las investigaciones realizadas por la policía también contienen nombres que han acabado siendo conocidos por todo el público a través de los medios. En el caso de las operaciones relacionadas con ETA, algunas se nombraban en euskera. Por ejemplo, la operación denominada por el Cuerpo Nacional de Policía *Sugekumea* (la cría de la serpiente), que se desarrolló en Euskadi y Navarra; o aquella en la que se detuvo a algunos de los máximos responsables de Gestoras pro-Amnistía que se denominó *Udazken* (otoño).

En octubre de 2020 se publicó «La memoria de un país. Estudio sobre el conocimiento de la historia de ETA en España». Se analizaba el nivel de conocimiento de la población sobre el origen y las consecuencias de ETA, y los datos fueron demoledores. Según esta publicación hecha por la consultora de investigación GAD3, más de la mitad de los españoles cree que ETA sigue activa y siete de cada diez ciudadanos no saben quién es José Antonio Ortega Lara, que protagonizó el secuestro más largo llevado a cabo por ETA. Entre los más jóvenes se desvelaba que seis de cada diez no sabían identificar

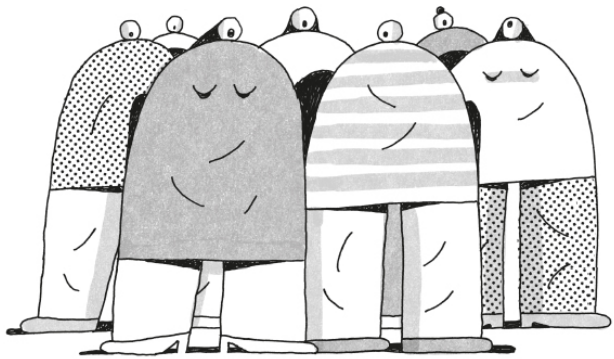
quién era Miguel Ángel Blanco, y el 78 por ciento tampoco sabía que los GAL eran una organización parapolicial.

Las acciones armadas que ETA llevó a cabo marcaron casi sesenta años de nuestra historia, pero el paso del tiempo parece que haya ido borrando de la memoria muchos de esos nombres. Lo que no se ha conseguido borrar es el vocabulario. Otra buena muestra de la fuerza que tienen las palabras por encima de la historia.



4

Cultura



«¿Qué es cultura?, dices mientras clavas en mi pupila tu pupila azul. ¿Qué es cultura? ¿Y tú me lo preguntas? Cultura... eres tú». No me he vuelto loca, sé que Bécquer hablaba de la poesía en este clásico de la literatura, pero bien la podría haber sustituido en este poema por la cultura y mantener la esencia de su significado. El poeta plasmó en esos cuatro versos la funcionalidad real sobre el sentimiento y la pasión que reflejan unas pupilas para crear poesía. Creo que es algo que podríamos aplicar a la cultura, que es un concepto tan abierto a la interpretación personal.

Para ser sincera, la cultura es una de las cosas que más me cuesta definir. El DRAE recoge cuatro acepciones:

1. Cultivo.
2. Conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico.
3. Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.
4. *Desus*. Culto religioso.

Las cuatro se me quedan cortas. Entiendo la necesidad de puntualizar el término, pero lo cierto es que es un concepto que no merece límites ni cuando se define, porque hasta esa parte de él necesita alas. Así que mis disculpas de antemano si encuentras algún tema en este capítulo que no consideres cultura, pero yo, desde mi pupila, sí lo hago.

Las fiestas populares tradicionales son una muestra

característica de la cultura y, por ende, de la identidad cultural. Por eso, a cualquier bilbaíno solo le tienes que hablar de *Aste Nagusia* para que se le erice la piel. Así es como se les llama a las fiestas de la capital de Bizkaia, cuyo nombre tiene una traducción tan sencilla como semana (*aste*) grande (*nagusi*). Cada mes de agosto, y durante casi diez días, las calles de Bilbao se llenan de actividad, teatro, celebraciones, comidas, música... Todo ello tras el pistoletazo de salida que se da de la mano de *Marijaia*, nuestra Marifiesta, ya que *jai* es «fiesta» o «celebración».

Es cierto que en Donostia también llaman *Aste Nagusia* a las fiestas de su ciudad, pero, si nos fijamos en la capital de Gipuzkoa, allí tienen otra gran celebración casi igual de importante o más: la tamborrada. En euskera *danborrada*, porque, al igual que pasa en castellano, viene de *danbor*, que es «tambor».

En esta celebración, las mujeres y los hombres se visten de dos personajes tradicionales que se conocen como *urketari* y *sukaldari*. *Urketari* es «aguador/a». Históricamente, eran mujeres que iban a por agua y la vendían por los pueblos, pero bien podría valer para hombre o para mujer, porque en euskera no hay diferencia de género. Su nombre viene de *ur* (agua) más el sufijo *-keta*, que denota alguna actividad. Además, *urketa* es como se le llama a «una gran masa de agua». Aunque no sirve para todas las grandes masas de agua, porque al mar, por ejemplo, lo llamamos *itsaso*. Como hemos visto con anterioridad, *-ari* es un sufijo que expresa el autor de una determinada acción, similar al «-or», «-ora» del castellano. Así que, si jugamos a hacer una traducción más literal de *urketari*, podría ser «la que trabaja con una gran masa de agua».

Sukaldari es «cocinero o cocinera». Para entender la literalidad de esta palabra tenemos que empezar por *sukalde*, que es «cocina», seguido del sufijo *-ari*, que, al igual que en el

caso anterior, sirve para indicar que la persona se dedica a ello: «persona que trabaja en la cocina». Sin embargo, podemos desgranar un poco más el término, ya que *sukalde* literalmente significa «el sitio del fuego». Es una palabra que se forma de la unión de *sua* (fuego) y *alde* (zona). Con lo que, si queremos ser muy precisos, podemos decir que *sukaldari* es la «persona que trabaja en la zona del fuego».

Si unimos cultura, celebración y Donostia, hay una palabra que se ilumina con luces de neón en nuestra mente: *Zinemaldi*. En septiembre llega «el tiempo del cine». *Zinema* es «cine», y junto a *aldi*, que es «tiempo», «temporada» u «ocasión», se convierte en el nombre de uno de los festivales más importantes del mundo, y probablemente uno de los más literales en su definición.

CÁMARA Y... EUSKERA

Aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, o que el Urumea desemboca en Donostia, ahora que nos referíamos al *Zinemaldi*, vamos a hablar de películas. No hace falta ser un experto o un entendido en la materia para seguir leyendo las siguientes líneas. El séptimo arte está ampliamente integrado en la sociedad y no se requiere ser un aficionado al cine para conocer algunos de los títulos de películas que mencionaremos a continuación.

Cada año se celebran los Goya, los galardones otorgados por la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España. Su finalidad es premiar a los mejores profesionales en cada una de las distintas especialidades del cine español, y sus nominados y premiados llegan a ser conocidos por todos los ciudadanos, ocupando los titulares de gran parte de los medios de comunicación. Y también se ha convertido en un camino más que ha tomado el euskera para llegar a todos los hogares.

La ceremonia de 2022 contó con una gran presencia del cine euskaldun. De las veintiocho categorías, en dieciocho hubo al menos una candidatura vasca. Pero, a pesar de esa gran presencia, la Academia no se informó mucho sobre el idioma y suspendió en euskera.

En la pantalla situada detrás de Carmen Machi aparecía la bienvenida en castellano, gallego y euskera, ya que la presentadora inició su discurso en catalán. Sin embargo, junto a «Bienvenidos/as» en castellano y «Benvidos/as» en gallego, en euskera apareció «Ongi etorri/a». La intención de hacer un guiño a todas las lenguas oficiales del Estado está muy bien, pero si se hubiese hecho una buena traducción ya hubiese sido de Goya. A diferencia del resto de lenguas oficiales, la expresión «bienvenida» no tiene género en euskera. La forma correcta es *ongi etorri*. No sé si el problema está en una falta de interés o de respeto hacia el idioma, o quizá es que en la organización hay algún idiota, o, como dirían ellos, «idioto».

En esa edición, *Maixabel*, que narra la historia de la viuda del político socialista Juan María Jáuregui, asesinado por ETA, se presentaba como una de las grandes favoritas con catorce nominaciones. Finalmente, fueron tres las estatuillas que consiguió la película que, en plena pandemia, llenó las salas de cine.

Mejor suerte corrió en 2017 *Handia*. La película de Jon Garaño y Aitor Arregi probablemente sea la más grande que haya pisado ese escenario. No solo porque logró llevarse diez premios Goya, sino por su significado literal. Cuenta la historia real de Miguel Joaquín Eleicegui Arteaga, un hombre del siglo XIX que sufría gigantismo. Pero *handia* no es «gigante» en euskera, ya que la forma correcta sería *erraldoi*, una palabra que se creó del nombre Roland, el héroe de Roncesvalles (Orreaga), en Navarra, y que llegó hasta la serie *Doraemon* como apodo del gigante Takeshi Goda.

El título de la película tiene varios significados. Puede ser «grande», haciendo referencia a tamaño; «mayor», por ejemplo, en edad, y también se puede usar para decir que algo es «extraordinario», como la propia película.

Los mismos directores filmaron años antes *Loreak* (2014), la historia de tres mujeres y de cómo les afecta la muerte accidental de su hijo, marido y compañero de trabajo. En esa historia es fundamental el papel que juega en su vida las flores, que es lo que significa *loreak*.

El mismo año de *Handia* vimos una película de Paul Urkijo, *Errementari* (2017). Esta producción cuenta cómo un herrero que participó en las guerras carlistas —y con un turbio pasado vinculado a la muerte de su mujer— consigue engañar a un diablo al que mantiene preso en una jaula. *Errementari* es el nombre que toma la historia porque justamente es el oficio del protagonista, que significa «herrero».

Aupa Etxebeste! (2005) y su secuela *Agur Etxebeste!* (2019) son unas películas dirigidas por Telmo Esnal y Asier Altuna en las que se utiliza la comedia para hablar de la vida política de un pueblo. *Aupa* y *agur* son saludos, «hola» y «adiós», respectivamente. El apellido de la familia protagonista y que da nombre a la película, Etxebeste, tiene una traducción literal que sería «otra casa», porque *etxe* es «casa» y *beste*, «otro» u «otra».

Entre estos dos estrenos, Asier Altuna también presentó una película en la que confrontaba lo urbano y lo rural, el pasado y el presente, a padres e hijos. El espectador era testigo de todas esas confrontaciones desde el punto de vista de una abuela en silencio. Por eso, la obra tomó el título de *Amama* (2015), que es como decimos «abuela». La formación de este término viene de *ama* (madre) y *ama* (madre). Es decir, «la madre de la madre». Aunque es probable que hayas escuchado otra forma de referirse a las abuelas vascas, como por ejemplo *amona*. Esta

palabra significa literalmente «la buena madre», ya que es probable que venga de *ama* (madre) y *ona* (buena). Esta tal vez sea la etimología con más fundamento y con más testimonios que la ratifiquen. Para cualquier nieta o nieto nuestras *amama* son las mejores. ¿Quién nos iba a dar la paga a escondidas? ¿Quién nos iba a hacer un huevo frito aunque no tuviésemos hambre? ¿Quién nos iba a hacer las mejores rosquillas? ¿Y los mejores bizcochos de yogur? Ellas siempre tendrán el título de las madres buenas.

Cuando los casos de corrupción salían a la luz pública en constante goteo, Patxo Tellería presentó al público la película *Igelak* (2016), en la que se cuenta la historia de Peio, director de una sucursal bancaria que es detenido por delitos económicos. Abandonado por el superior que lo enredó para que delinquiera, huye y se convierte en un fugitivo. Es posible que su jefe, para librarse de la justicia, hiciese como Esperanza Aguirre y dijese que el protagonista «le ha salido rana». *Igelak*, tal y como aparecía en su cartel de promoción, significa «ranas», en plural, debido al *-ak*. La manera de decir «rana» es *igel*, y se puede traducir de una forma literal como «el que nada». Esto se debe a que la rana es un animal que, cuando está en el agua nadando, hace unos movimientos bastante similares a los de las personas. De ahí que su nombre (*igel*) y el verbo *igeri* (nadar) tengan la misma raíz. Eso también es lo que trata de hacer el protagonista de *Igelak*: nadar —quizá a contracorriente— y huir. Aunque, si fuese un hombre rana, le llamaríamos *gizaigel*, porque *giza* es como hacemos referencia a «humano».

Cinco premios Goya obtuvo la película *Akelarre* (2020) de Pablo Agüero. Este término se ha extendido tanto que el castellano lo ha asimilado como propio: aquelarre. Se trata de una reunión nocturna de brujas, y su nombre viene del sitio en el que se celebraban esos encuentros. *Aker* es como se le llama

al «macho cabrío» en euskera y *larre* es «prado» o «pradera». Pero no te imagines la pradera de Heidi y esas campas verdes por las que corretear. *Larre* hace referencia a un prado natural, a un terreno no cultivado o un pastizal. En euskera, Heidi correría por un *belardi* (prado cultivado), que viene de *belar* (hierba).

En un principio, el nombre *akelarre* hacía referencia al lugar, al «prado del macho cabrío», por la supuesta intervención del demonio en esa figura; pero, posteriormente, el nombre pasó a denominar la propia reunión.

En una famosa plataforma, de cuyo nombre no quiero acordarme —porque no me pagan, que si no os lo escribo cada dos frases: Netflix. Ups, se me ha escapado—, podemos encontrar *Black is beltza*, del músico y cineasta Fermin Muguruza. Se trata de un grito contra la censura que nos acerca a los sucesos que revolucionaron la sociedad estadounidense en los años sesenta. Un título que desvela el significado literal de la palabra. Si tienes conocimientos básicos de inglés sabrás que *black* es «negro», y eso mismo significa *beltza*. Así que Los Bravos cantarían *Beltza, beltza da*.

Pero si hay una película vasca que es conocida por todos y todas es *Ocho apellidos vascos* (2014), del director Emilio Martínez-Lázaro. Batió récords de taquilla en los cines y de audiencia en las ocasiones que ha sido emitida en televisión. Se basa en la historia de un joven sevillano que trata de conquistar a una vasca. Durante el filme se exponen muchos de los tópicos de Euskadi y también se oye el euskera de una manera natural y cotidiana.

La forma en la que Koldo (Karra Elejalde) llama a su hija Amaia (Clara Lago) es una de las palabras que más se oye durante la historia. Se trata del término *txiki* (pequeño o pequeña). Yo creo que la connotación no es la misma, pero esto puede ser una percepción exclusivamente mía. *Txiki* es una

palabra de uso cariñoso y también puede ser una muletilla cuando te diriges a alguien. En mi caso, de cada cuatro palabras que digo, cinco son *txiki*. He llegado a llamar *txiki* a Siri y alguna vez hasta me ha hecho caso.

A lo largo de la película hay momentos en los que algunos personajes hacen uso de palabras en euskera y las acompañan de su traducción en castellano para que se entiendan. De ahí que se oiga algún *zer moduz?* (¿qué tal?), *ospa* (fuera) o *etorri* (ven). Igualmente, hay situaciones en las que se puede deducir lo que se dice porque hay hechos o gestos claros que acompañan, como puede ser decir *bat, bi ta hiru* (uno, dos y tres) cuando se va a dar un salto. Pero hay un chiste que quizá no todo el mundo haya llegado a entender ya que mezcla euskera y castellano. Es el momento en el que Koldo y Mertxe (Carmen Machi) se conocen en la entrada de una casa. Ambos, junto con los dos protagonistas de la historia, acuerdan quedar al día siguiente para pescar un bonito y cocinarlo. Koldo dice: «Soy *arrantzale*». La respuesta de Mertxe es «Yo soy Ane». El personaje de Elejalde no se está presentado ni saludando, sino que lo que está diciendo es que él es «pescador».

Koldo, aparte de pescador, es un hombre orgulloso de sus raíces que hace uso de expresiones vascas como *kaben txotx*. Esta expresión tiene muchas adaptaciones, entre las que se encuentra «cagüen xotx». Es una forma de decir «me cago en Dios», pero hay que advertir que *txotx* no es sinónimo de Dios. Se trata, pues, de una fórmula para expresar eso sin necesidad de blasfemar. Por cierto, *txotx* o *zotz* es «palillo». Tan brutos que nos veis y luego maldecimos a un palillo. Aunque espero que no te parezca raro que haya sufrido una modificación para suavizar la expresión, porque en castellano hay también variantes, como «me cago en to» o «me cago en la mar» —que qué culpa tendrá la mar de lo que a ti te haya pasado—.

Antes de seguir con la película, el término *txotx* bien merece

un descanso y una historia. En Euskadi, sobre todo en Gipuzkoa y más en concreto en Donostialdea, hay una tradición arraigada que tiene por nombre esa palabra: *txotx*. El origen del *txotx* son las catas que antiguamente se hacían para los posibles compradores de sidra. Los *baserri*, «caseríos», elaboraban la sidra con sus manzanos y luego los amigos, vecinos y/o posibles compradores iban de *baserri* en *baserri* probando las diferentes sidras de temporada. El caso es que para probarlas directamente de la barrica, se hacía un pequeño agujero en la *kupela*, «barrica». De ahí salía un fino pero potente chorro e iban sirviendo vasos para la cata. Cuando terminaban de servir había que tapar el agujero. ¿Y con qué lo hacían? Efectivamente, con un palillo. Con un *txotx*. Así que cada vez que alguien quería echarse un poco de la sidra se gritaba *txotx!*, y así se avisaba de que se iba abrir el agujero. Entonces, los presentes se colocaban en fila india para irse sirviendo un poco en el vaso y no desperdiciar ni una gota de ese delicioso néctar.

Actualmente se sigue conservando esta tradición y continúa siendo uno de los eventos más populares e importantes, pero ha sufrido algún cambio. Cada año, en enero, se celebra el txotx. Es el día inaugural de la temporada de la sidra y por tanto de las sidrerías, momento en que hombres y mujeres se reúnen en torno a una mesa con un único menú: tortilla de bacalao, bacalao, txuletón y queso (de postre). Rodeados de *kupelas* gigantes, te vas sirviendo toda la sidra que quieras. Es una tradición y una experiencia increíble que recomiendo vivir a todas las personas. Eso sí, con cuidado, que ya se sabe que cuando se hace *txotx* ya no hay *stop*.

Para cerrar el ciclo de *Ocho apellidos vascos*, hay que detenerse en una palabra que se escucha y con la que, una vez más, se muestra la literalidad del euskera para hacer referencia a lo que le rodea. Cuando un contenedor está ardiendo en el pueblo, un joven dice *suhiltzaileak deitu* (llama a los bomberos).

Pues bien, *suhiltzaile,* que es el nombre con el que nos referimos al «bombero», se traduce como «el que mata el fuego», construido por *su* (fuego) e *hiltzaile* (que mata).

Si el fenómeno cinematográfico es *Ocho apellidos vascos*, el literario es la Trilogía del Baztán. La obra de Dolores Redondo, que vio la luz en 2013, no ha dejado de seducir al público, acumulando la cifra récord de más de doscientas ediciones en España.

La autora se inspiró en localizaciones que conocía y que ahora se han convertido en puntos de interés turístico muy importantes en Navarra. El Valle de Baztán y Elizondo han llegado a las casas de muchas personas. Las diferentes clases de edificación usuales dejan su huella en la toponimia, y el nombre de esta localidad es un ejemplo de ello. Elizondo se podría traducir como «junto a la Iglesia», tomando como referencia a la «iglesia», *eliz*, y acompañada de *ondo*, que es el sufijo para indicar «junto a».

El boom de *El guardián invisible* fue tal que en Elizondo las tortas de *txantxigorri* volvieron a cocer en los obradores. Se trata de un postre muy típico de otoño, por ser la temporada de la matanza del cerdo, y con su receta se aprovechan los restos de la manteca, fritos en su propia grasa a fuego suave hasta obtener los *txantxigorri*. Podrían ser algo similares a los chicharrones o *llardons* catalanes, pero, en este caso, se acaban mezclando con una masa de pan que se endulza con azúcar, y se hornean. El nombre de este dulce se forma con la literalidad de su ingrediente y la manera de cocinarlo. Se trata de la evolución de *gantz* (manteca) y *txigortu*, que es «tostar».

Gracias a sus protagonistas, conocemos a personajes o costumbres que han marcado la historia de esta comunidad. Aprendemos que un *eguzkilore* es un símbolo que se coloca en la puerta de las casas para ahuyentar a los malos espíritus y, a su vez, también significa «girasol», aunque literalmente se

traduce como «flor de sol» o «flor soleada», por la unión de *eguzki* (sol) y *lore* (flor).

Las historias de la Trilogía del Baztán giran en torno a misteriosos asesinatos en escenarios sombríos y cargados de referencias mitológicas. A lo largo de las novelas, vemos cómo cobran vida Tartalo, el nombre que adopta un ser mitológico con un solo ojo; Basojaun (señor del bosque), encargado de proteger esas tierras, o Inguma, el espíritu de los malos sueños. *Inguma* es como se hace referencia al duende que te atormenta cuando estás durmiendo o también a la propia «pesadilla», pero, además, es asimismo una de las tantas formas que tiene el euskera para decir «mariposa». También conocemos a una *lamia* (o *lamina*), un ser mitológico vasco que en su mitad superior tiene forma de mujer y los pies de ave; a un *jentil*, que es un ser con fuerza sobrehumana y que también significa «pagano»; o a Akerbeltz, que es el ser que se vincula al demonio y que preside el *akelarre*. Este espíritu se representa en colores oscuros, lo que queda plasmado en su nombre. Si recuerdas las películas de Pablo Agüero y Fermin Muguruza podrás deducir el significado, ya que mezcla dos palabras que hemos visto recientemente: *aker*, forma de decir «macho cabrío», y *beltz* (negro).

Si hablamos de seres mitológicos, no se nos puede olvidar el que posiblemente sea el más conocido, Olentzero, el hombre que cada Navidad trae los regalos a los más pequeños de la casa. Tiene su origen en Navarra. Históricamente, había sido un personaje temido al que se le quemaba el 24 de diciembre para destruir lo viejo y simbolizar el renacimiento de la naturaleza y el sol, dejando libre el camino para lo nuevo. Es por esto que *Olentzero* significa algo así como «buena época», porque era lo que representaba antiguamente. Tiene variaciones antiguas como *Onentzero*: viene de *ona* (bueno) y *aro* (época). Es una evolución que ha ido cogiendo forma de la palabra *Onenzaro*,

recogida en textos antiguos y con el significado de «la noche de Navidad, nochebuena, la sazón de los buenos».

Otro de los libros de éxito que ha llegado a una plataforma en forma de serie es *Patria*, donde también se pueden leer y escuchar muchos términos en euskera. Como libro, se mantuvo más de ciento doce semanas como el más vendido y se puede encontrar en más de veinticinco países, pero, además, su estreno en HBO fue uno de los más exitosos. Tanto la serie como los actores y actrices que la protagonizan se alzaron con numerosos premios y nominaciones.

Patria refleja el conflicto vasco a través de las vidas cotidianas de la viuda de un hombre asesinado por ETA y de la madre de un etarra encarcelado. Durante esta historia aparecen una infinidad de palabras que durante años se normalizaron por culpa del terrorismo —y que se detallan en el capítulo anterior—, pero también otros muchos términos en euskera que forman parte del día a día.

A lo largo de la serie, la familia tiene un papel protagonista, ya sea como concepto unitario como con cada individuo que pertenece a ella. Se hace referencia a un padre o una madre, *aita* y *ama*. Estos términos valen para decir «mi padre» (*nire aita*) o «mi madre» (*nire ama*), e igualmente para dirigirte directamente a ellos. Lo que sería «papá» o «mamá». Bueno, antiguamente también era común en castellano que los hijos utilizaran «madre» o «padre» para hablar con ellos.

Una pregunta habitual acerca de la pronunciación de *aita* y *ama*: ¿dónde va el acento? En la serie se puede oír con acento en la /a/ final, algo perfectamente pronunciado, y también con el acento en la primera /a/. Simplemente, depende de la zona en la que nos encontremos.

Un detalle curioso es que cuando alguno de los hijos habla de sus «padres», dice «mis *aitas*». Es curioso, porque es una expresión que se ha creado por la influencia del castellano y

que incluye tanto a la madre como al padre con el plural masculino. Pero cuando hablamos euskera tenemos la palabra *guraso*, con la que no se detalla si hay una madre o un padre, dos madres o dos padres. Sería como «progenitores», pero de uso mucho más cotidiano.

El término *amona* se escucha cuando la nieta de Miren, una de las protagonistas, se dirige a ella. Como ya indicamos a raíz del título de la película de Asier Altuna, significa «abuela». Esa misma construcción se utiliza para «abuelo», que forma *aitona*, quizá por la unión de *aita* y *ona* (el buen padre).

Las relaciones de los miembros de la familia son, en muchos casos, tensas, pero también se hacen presentes muchas palabras y expresiones que muestran cariño. *Maitia* es una variación de *maite*, que proyecta incluso más ternura que su propio significado: «amor» o «querido». *Jatorra* es una palabra que tiene muchas acepciones: «castizo», «auténtico» o «agradable», pero cuando llamas a alguna persona *jatorra* va más allá de ser «maja». Es un término que expresa la autenticidad de esa persona, en quien confiarías ciegamente. ¡Un auténtico tesoro!

Decirle *bihotza* a alguien es llamarle «corazón». Lo curioso es que en euskera se puede traducir como «dos sonidos», ya que está formado por *bi*, que es el número «dos», y *hotz*, que, aunque con /tz/ significa «frío», en este contexto viene formado de *hots* (sonido). Y es que, en un latido cardiaco, ¿cuántos sonidos se distinguen?

Los saludos son más cordiales entre todos los personajes y también más conocidos para todo el mundo. Está el clásico «hola», que en euskera es *kaixo*, y además tenemos el muy famoso *aupa*, con tantas variantes como versiones del *Resistiré* en el confinamiento: *aupa, aupi, (h)epa, hela, api, apa, iep*... De hecho, podríamos ocupar toda una página con todas las opciones que existen. Como en un bufet, que cada uno escoja la que más le guste.

Para despedirse, lo más habitual es escuchar *agur*, que sería «adiós». Siempre me ha resultado curioso que las personas no euskaldunas no utilicen mucho el «adiós» y tiendan más al «hasta luego», como si realmente volvieses a ver al dependiente de esa gasolinera perdida en medio de la nada donde has parado a comprar agua porque no había nada más cerca. En Euskal Herria decimos *agur* porque somos más claros, la verdad, pero también tenemos expresiones como *gero arte* (hasta luego) u *ondo/ongi ibili* para desearte «que vaya bien».

Otro de los personajes de *Patria*, Bittori, se despide con un *musu* de Arantxa, esto es, con un «beso». También puede ser *muxu*, aunque este último es más adecuado utilizarlo cuando directamente le lanzas un beso a alguien. Por ejemplo, si estás mandando un whatsapp escribes «Un *muxu*». Y sí, *musu* es la misma palabra que se incluye en la marca de ropa Kukuxumusu, pero eso ya lo veremos más adelante.

Una curiosidad es que, cuando algo es gratis, decimos que es *musu-truk*, que se podría traducir como «a cambio de un beso», pero que también es literalmente «por la cara», pues *musu* también es una forma de decir «cara» o «rostro», y *truk* viene de *truke*, que es «cambio» o «intercambio».

Entre las expresiones para saludar también encontramos *egun on* (buenos días), *arratsalde on* (buenas tardes) y *gabon* (buenas noches). Pero en euskera tenemos otro saludo. El programa *Nadie sabe nada* de la Cadena SER comienza a las doce del mediodía del sábado. Andreu Buenafuente y Berto Romero tienen casi siempre la misma duda: ¿cómo saludar? ¿Buenos días o buenas tardes? Pues, tranquilidad, que ya está aquí el euskera para hacer la vida más fácil. Se dice *eguerdi on*, algo así como «buenos mediodías». De nada.

Algo frecuente entre los euskaldunes es que, si estás hablando en castellano, incluyas algunas expresiones o palabras en euskera, lo que se percibe claramente a lo largo de la serie

Patria. Así pues, los *kontuz* (cuidado), *goazen* (vamos), *barkatu* (lo siento), *lasai* (tranquilo o tranquila), *kanpora* (fuera), *hartu* (coge) o algo tan fantástico como «estás *txotxolo*» son de lo más habituales. Hay palabras que, por mucho que puedan traducirse o adaptarse al castellano, no consiguen la sonoridad o la misma connotación que tienen en euskera. Por ese motivo, muchas de ellas las seguimos conservando cuando conversamos de forma relajada. Eso pasa con *txotxolo*, que es algo así como «majadero», «alelado» o «turulato», pero la magia que desprende decir *txotxolo* no podrá ser superada por un simple «embobado».

Otras expresiones comunes en boca de los protagonistas son *ixo*, para mandar callar a alguien, y *oso ondo*, que, aunque pueda parecer un animal feroz profundo, en realidad quiere decir «muy bien».

Una de las últimas palabras en euskera de la serie es una palabrota. Uno de los protagonistas, José Mari, se cabrea cuando se termina la llamada de teléfono con su madre y, entre dientes, dice *putakume*. Es fácil deducir por el principio de la palabra a qué se refiere. Efectivamente, es «hijo de puta», y nos conduce a una reflexión interesante. El término hace uso de la palabra castellana «puta», porque en euskera «puta» se dice *emagaldua* y significa «mujer perdida». Entonces ¿será verdad que los euskaldunes preferimos el castellano para insultar?

Mientras esa pregunta reposa en vuestras mentes... ¡Con la Iglesia hemos topado! Esta institución tiene un papel importante en la narración de *Patria*. Muchos de los protagonistas pasan, en algún momento, por una misa, un rezo o una charla con el cura, sobre todo las dos mujeres. Es por eso que, en varios momentos, se puede escuchar un cántico religioso en euskera. Se trata de *Gure Aita*, «el padre nuestro», que en las misas vascas se tiene tendencia a cantar más que a recitar.

Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre,
venga a nosotros tu reino,
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día,
perdona nuestras ofensas, como
también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.
Y no nos dejes caer en tentación y líbranos del mal.
Amén.

Gure Aita, zeruetan zarena,
santu izan bedi zure izena
etor bedi zure erreinua,
egin bedi zure nahia,
zeruan bezala lurrean ere.
Emaiguzu gaur egun honetako ogia,
barkatu gure zorrak, guk ere
gure zordunei barkatzen
diegunez gero.
Eta ez gu tentaldira eroan,
baina atera gaitzazu gaitzetik.
Amen.

CON LA MÚSICA A ESTA PARTE

Los vascos cantamos los rezos y cantamos con el *bertso*. Bueno, todos no, solo unos pocos privilegiados que tienen ese don. Si me oyerais hacer un *bertso*, os arrancaríais las orejas. Escucharme cantar sí que sería motivo de cárcel, y muy justificado.

Aunque no exista una definición exacta de lo que significa, el libro *El arte del bertsolari: realidad y claves de la improvisación oral vasca*, escrito por Joxerra Garzia, Jon Sarasua y Andoni Egaña, define el *bertso* como «el discurso realizado cantando, rimando y midiendo».

Hay que tener en cuenta que el *bertso* es la improvisación que

se realiza por parte del *bertsolari*, mientras que el arte de improvisar se llama *bertsolaritza*. Se compite por conseguir una letra de calidad, con mensaje, con razonamientos que tengan fuerza y valor poético. Y todo ello cantando y sin ayuda de ningún instrumento. Son las batallas de gallos en euskera, pero sin tanta agresividad y con más recursos estilísticos. Ver a Arkano y Sara Socas enfrentarse a Maialen Lujanbio y Andoni Egaña en un campeonato sería interesante. Esos cerebros son para analizar concienzudamente.

Este arte de la rima no solo ha generado las palabras relacionadas con su nombre, también han influido las métricas. El *bertso* se divide en puntos, y cada punto, según la métrica, presenta un cierto número de sílabas. Existen muchas modalidades. Entre las más comunes está el *zortziko*, que viene del número «ocho», que es *zortzi*. Sería como «octava». Y también está la métrica *hamarreko*, que tiene su raíz en *hamar* (diez).

Dentro de la cultura vasca tiene gran reconocimiento el *irrintzi*. Se trata del grito popular en fiestas y celebraciones del que incluso se celebran competiciones. Es todo un arte. Se puede escuchar en numerosas canciones, como por ejemplo en el himno del Athletic Club. Incluso ha cruzado el charco hasta Hollywood. En *El desfiladero de la muerte* (1959) se cuenta la historia de unos vascofranceses que abandonan su tierra y huyen a California en busca de una nueva vida. Los protagonistas de la película llegan a comunicarse con un *irrintzi*. En serio, ¡estaban traduciendo un grito! Como si eso tuviera sentido. Igual piensan que los vascos hablamos «balleno».

Incomprensible también fue ver que en la serie MacGyver los vascos que huían montaña abajo iban haciendo un *irrintzi*. Lo mismo es un superpoder que no hemos sabido explotar. Ya imagino a Marvel sacando a *Irrintzi Man* o *Irrintzi Woman*. El

traje podría ser algo relacionado con los caballos, porque, aunque es sobre todo conocido como un grito de fiesta, el término es, a su vez, una palabra que significa «relincho» y sirve para hacer referencia a gritos de diversos mamíferos o de personas, como por ejemplo «gruñido».

Cada región tiene sus bailes populares. En Cataluña, la sardana; en Galicia, la muñeira; en Aragón, la jota aragonesa... Y nosotros tenemos el *aurresku*, un baile que es protagonista en muchas bodas, en homenajes y también en actos públicos. *Aurresku* es uno de los bailes históricos que pertenece a *soka-dantza* (baile de cuerda), danzas en cadena en las que los participantes —de uno en uno o por parejas— se dan las manos formando una cadena o cuerda.

Durante este baile, *soka-dantza*, hay dos momentos que son interpretados por un solista: *aurresku* y *atzesku*. *Aurresku* es el primer bailarín, literalmente la primera mano, pues viene de *aurre*, que es «delante» o «antes de», y *esku* (mano). La canción es interpretada por un *txistulari*, la persona que toca el *txistu*, es decir, una flauta de madera con tres agujeros, y un *dantzari* que es la «persona que baila». Por su parte, *atzesku*, algo menos conocido, es quien cierra esos bailes, y por eso se forma con los términos *atzean* (detrás) y *esku* (mano).

La música ha sido, desde el principio de los tiempos, una fuente de placer y bienestar, y una especie de matriz social. Forma parte de nuestra vida, de quiénes somos y de cómo nos sentimos. Oscar Wilde decía que «el arte de la música es el que más cercano se halla de las lágrimas y los recuerdos». A través de la música sentimos, soñamos, pensamos... ¿Quién no ha ido en el autobús o en el metro escuchando una canción y sintiendo que es el protagonista del videoclip?

Uno de mis primeros recuerdos musicales se remonta a agosto de 2001. Tenía diez años. La Oreja de Van Gogh estaba de gira con su segundo disco, *El viaje de Copperpot*. Tenía a mi

aita y *ama* martirizados con ese disco. Siempre lo pedía para los viajes en coche. Ese verano me llevaron a Medina de Pomar, un pueblo que por entonces estaba a quince minutos de donde yo veraneaba. Junto a ellos vi mi primer concierto.

No es un grupo que cante en euskera habitualmente, pero fueron la banda sonora de *Elcano y Magallanes, la primera vuelta al mundo* (2019). Por primera vez en su historia lanzaron canción y videoclip simultáneamente en tres idiomas: euskera («Haizeaz fidatu»), inglés («Let the wind guide you»), y castellano («Confía en el viento»). Pero no era la primera ocasión que escuchábamos al grupo con un tema en euskera. En el disco *Nuestra casa a la izquierda del tiempo* (2009) hicieron una recopilación de diferentes temas de toda su carrera con la voz de Leire, su segunda cantante. Entre todas las canciones había una inédita. O medio inédita. «Loa loa» es un tema que canta *a capella* y eriza la piel a cualquiera. La primera vez que la escuchábamos por parte del grupo. Surge de «Loa loa txuntxurun berde», una nana popular en Euskal Herria. Está recogida en el *Cancionero popular vasco* de Resurrección María de Azkue, donde la traducen así:

Loa loa txuntxurun berde, loa loa masusta,
aita gurea Gazteizen da
ama mandoan artuta: lo, lo.
Aita gurea Gazteizen da ama manduan artuta,
aita gureak diru asko du
ama bidean salduta: lo, lo.

Sueño, sueño, txuntxurun verde,
sueño, sueño, zarzamora,
nuestro padre ha ido a Vitoria
llevando a la madre en el macho.
Nuestro padre ha ido a Vitoria
llevando a la madre en el macho.

Nuestro padre tiene mucho dinero,
habiendo vendido a la madre en
el camino.

Lo curioso es que, aunque esa sea la traducción literal, tal y como explica María de Azkue en ese manual, este tema ha llegado al castellano de otra forma. En la composición de la ópera *Urlo* de 1912 aparece de la siguiente forma:

Mira, luz, que duerme mi niño, no te
acerques a turbar;
que ya su ángel sueños le dicta y sonrisas
va a dibujar.
Dime, luz, ¿por qué descendéis del azul
empíreo acá?
¿Es que allí no nacen infantes?
Ven a verle cuán bello está.

A lo largo de la historia se han creado una infinidad de canciones. Es imposible recordar todos los temas que uno ha escuchado, pero quizá alguno haya sido «Bizkaia maite» (Amada Bizkaia) de Benito Lertxundi, «Haika mutil» (Levanta, muchacho) y «Txoria txori» (El pájaro, pájaro) de Mikel Laboa o «Sarri sarri» de Kortatu. Este tema lo escribieron Lurdes y Joseba Landa en 1985 en alusión a Joseba Sarrionaindia, pero la palabra *sarri* también significa «pronto» o «frecuentemente», de ahí que se cantase por una «pronta libertad».

El grupo Ken Zazpi forma parte de la historia de la música en euskera. El nombre significa «menos siete». Su tema «Ilargia» se convirtió en un himno para toda una generación e incluso, en 2020, llegó a ser la primera canción que se cantaba en euskera en los veinte años de historia de *Operación Triunfo*. Anne Lukin y Maialen Gurbindo, conocida como Chica Sobresalto, fueron las dos voces que llevaron el euskera al *prime time*. Ambas

artistas son el ejemplo de que este idioma sigue vivo. Salieron de un concurso de televisión y han hecho su carrera con un carácter personal, respetando quiénes son y de dónde vienen. Las dos, originarias de Pamplona, han querido marcar sus carreras vinculadas al euskera, su lengua. Y esto tiene mucho mérito cuando sales de un programa donde puedes acabar por convertirte en un producto musical al pie de los caballos de grandes empresas.

Entre los títulos de las dos cantantes está «Basandere», de Chica Sobresalto. Antes hemos visto a Basajaun cuando hablábamos de los personajes mitológicos que protagonizan las historias de la Trilogía del Baztán. *Basandere* sería la versión femenina, es decir, es «la mujer del bosque». En este caso el «bosque» (*baso*) se acompaña de *andere* (mujer).

En la cadena pública estatal también se escuchó a Oskorri. Era 1987 y fue en el programa *A media voz*, presentado por el actor Óscar Ladoire, que interpretaba el personaje de cliente de un bar con escenario, y por Paco Villar, que era quien le daba la réplica. Aunque sea un grupo que ya no está en activo, sus canciones son como ese «conjunto de nubes enrojecidas por los rayos del sol» que, cuando aparecen en el cielo, te dejan boquiabierto con su color. Son la «arrebolada» sonora de la que se disfruta cada vez que suenan.

Fito Cabrales ha explicado en más de una ocasión que no sabe hablar euskera. Creció en Gernika, pero su familia no sabía esta lengua y él fue de los pocos de su pueblo que nunca lo aprendió. Eso no le ha impedido cantar en ese idioma. Lo ha hecho en varias ocasiones. Una de ellas en el programa *Un país para escucharlo* de TVE (2019). Cantó «Urepel» junto a Gatibu, los autores del tema. Este, de 2002, es un tema de amor, aunque por la traducción literal no lo parezca, porque significa «agua tibia».

Y si hay que poner un ejemplo de alguien que se ha

esforzado en más de una ocasión en cantar y también en acercarse a la cultura vasca sin saber ni una palabra de euskera es el de Rozalén. Desde aquí, *eskerrik asko*. Una cantante comprometida con sus ideas que hace de la música su bandera.

El 17 de septiembre de 2021 empezaba la 69.ª edición del Festival de San Sebastián, con una gala en la que los abrazos que no se pudieron dar durante la pandemia fueron protagonistas gracias a un tema del grupo Zea Mays. «Negua joan da ta» (El invierno se ha marchado) es una de las canciones más bonitas que he oído en directo. Buena parte de culpa la tiene la prodigiosa voz de su cantante, Aiora, pero también la letra y el sentimiento con el que la canta. Aquel día la cantante albaceteña Rozalén cantó en euskera, mostrando así su respeto y cariño. «Espero que percibieseis el respeto que siento por vuestra lengua», publicaba en sus redes. Lo sentimos. Te lo prometo.

Es de admirar el esfuerzo que ha hecho siempre por acercarse a la cultura euskaldun. Unas semanas después, junto con Olatz Salvador, sacó un tema titulado «Ahots hari», que se puede interpretar de dos maneras. *Hari* puede ser tanto «hilo» como «aquella», y *ahots* significa «voz». Podría ser «hilo de voz», pero el sentido real hace referencia a «aquella voz».

Y como no hay dos sin tres, el 30 de junio de 2022 Rozalén hizo pública una nueva colaboración en euskera. Una vez más se unía a la voz y la música de Zea Mays. Juntas sacaron «Ez naiz ni» (No soy yo).

Esta nueva colaboración entre la artista y el grupo llegaba de la mano del proyecto Kabian (En el nido), que viene de *kabia* (también *habia*), «nido». Se reunieron en una casa rural de Orozko (Bizkaia) durante dos días ante el reto de componer una canción e interpretarla juntas. Un proceso que acabó transformándose en un documental de unos diecisiete minutos que resumía su tiempo allí y el proceso de creación.

Junto con el vídeo, la cantante de Albacete escribió: «Lo que se aprende fusionando idiomas, culturas y estilos musicales. Que la vida me regale más tiempo con ellxs». Y que nosotras estemos ahí para escucharlo.

En 2022 llegaba su cuarta relación con el euskera. Esta vez ella sola. La albaceteña se atrevió a publicar en su disco *Matriz* una versión de «Xalbadorren heriotzean», de Xabier Lete. Es una canción de despedida tras la muerte, y recuerda el fallecimiento en 1976 del poeta de Iparralde Ferdinand Aire Etxar, «Xalbador», el pastor de Urepele. El título de este tema es muy directo: «En la muerte de Xalbador». Cuando presentó el tema, Rozalén explicó que le había costado mucho cantarlo ella sola y pedía «perdón a los del País Vasco por su pronunciación». Creo que hablo en nombre de todos, al menos de los que tengan dos dedos de frente, al decir que nada hay que perdonar a quien trata con cariño y respeto al euskera. La artista también explicó que uno de los motivos por los que se había lanzado a cantar en este idioma era porque «es una joya y hay que cuidarla». Risueña, directa y dulce, le deseo teatros llenos de por vida.

A quien también les deseo conciertos de aforo completo es a las Tanxugueiras. Aida, Olaia y Sabela se presentaron al festival de Eurovisión y conquistaron al público con sus voces, la puesta en escena y la fuerza de tres mujeres que cantaban por su «Terra». Esta es una canción que reivindica la lengua y la cultura gallegas, y en la que se expone la diversidad lingüística que hay en todo el Estado. La canción cuenta con varias referencias a la cultura popular gallega, como *foliada*, *serán* o *aturuxo*, y repite un mensaje: *Non hai fronteiras*, primero en gallego y posteriormente en euskera (*Ez dago mugarik*), en catalán (*No hi ha fronteres*), en asturianu (*Nun hai fronteres*) y, finalmente, en castellano. Y es que precisamente en la música no hay fronteras y esta canción es un símbolo de ello, de la

fuerza y del empoderamiento de la tierra. Como dijo Aida, «la unión de todas las culturas y la unidad del pueblo en todo su conjunto».

La música puede quedarse «en la barrera» con Hesian, ser un «residuo» como Zarama, estar lleno de «coraje» como el de Kuraia y, sobre todo, «permanecer» en el tiempo como Irauten. Lo bueno que tienen las canciones es que las podemos escuchar cuantas veces queramos. No importa si son grupos que ya no están en activo como Su Ta Gar (fuego y llama) o si se trata de uno de los más recientes como Huntza (hiedra), que se están convirtiendo en una banda de referencia.

Y cuando unos llegan, otros se van. El sábado 23 de noviembre de 2019, en el Navarra Arena de Pamplona y ante 11.000 seguidores, Berri Txarrak se despedía de la música. Un grupo que a lo largo de su trayectoria había hecho giras por Europa y Sudamérica junto con Rise Against y había estado en grandes festivales de Francia, Japón o Canadá, decía *agur*. La traducción de su nombre es «malas noticias», como la que el grupo de rock dio con el anuncio de su retirada después de veinticinco años sobre los escenarios.

Esne Beltza, según las declaraciones de sus miembros, es un nombre que propuso Fermin Muguruza para este grupo por «tener un estilo de música negra hecha por unos blancos», y la traducción sería «leche negra». Muguruza, por su parte, tenía otro grupo: Negu Gorriak. Es uno de los nombres que aparece en la banda sonora de *El día de la bestia*, primer recopilatorio de temas satánicos seleccionados por Álex de la Iglesia (1995). Literalmente es «inviernos rojos», pero *gorriak*, además de ser el plural de un color, sirve, en este caso, como expresión. *Gorriak ikusi* (verlas rojas) significa «pasarlas canutas». El nombre del grupo hace referencia a «inviernos crudos».

Bailar, cantar, saltar, gritar... las consecuencias de estar escuchando una canción, ya sea en tu casa o en un bar, son

muy diversas. Algunas nos emocionan o nos hacen llorar, y otras nos aportan felicidad o nos divierten. Por eso, me gustaría incluir en esta lista un grupo en particular que se llama Gozategi. Sus canciones hacen que los pies se muevan solos y que cualquier fiesta tenga un ambiente más divertido. El nombre es el apellido de Asier y Ainhoa, hermanos y miembros de la banda, pero también nos lleva a un juego de palabras formado por *gozatu* (disfrutar) y *-tegi*, que es el sufijo con el que indicamos el lugar en el que se encuentra algo. Así que *gozategi* podría ser el sitio en el que hay disfrute, y qué mejor que encontrarlo en los brazos de la música.

Los Premios Música Independiente (MIN) surgieron en 2009 con la intención de reconocer la creación y diversidad de la cultura musical. Desde 2013 incluyeron entre sus categorías los premios al Mejor Álbum en Euskera —y también en catalán y en gallego—. Es una forma de visibilizar todos los idiomas y la calidad de la música en las lenguas cooficiales.

La categoría se llama Premio Etxepare a Mejor Álbum en Euskera. Euskal Etxepare Institutoa (Instituto Vasco Etxepare) trabaja en la promoción de la cultura vasca y del euskera y, a su vez, toma su nombre de Beñat Etxepare, autor del primer libro en euskera: *Linguae Vasconum Primitiae* (1545). Este premio lo han recibido grandes artistas como Betagarri, Oreka Tx, Berri Txarrak, Jabier Muguruza, Niña Coyote eta Chico Tornado, Mikel Laboa, Ruper Ordorika y, en la edición de 2021, el grupo Zetak.

Este último fue creado por Pello Reparaz y mezcla los sonidos electrónicos con las raíces e instrumentos folk vascos, como la *txalaparta*. Este es un instrumento formado por una o varias tablas que se golpean con palos de madera.

El premio lo recogieron por el disco *Zeinen ederra izango den*. La canción, que da también título al álbum, habla de la nostalgia de lo perdido, de lo que nos ha robado la cuarentena

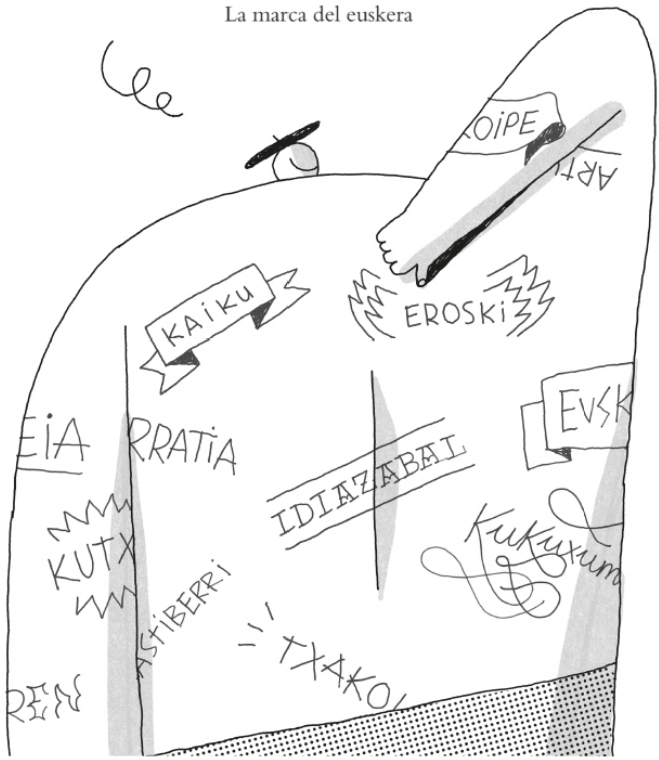
vivida por la pandemia de la COVID-19 y que pone la mirada en el futuro y en lo bonito que será cuando nos volvamos a ver y tocar.

Al recoger el premio, el cantante agradeció el galardón a familiares, amigos, equipo y al euskera. Un agradecimiento lleno de sinceridad y mucha razón. Y es que los artistas que hacen música en este idioma se ven en muchas ocasiones ante una misma pregunta: «¿Por qué cantas en euskera?», o la variante «¿Por qué no cantas en castellano o en inglés para llegar a más público?». Imagino que las personas que creen que por cantar en una lengua más extendida se llega más alto lo pensarán porque solo escuchan música en el idioma que entienden y que nunca habrán hecho «nananá» con un tema de los Beatles ni «guachi gua» con las Spice Girls. Que por supuesto nunca, nunca, pero nunca habrán cantado «La Vie en Rose» y que jamás se atreverían a bailar «Ai se eu te pego». Porque esa gente solo escucha música en su idioma.

El solo hecho de pensar que cantar en un idioma te puede cerrar puertas me parece de tener pocas luces. Seguro que cualquier persona ha escuchado un tema en un idioma que no conoce —desde el inglés, al alemán, francés o chino— y no por ello la canción ha perdido su magia. Todavía recuerdo el verano que nos pegamos en 2012 con el «Gangnam Style». Menos coreano, es probable que cantásemos en cualquier idioma. Además, deberíamos ser más conscientes de que la música también puede aprovecharse como un valioso recurso para mejorar nuestro aprendizaje de lenguas extranjeras. Mi *aita* no sabe hablar euskera, pero le he oído cantar el «Txoria txori» de Mikel Laboa como si fuese miembro fundador de Euskaltzaindia. Por no hablar de la cantidad de veces que se utilizan canciones infantiles para introducir una lengua nueva. Como el«Head and shoulders, knees and toes» que se usa para enseñarlas partes del cuerpo en inglés y para torturar a los

enemigos capturados por el Pentágono. Dice el refrán que «la música amansa a las fieras», una máxima que apela a la gran influencia que una melodía puede tener sobre nosotros. Dejemos que ese poder fluya. No permitamos que la estupidez humana acabe por hacernos creer que una canción es más importante por ser en un idioma o en otro. Cada uno escoge cómo componer y cómo inspirarse. Cantaren una lengua que se sabe y se conoce es lo normal, y hacerlo en una desconocida es igual de admirable. Los artistas no deben tener grilletes a la hora de crear y el público no debe tener cadenas que le impidan ver todo lo que le rodea. Poner límites a la música, a la cultura, es tratar de parar el latido del mundo.

La marca del euskera



El euskera es como esos instantes en los que buscas las gafas mientras las tienes puestas en la cabeza. O cuando no encuentras el móvil porque lo estás buscando con la linterna del propio móvil. A mí esto me ha pasado más de una vez. Sí, soy consciente de lo despistada que soy, mi *aita* siempre me ha repetido que la cabeza la tengo para llevar pelo, pero, oye, ¡qué pelo!

El caso es que, en muchas ocasiones, podemos tener algo delante y no darnos cuenta. La mayoría de las personas que no han aprendido euskera perciben esta lengua como algo lejano e incomprensible, pero no son capaces de ver lo presente que está en nuestro día a día.

La convivencia del euskera y el castellano ha hecho que hayamos asimilado algunas palabras como una mera rutina. Ya lo hemos visto con los informativos o con la cultura, pero también hay otros sectores en los que el euskera cobra vida: las marcas comerciales.

El nombre de una empresa o de un producto es muy importante a la hora de llegar al mercado. Los departamentos de marketing suelen hacer una gran inversión para encontrar el nombre perfecto, porque está demostrado que las oportunidades de venta también dependen de ello.

Después de un trabajo sesudo por parte de equipos expertos, esos productos, con sus nombres, llegan a nuestra vida, a nuestra cesta de la compra y, más importante aún, a nuestro vocabulario. Son nombres que nos rodean y con los que convivimos de forma natural, hasta el punto de que marcas como Rimmel han llegado al diccionario como «máscara de

pestañas» o que llamemos a los pañuelos de papel «clínex» debido a su nombre comercial (Kleenex).

Si eres capaz de hablar de la silla Poäng, el sofá Elktorp o la taza Färgrik por culpa de los suecos de Ikea, imagina las veces que has podido estar hablando euskera sin saberlo. Lo más bonito es que lo has interiorizado tanto que no has sido capaz de identificarlo como tal, y eso demuestra que es mucho más fácil de lo que *a priori* parece.

El euskera es un idioma vivo y que está entre nosotros, que late entre los gestos de un día cualquiera. Por ejemplo, cuando tenemos que hacer la compra, podemos acudir a las grandes superficies que están en todas las ciudades. Entre los nombres que vienen a nuestra mente está Aldi. Este es un supermercado alemán que nada tiene que ver con Euskadi, pero es un término que sí se encuentra en el vocabulario del euskera y significa «tiempo» u «ocasión», muy apropiado, por otra parte, para el «momento» de hacer la compra en un sitio como ese. Sería curioso que un supermercado tuviese un nombre tan literal, ¿verdad? Pues paren motores porque lo hay. Se trata de Eroski. El nombre se puede traducir como «el sitio de comprar», ya que está formado por la palabra *erosi* (comprar) y *toki* (sitio o lugar).

Cuando entramos al supermercado, cogemos un carro y nos ayudamos de una lista de la compra, aunque todos sabemos que esa lista no sirve para nada porque acabas comprando de todo menos lo que has apuntado. Pero eso es un tema en el que profundizaremos otro día.

Andando por los pasillos, podemos encontrar entre los aceites la marca Koipe. Probablemente, utilizar este nombre para llamar a un aceite que es pura «grasa» sea bastante acertado. En las neveras también encontramos la margarina de maíz Artua, con una imagen de una mazorca de maíz en el envase porque, precisamente, *arto* significa «maíz». Muy cerca

hay unos embutidos con el nombre Argal. ¿Tendrá algo que ver con el euskera? Pues no estoy del todo segura, pero lo cierto es que sí que existe una palabra como esa en este idioma que significa «delgado».

¡Ahí va, la leche! Mirando las marcas encontramos Kaiku. La explicación de que este término es un «cuenco de madera para recoger la leche» está extendida y de ahí que una empresa de este tipo de bebida tenga ese nombre, pero lo curioso es que también sea un insulto. Con él podemos llamar a alguien «tonto» o «necio».

Idiazabal es uno de los quesos más reconocidos del País Vasco y Navarra. Es un queso riquísimo y que a mí también me produce cierta risa tonta. Es una palabra que, si se separa en dos (*idia zabal*), quiere decir «buey ancho o generoso», pero, claramente, esa no es la razón para poner el nombre a un queso que se hace íntegramente con leche de oveja de la raza *latxa*.

Si no nos apetece cocinar, podemos optar por Goxo, la aplicación de comida a domicilio, y así tomar algo «rico» o «dulce» y hacerlo «cómodamente», como indica su nombre.

Las comidas siempre se disfrutan más en buena compañía y con un buen vino. Entre los vinos podemos escoger los de las bodegas «de la madre» Amarena, aquellos que vengan de la «naturaleza» como los Izadi, unos que sean tan directos y claros que te digan que son un vino rojo, como Baigorri (sí, rojo), o los que uno sienta una copa como «hospedarse» (Ostatu).

Para los que les gusta una bebida algo más suave y fresquita está el *txakolin*, sí, con /n/ final, que no se olvide —aunque se haya extendido el término sin /n/ porque es como lo recoge la RAE: chacolí—. Entre este tipo de vino ligero y agrio hay muchas marcas conocidas: Urkizahar (abedul antiguo), Hiruzta (tres cosechas), Arima dulce (alma dulce), Itsasmendi (mar de montaña), Ondarea (patrimonio o legado), Malkoa (lágrima), Artadi (encinar), Artizar (lucero del alba), Ados (de acuerdo) o

Ametza (el sueño).

Pero los vascos somos muy chulos. El vermut se hace con una base de vino blanco, ¿verdad? Pues llega un vasco en 2014 y dice: «¿Qué narices?, ¡somos vascos!», y crea un vermut con base de *txakolin*. Sus viñedos están en Sopuerta (Bizkaia) y su bebida tiene un nombre maravilloso: *Txurrut* (sorbo), haciendo referencia al modo en el que hay que beber el vermut si no queremos que nos suba rápido a la cabeza.

No solo en la lista de la compra podemos encontrar marcas o palabras en euskera. En una tienda de ropa podemos encontrar camisetas o sudaderas de Loreak Mendian (flores en el monte) o de Kukuxumusu, con esa vaca tan graciosa en todos sus diseños. Y eso que el animal lechero nada tiene que ver con el nombre de la marca, porque lo que realmente significa es «el beso de la pulga». Viene de *kukuxo*, que es «pulga», y *musu*, «beso». Ahora su creador, Mikel Urmeneta, ha sacado una nueva marca, Katuki Saguyaki, donde los animales vuelven a ser protagonistas: *katu*, que es «gato», y *sagu*, que es «ratón».

La reina Sofía presidió el 13 de abril de 2021, a través de videoconferencia, la reunión de trabajo con la Federación Española de Párkinson, con motivo de la celebración del día mundial de esa enfermedad. Esto pasó un breve instante a un segundo plano cuando muchos nos dimos cuenta de que se había presentado con una mascarilla «made in Euskadi». Era de la marca Ternua. Esa empresa es conocida por sus prendas de ropa, como las chaquetas de montaña. El nombre es un homenaje a los marinos vascos que, en el siglo XVI, se batían contra las ballenas en las costas orientales de Canadá, desafiando las peores condiciones meteorológicas. Esto se ve reflejado en el logo, porque tiene la cola de cetáceo y va acompañado del lema de la empresa: *Non gogoa han zangoa*, un proverbio en euskera que significa «Donde está la voluntad, allí va el pie».

Sin necesidad de entrar a ninguna tienda o superficie, podemos toparnos con más marcas que te sonarán. Si vemos pasar una furgoneta Azkar, estará pasando «rápido»; si en un edificio en obras vemos una grúa Jaso es porque «levanta» o «recoge» los materiales necesarios para la construcción; si vemos el logo Ikusi (ver) es porque estamos mirando la pantalla de información en un aeropuerto; si utilizamos una pila antigua de Cegasa será una pila Tximist (relámpago), y si en una cocina hay una lavadora Otsein es porque es el «criado» que lava la ropa. En la calle también podemos encontrar una BBK, iniciales de Bilbao Bizkaia Kutxa o Kutxabank. Ambas comparten el término *kutxa*, que sirve para decir «caja» o «cofre».

A la hora de informarnos, disponemos de diferentes medios de comunicación. Poder ojear hacia todos los lados es una buena opción para conocer diferentes perspectivas. Hay gente que incluso lee *Okdiario*; yo para reírme prefiero *El Mundo Today*, pero cada cual que elija sus fuentes.

En la radio podemos sintonizar Euskadi Irratia, que es «Radio Euskadi», o Gaztea, la radio «joven», en la que encontraremos mucha música y entretenimiento. Ambas radios pertenecen al grupo EITB (Euskal Irrati Telebista), la radiotelevisión vasca.

El mundo analógico y el digital se fusionan cuando hablamos de leer el periódico, aunque ya no todas las publicaciones sobreviven en papel. Entre las muchas fuentes de información se puede leer *Deia* (llamada), *Berria* (nuevo o noticia) y *Gara* (somos).

El tiempo de lectura no tiene que estar exclusivamente protagonizado por medios de comunicación. Hasta diría que es más habitual ver a alguien con un libro entre las manos. Esos libros se pueden comprar en librerías como Elkar, que sirve para indicar reciprocidad, ya que es «mutuamente». También podemos decir que una tienda de venta de libros es un gran

«amigo», como Lagun. Si eres más de cómics, entonces seguro que conoces la editorial Astiberri, una buena opción que sirve para disfrutar del *asti* (tiempo libre) *berri* (nuevo).

Como se puede comprobar, el euskera está en nuestra vida, en nuestro día a día. Según Euskal Kultur Erakundea, el Instituto de Cultura Vasca, hay más de 750.000 personas que hablan euskera. Teniendo en cuenta que es una lengua que estuvo a punto de desaparecer y que durante los años de la dictadura fue perseguida, es una buena cifra. Sobre todo porque en los últimos años ha ido aumentando, y cada vez son más jóvenes los que pertenecen a ese grupo. Pero es que, además, debemos tener en cuenta otro factor: la cifra de los 750.000 hablantes hace referencia a los que pueden mantener una conversación en euskera.

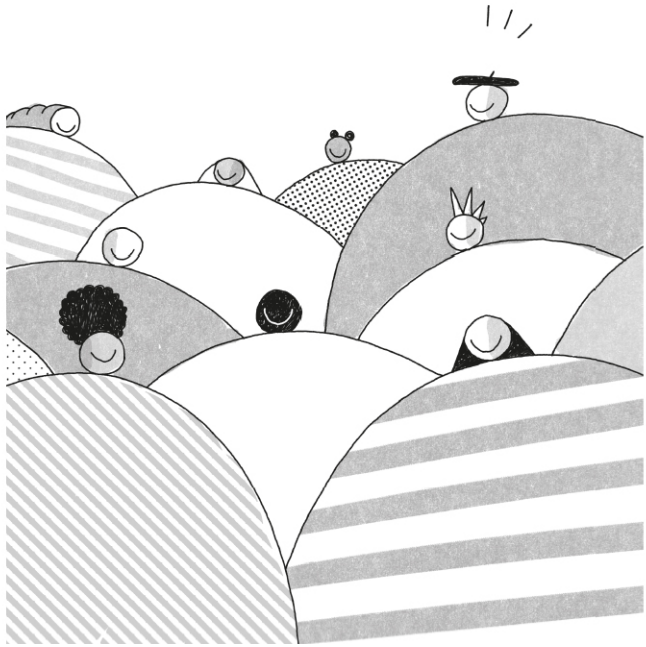
No todo el mundo tiene el mismo nivel y, como pasa en todos sitios, hay quien puede entender un idioma pero no lo habla —porque hace mucho que no lo usa, por falta de fluidez, por vergüenza, por miedo a equivocarse...—, pero lo importante es intentarlo, y de eso trata Euskaraldia. Es una iniciativa que pretende unirnos a todas y todos, de poner en valor el idioma, el euskera, y que desde nuestro conocimiento de este colaboremos para mantenerlo y cuidarlo. ¿La mejor manera de hacerlo? Usándolo.

Euskaraldia es un ejercicio social para cambiar los hábitos lingüísticos de los que entienden euskera y los que lo hablan. Durante diez días, las personas se identifican con dos tipos de chapas en el pecho: *belarriprest* o *ahobizi*. El primer grupo, *belarriprest*, son los que saben euskera pero no lo usan en su día a día, que no se sienten cómodos hablándolo todo el tiempo o que entienden una conversación pero no están preparados para participar en ella. No obstante, con esa chapa están diciendo que tienen la «oreja preparada» para que te dirijas a ellos en euskera.

Las personas que sí se ven con capacidad de mantener una conversación son los que llevan la chapa del segundo grupo, *ahobizi*. En este se puede encontrar a quien domina el idioma a la perfección, pero también a quien, a pesar de saber euskera a medias, está dispuesto a seguir adelante y poner en práctica sus conocimientos. Es decir, viven el euskera en su boca. De ahí que ese segundo grupo se llame *aho* (boca) y *bizi*, que hace referencia a «vida» y «vivo».

Lo importante, al final, es que todos pongamos de nuestra parte para seguir cuidando no solo un idioma, sino una cultura y una forma de vivir. Y te aseguro que nunca es tarde para unirse a la gran familia del euskera. Hay muchos ejemplos que demuestran que es posible, y voy a ponerte uno: mi *ama*. Ella no pudo estudiar euskera cuando era pequeña —ya sabes, ese pequeño dictador que le dio por hacer de España su patio de colegio militar—, y siempre se le había quedado una espinita clavada. Con sesenta y cinco años se marchó a una librería y compró un libro de euskera básico. Desde entonces la tengo haciéndome preguntas sobre gramática, vocabulario... Pero, oye, teniendo en cuenta que a lo largo de mi infancia le hice 357.973 preguntas sobre cosas que yo no entendía, creo que todavía puedo seguir respondiendo alguna más.

No todos los vascos son Patxi
ni todas las vascas, Miren



En 2002, la empresa de telefonía Euskaltel lanzó un anuncio para promocionar las llamadas metropolitanas —corramos un tupido velo sobre lo carca que resulta un anuncio de llamadas metropolitanas a estas alturas de la vida—, y para ello puso a un hombre en un balcón gritando el nombre Patxi. Gritaba con todas sus fuerzas, como si quedarse sin voz fuese a ser premiado con la felicidad eterna. Desde un edificio lejano, otro hombre salía a su terraza corriendo, con solo una toalla anudada a la cintura, para responder: «¿Dígame? No, no es aquí. Se ha confundido». Pues no veáis lo que dio de sí este anuncio, las semanas y meses que echamos gritando «Patxiiiiii» y haciendo bromas con ello.

Sin embargo, esto es como lo de «qué tonto es mi hermano, pero eso solo lo puedo decir yo, que para algo es mi hermano». Los euskaldunes podemos hablar de Patxi, pero, oye, que ya cansa cuando todo el mundo acaba utilizando exclusivamente ese nombre para hablar de los vascos. Y lo mismo pasa con Miren, nuestra versión de María, que es el más utilizado para personajes protagonistas de historias vascas.

Eso sí, a veces es mejor recurrir a los nombres clásicos, porque querer innovar te puede llevar a llamar «diccionario» a un personaje, y no es broma. La película *Lo dice Georgia* (2007), protagonizada por Lindsay Lohan, cuenta la historia de una adolescente a la que envían con su abuela Georgia (Jane Fonda) para aprender a comportarse. En la película aparece, sin explicación alguna, un personaje que dice ser vasco y que se llama Hiztegi Argitaletxea Sarrionaindia. Vamos, que el guionista se aburría, buscó palabras en Google y puso el

nombre y apellido más incomprensible. O eso o es el mayor acto de «sujétame el cubata» de la historia. *Hiztegi* es «diccionario», *argitaletxea* es «editorial» y Sarrionaindia es un apellido muy común en Euskal Herria. Así que el personaje podríamos decir que se llamaba «Diccionario de la editorial Sarrionaindia».

Por si te preguntas de quién fue la brillante idea de poner ese nombre a un personaje, te diré que fue de Mark Andrus, el guionista de la película. No es vasco, sino de Los Ángeles. Y es mejor no tratar de entender qué clase de psicosis le llevó a hacer eso. No hay que entender todo lo que hacen los yanquis. ¿Qué le vamos a pedir a gente que come pan de molde, ensalada de gelatina y hablan de sí mismos como «americanos», como si fuesen el único país de todo el continente?

Con la cantidad de nombres en euskera que se escuchan en el día a día, se podría variar un poco. Además, muchos de esos nombres tienen un significado propio, hecho que supone tener un amplio vocabulario en euskera.

Por ejemplo, hablar de los actores Asier Etxeandia y Amaia Salamanca es hablar del principio y el fin del euskera. Si estamos viendo una película, el «comienzo» o «principio» es *hasiera*, y cuando termina la historia, esas tres famosas letras, «fin», son *amaiera*. La diferencia es que en euskera *amaiera* no es una palabra polisémica. A diferencia de lo que sucede en castellano, no sirve para hacer referencia a «fin» como «objetivo», ya que en ese caso es más apropiado decir *helburu*.

Me imagino a los primeros madre y padre a los que se les ocurrieron estos nombres —seguro que tuvieron mellizos—, y claro, al primero, que fue chico, lo llamaron Asier, y a la segunda, que fue chica, la llamaron Amaia. Y así se dio por iniciado y finalizado el parto. ¡Para qué complicarse la vida buscando nombres cuando la respuesta podría estar justo delante!

Hay otros nombres propios para los que no hace falta que me invente ni imagine nada, porque ya existen teorías sobre su creación. Eso pasa con el de la que fue presidenta de Navarra hasta 2019, Uxue Barkos. Según cuenta la leyenda, una paloma indicó al pastor, que andaba con el rebaño por el monte, dónde se encontraba la imagen de la Virgen. «Paloma» en euskera es *usoa* y, según se dice, Uxue le debe su origen a esa palabra.

Pero este no es el único nombre relacionado con la religión que hay en euskera: tenemos Aingeru (ángel) o Adei, que puede ser «respeto», pero cuyo origen viene más por su segunda acepción, que es «gracia», en relación con la «gracia de Dios». Como símbolo podemos poner a Gurutze Frades, no solo porque la triatleta sea un símbolo del deporte con grandes victorias como la del ironman de Vichy, sino también porque su nombre es un emblema religioso que significa «cruz». Un nombre que, por cierto, vale tanto para mujer como para hombre. Prueba de ello es el exjugador de balonmano Gurutz Aguinagalde.

En el mundo del deporte se pueden encontrar muchos nombres en euskera y, entre ellos, uno de los que probablemente haya alcanzado cotas de fama más altas: Iker Casillas. Este surge como equivalente masculino al nombre Ikerne, que es «visitación».

Es muy habitual encontrar nombres que terminen con *-ne* en euskera. Se trata de un sufijo que se adhiere a las palabras para generar un nombre propio, y es exclusivo para nombres femeninos. Son los casos de Jaione (nacer), Aintzane (gloria), Abarne (rama pequeña o leña), Sorne, que viene de la abreviación de *sortu* y significa «crear» o «nacer», o Zuzene, que tiene una traducción literal como «recto» o «derecho», pero que, en realidad, hace referencia a una persona «justa».

La triatleta Zuriñe Rodríguez y la tenista Garbiñe Muguruza comparten nombre con la misma composición del sufijo *-ne*. La

diferencia es que cuando se suma *i* más *ne*, se convierte en *in* y tiene una pronunciación de /ñ/; por eso ha cambiado la grafía. El nombre de Rodríguez significa «blanca» y, en el caso de Muguruza, hablamos de la tenista más «limpia» y «pura», porque es justo lo que quiere decir *garbi*.

En esa línea de nombres con el sufijo *-ne* encontramos a la escritora Edurne Portela, que tiene con Nieves Concostrina más cosas en común de lo que parece: ambas escriben, conocen muy bien la historia, colaboran en la Cadena SER... y además comparten nombre. *Edur* es una de las formas antiguas de decir «nieve». No hay que confundirla con Ederne, pues, aunque la nieve pueda ser muy bonita, viene de la palabra *eder*, un nombre que bien podría poner cualquiera a su hijo pensando que es el más «bello» del mundo, ya que significa eso, «precioso».

En 2018 un «programa» español llegó a ser la estrella de la ópera internacional. No me he vuelto loca, es que Saioa Hernández se convirtió en la primera española que, en más de doscientos años de historia de La Scala, abrió la temporada en Milán. Que Saioa (programa) fuese la apertura de la programación de la temporada tuvo que ser un programón.

La pintora Udane Juaristi creo que nunca ha llegado a hacer un cuadro sobre el «verano», pero sería como hacer un autorretrato, ya que *uda* es el nombre que tiene esa estación en euskera. Mientras «verano» se utiliza como nombre femenino, «invierno» se emplea para los hombres: *Negu*. Y no, nadie se llama «primavera» u «otoño» por el simple hecho de que esos términos no existen para nosotros. En euskera decimos «el nuevo verano» (*udaberri*) para referirnos a la primavera, y «el final del verano» (*udazken*) para el otoño.

Quizá genera cierto asombro que las estaciones en euskera se hayan convertido en nombres propios, pero es que el actor Junio Valverde y el escritor Julio Cortázar llevan el de un mes

del año y no nos extraña. En euskera también tenemos estos dos meses como nombres propios. El primero sería Ekain Valverde. Se dice que se concibió en honor a la famosa cueva que está entre Zestoa y Deba, y también por la belleza de las pinturas del Paleolítico que se descubrieron en su interior, pero el significado literal del nombre es «junio». Este nombre se le da a ese mes porque hace referencia al sol y al día más largo del año, que es el 21 de junio. Esto es, la época en que más tiempo está el sol en el cielo. Surge de la unión de *eki*, que es una de las maneras empleadas para aludir al «sol», y *gaina*, «encima».

Hemos hablado del escritor argentino Julio Cortázar. Su adaptación al euskera sería Uztail Cortázar, y la de un famoso cantante, Uztail Iglesias (y lo sabes). En su literalidad, es una palabra que se forma con *uzta* (cosecha) e *hila* (mes), haciendo referencia a la época de la recolección.

María Thun llevó a cabo durante más de cincuenta años ensayos de siembras bajo diferentes constelaciones, y fruto de esas experiencias se pudo elaborar lo que hoy conocemos como el *Calendario de siembras*. Observó que en la forma de crecimiento de las plantas tienen mucha influencia los fenómenos meteorológicos y los ritmos cósmicos. Puede que la gran relevancia que esos dos ámbitos han tenido en nuestra vida haya sido un buen motivo para que muchas personas a lo largo de la historia hayan escogido nombres relacionados con esos fenómenos. Así pues, encontramos a Izar (estrella), Eguzki (sol), Argi (luz), Inar (rayo de luz), Haize (aire), Euri (lluvia), Sua (fuego) o Ilargi (luna). Este último es un nombre precioso, por su sonoridad y por su significado. Una traducción literal, de forma romantizada, podría ser «la luz de los muertos», que es fruto de la unión de las palabras *hil* (morir) y *argi* (luz). Pero ¿te acuerdas de cuando en la infancia te querías quedar a ver algo en la tele y llegaba tu *aita* o tu *ama* y te decía: «Ya es

tarde, cariño, a la cama»? ¡Cómo fastidiaba que te rompiesen ese momento! Pues aquí pasa algo parecido. Nuestra aguafiestas es Euskaltzaindia, que explica que la etimología de *ilargi* es *(h)ile*, nombre antiguo de la luna y del mes, y *argi* (luz), dando como resultado «luna brillante».

Lo que queda claro es que la naturaleza ha jugado un papel muy importante en los nombres propios en euskera. Hay una larga lista donde encontramos todo tipo de plantas o incluso de accidentes topográficos, como Oihan (selva), Zuhaitz (árbol), Urki (abedul), Izei (abeto), Haitza (peña) o Haran (valle). Y bajo esa influencia de la madre tierra es como al final hallamos la magia de una «flor», Lorea Elso, sobre el tapiz, ganando un campeonato del mundo de gimnasia rítmica, o sentir la fuerza de un «roble», Haritz Garde, tocando la batería en La Oreja de Van Gogh, o escuchar la voz de un «río» cada vez que Ibai Llanos locuta.

Conocer los motivos por los que esos términos se han acabado convirtiendo en nombres propios es complicado, pero hay otros que cuentan con historias tan imaginativas como las que relata Aranzazu Serrano en sus novelas de fantasía. La autora de *Neimhaim* desprende imaginación con sus palabras y también con su nombre, que originalmente es Arantzazu. La leyenda cuenta que en 1918 la Virgen se le apareció a Rodrigo Balantzategi sobre un «espino» —en euskera, a esa planta se le llama *arantza*—. Se ha extendido la teoría de que Rodrigo le dijo a la Virgen: *Arantzan zu*? (¿Tú en el espino?), sorprendido por el lugar inhóspito que aquella figura había escogido para aparecer. Pero lo cierto es que Euskaltzaindia explica que se trata de un topónimo compuesto de *arantza* y el sufijo abundancial *-zu*, con lo que se traduciría como «lugar abundante en espino».

Hay personas que, en cuanto las conoces, desprenden emociones. Algunas de ellas hasta las llevan incorporadas en el

nombre, como la modelo Alaia Baldwin, hija de Stephen Baldwin, que allí donde vaya lleva «alegría». Amets Txurruka colgó los pedales de la bici en 2016, pero nunca podrá dejar de «soñar», porque va incorporado a su nombre. Por su parte, Maite Perroni puede que sea la cantante y actriz más «amada» en su México natal. La versión masculina de este nombre es muy poco conocida: Kutun. De forma coloquial, es una palabra cariñosa. Decirle a alguien *kutun* es como decir que es «amoroso» o llamarle «cariño». Esto se debe a que el significado literal de la palabra es «amuleto» y, por lo tanto, es eso que quieres y cuanto más cerca, mejor. Euskaltzaindia también lo define como «una bolsa colgada al cuello en la que se guardan objetos para alejar el mal».

Al igual que los anteriores, también Nahia (deseo) o Zorione (felicidad) son otros nombres que pueden marcar a las personas. Aunque para nombre que deja «huella», literalmente, tenemos Oinatz; lo que queda a la voluntad de la persona con este nombre es si para bien o para mal.

En el Congreso se celebran los Premios Parlamentarios, otorgados desde la prensa a los políticos. En 2019 y 2020 no se han celebrado por diferentes circunstancias, pero hasta 2018 el PNV y, sobre todo, Aitor Esteban eran grandes candidatos a los premios mejor valorados. Incluso en 2017 se llevó el de Mejor Orador. A buen seguro que recoge esos galardones con orgullo después de una larga carrera en la política, pero el de «hijo de buen padre» lo tiene desde el primer llanto que dio al nacer. El nombre Aitor procede de la expresión *aitoren semea*, que es una abreviatura formada de *aita onen semea* (hijo de buenos padres). Lo curioso es que *aitoren semea* es también una forma de decir «noble». En los últimos premios, Esteban también estuvo nominado al Premio Azote de la Oposición, pero no lo ganó. Quizá para eso debieron de haberlo llamado Zigor, que es literalmente lo que significa (azote).

La información política en un medio de comunicación se da gracias a una «golondrina». Ainara Guezuraga es la periodista corresponsal parlamentaria de Antena 3, y su nombre es como llamamos a ese pequeño animalito en euskera. Y no es la única cara conocida que tiene relación con los animales: Unai Sordo, líder sindical, es el «vaquero» de los trabajadores, un nombre que proviene de «pastor de vacas».

Muchos son los factores que se tienen o se han tenido en cuenta históricamente a la hora de elegir un nombre para un hijo o una hija. El mío parece que fue producto de mi hermano. Mi *aita* y mi *ama* le preguntaron a mi hermano cómo quería que me llamase. Él respondió Nerea. Bueno, o al menos lo intentó. Porque, con tres años y medio, diría algo así como «Neea». Nerea era un nombre que él escuchaba mucho por aquel entonces y lo repitió. Era una de las opciones que tenían en mente, así que fue la que ganó. No es un nombre nada original. Ahora mismo no ocupa los primeros puestos en el ranking anual de los nombres más usados para recién nacidas, pero eso es porque ya debimos llenar el cupo hace veinte años. Lo curioso que tiene este nombre es que también es una palabra común en el léxico del euskera. *Nerea* es también un pronombre posesivo, y se traduce como «mío» o «mía», opción esta más común, pues estamos acostumbrados a escucharlo como nombre propio de mujer, como en Mia Farrow.

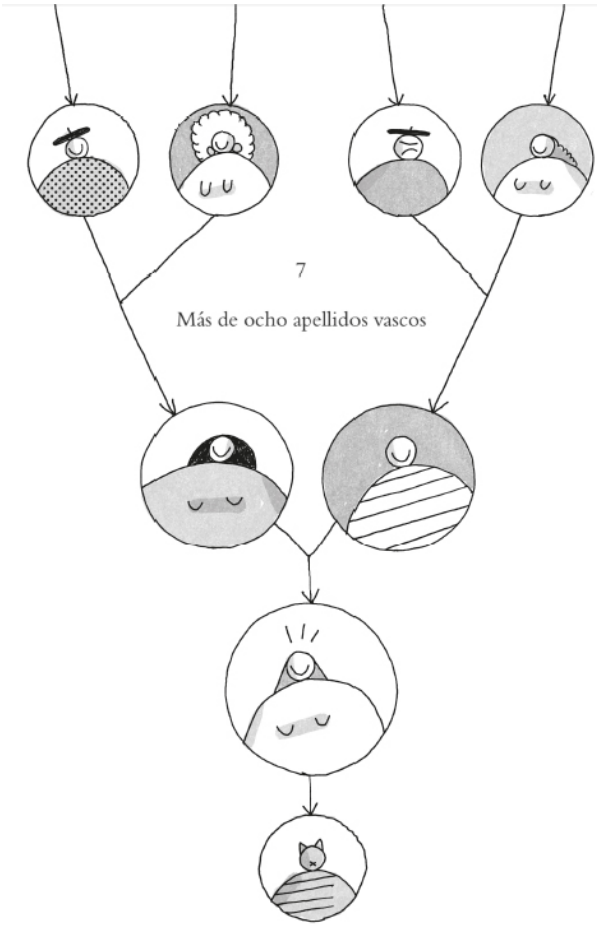
Existe una versión masculina de este nombre, que no, no es «Nereo» ni nada que tenga que ver con la mitología griega. Se trata de Eneko, como el actor Eneko Sagardoy. ¡Qué ilusión verme tan cerca de un pedazo de actor como él! Existe un amplio acuerdo entre los estudiosos al explicar que Eneko está formado por *ene* (mío o mi) y el sufijo hipocorístico *-ko* y su significación originaria, «miíto».

Sagardoy, por cierto, es uno de los actores que sale en la tan aclamada serie *Patria*. En esa misma historia también se puede

ver actuar a Lander Otaola, otro nombre vasco con significado de «necesitado» por su literalidad de «pobre», aunque lo cierto es que históricamente se ha usado como «peregrino».

Escoger el nombre que quieres poner a tu bebé es importante. Hay estudios que dicen que marcará su personalidad. No sé si la personalidad, pero lo que está claro es que al menos generará una percepción en la persona que lo conozca. En la película *El nombre* (2012), se narra el conflicto que supone para unos padres decidir el nombre de su hijo. Se muestra una cena de la pareja junto con unos amigos, y el momento en el que anuncian que el bebé se llamará Adolphe. Los invitados muestran rechazo, pues es el mismo nombre de Hitler. El padre llega a preguntar: «¿No creerás que Adolphe se convertirá en Adolf porque se llame Adolphe?». Esto es algo que muchas personas tienen en cuenta a la hora de elegir un nombre. Si llamas a tu hija Leticia, ¿acabará siendo la reina de un país o sacará temas del verano como «La salchipapa»? Difícil elección. Por si eres de las personas que creen en este tipo de teorías, voy a aclarar tres cuestiones más. Quizá tengas que pensar el nombre de un hijo o hija, de una nieta o nieto, o de alguna mascota, y esto te puede venir bien. Hay algunos nombres en euskera que no copan la lista delos más utilizados, pero que son curiosos por la singularidad de su significado. Siguiendo con la teoría de que el nombre marca el carácter, es probable que estos niños acaben desarrollando una personalidad confusa, como ver a una garrapata en un peluche. Adur, según la mitología vasca, es un nombre muy bonito, recomendable incluso para mencionar la «suerte» de tener un bebé. Además, hace referencia a «hacer las cosas a distancia»;un nombre que tiene algo de magia. Pero es que, a su vez, haciendo caso al diccionario y a su significado más literal, quiere decir «baba». Los primeros meses de vida sería una constante construcción de epanadiplosis: «Baba cayendo de

Baba». Otro nombre con varios significados es Zain. El nombre multiusos, lo podríamos denominar, porque es una de las palabras con más acepciones en el diccionario, entre las que encontramos «raíz», «vena», «arteria» y «vigilante». Y, por último, Zuhur. Tiene dos acepciones un poco contradictorias. Por un lado, hace referencia a alguien «prudente»y «sensato», y, por otro lado, a alguien «mezquino» y «avaro». Yo diría que es la bipolaridad hecha nombre. Lo cual podría ser muy apropiado para cualquier político veleta, y de esos conocemos muchos. Pero, como dijo el gran Gila, «no me gusta señalar», ¿verdad, Toni Cantó?



7

Más de ocho apellidos vascos

Gabilondo, Urdangarin, Zubizarreta, Arguiñano, Igartiburu, Erentxun, Otegi y Clemente. A Rafa (Dani Rovira) le costó encontrar los ocho apellidos vascos con los que intentaba convencer a Koldo, su suegro, de que él era euskaldun. Tuvo que recurrir a apellidos de personajes famosos nacidos en Euskadi, pero eso no significa que sean vascos. Tal y como dice su suegro en la película, Clemente no es un apellido vasco. Javier Clemente, el entrenador, sí, porque nació en Barakaldo, pero el apellido parece ser que tiene raíz latina.

Si Rafa hubiese pensado en los de sus amigos, no le hubiese costado encontrar ocho apellidos y muchos más. A decir verdad, uno de los más populares en su Sevilla natal tiene origen en el euskera.

García es, con diferencia, el apellido más común en Sevilla y en toda España. También es el apellido euskaldun más común en Euskadi. Según los últimos datos del INE a fecha de enero 2021, en Euskadi hay más de cincuenta mil personas que tienen García de primer apellido —sin diferenciar entre los que lo escriben con o sin tilde—. Eso lo convierte en el más numeroso en la comunidad. En Navarra, a su vez, es el segundo, con más de once mil personas, lo cual es algo curioso, porque la raíz de este apellido está justamente en estas tierras.

Es el primero de la lista de apellidos de todo el mundo que no es de origen chino, indio, árabe o de países del sudeste asiático, y su origen está en el euskera. Según la página Forebears —que ofrece los datos de los apellidos de todo el mundo—, Garcia, sin tilde, es el apellido número cuarenta y siete en la lista de los más comunes. En todo el planeta Tierra

hay más de diez millones de personas con el apellido Garcia en primer lugar, de los cuales casi 70.000 son los que lo escriben con tilde. El país en que más se concentran los habitantes con este apellido es México, donde hay más de 3,5 millones, mientras que en toda España no llega al millón y medio. Por eso, también se entiende que a la pantalla hayan llegado series como *Los Garcia* y *Los hermanos Garcia*, o la película *Los tres Garcia*, de la mano de actores y directores latinoamericanos, donde el apellido en sus títulos originales carece de tilde.

Teniendo en cuenta lo universal que es, posiblemente sea la palabra de origen vasco más internacional. La procedencia de este apellido es tan remota que no queda del todo clara, pero la versión principal que respaldan las investigaciones es que viene del euskera.

Euskaltzaindia recoge entre sus etimologías los estudios realizados por Arnaut Oihenart (1592-1668). Este jurista, historiador, poeta y crítico literario suletino en latín, francés y euskera, investigó y recopiló información sobre la geografía, historia, cultura y costumbres de las distintas provincias vascas. Entre sus obras está *Les proverbes Basques*, donde ya habla de la palabra *garzea*. En concreto se hacía referencia a Nafarroa Beherea (Iparralde). Según Alfonso Irigoyen, que fue miembro de Euskaltzaindia, *garzea* es una palabra antigua del euskera y hoy en día se recoge como *gazte*, que significa «joven». Comenzó a utilizarse como marca identificativa. De esta forma, si en una familia los descendientes habían sido nombrados igual que sus progenitores podrían ser diferenciados. Como Robert Downey Senior y Robert Downey Junior, pero en euskera y muchos siglos atrás. El mayor recibía el adjetivo de *zaharra* (viejo o mayor) —que ahora se puede encontrar también como *zarra*— y el menor era llamado *garzea* o *gartzea* (joven). Entre nuestros vecinos europeos, se pueden encontrar apellidos con igual significado; así están los Lejeune franceses,

los Giovane italianos, los Young ingleses o los Jung alemanes.

Los apellidos tienen numerosas ramificaciones, cada una con sus características y distribución geográfica. Dependiendo del país de origen, de la cultura, la sociedad, el idioma... podemos encontrar muchas diferencias, pero también similitudes. Por ejemplo, buscando en la lista de los apellidos más comunes realizada por Forebears encontré en el puesto 271 la primera palabra que me sonaba a euskera. Era el apellido Behera, y no hay ni una sola persona ni en Euskadi, ni en Navarra ni en toda España que tenga ese apellido. Su origen es indio, pero también es una palabra que aparece en el diccionario vasco, porque *behera* significa «abajo». Así pues, hay casi dos millones de personas en el mundo que lo llevan, pero es probable que su origen no tenga nada que ver con el euskera.

Sin embargo, hay apellidos que oímos, leemos o escribimos en el día a día que son en euskera y que tienen una traducción literal. Son una buena muestra de que este idioma está mucho más cerca de lo que pensamos y de que todas y todos tenemos un vocabulario más amplio de lo que creemos.

En este capítulo nos vamos a centrar en esos apellidos que sí conocemos, pero no en su origen. No hablaremos de la procedencia geográfica ni de la historia que rodea a cada uno, sino que, exclusivamente, nos haremos eco de ellos para poner sobre la mesa las muchas palabras en euskera que conviven con nosotros.

Históricamente, las personas solo tenían nombre, pero a partir de la Edad Media comienzan a darse apellido. Surgió por una necesidad práctica: poder diferenciar a una persona de otra. Algo fundamental para dejar tus posesiones en herencia, por ejemplo. Era mucho más sencillo dar un nombre y un apellido a cada persona que acabar redactando un documento con la parte contratante de la primera parte considerada como la primera parte y la parte contratante de la segunda parte

considerada como segunda parte.

Al igual que en otros idiomas, el euskera es una lengua en la que los nombres de familia empezaron a atribuirse por las particularidades de cada persona. De este modo, encontramos apellidos que se forman a través del nombre del padre, del apodo, del oficio, de la casa o la ubicación del hogar, así como del nombre del pueblo o localidad en la que vivía.

Es evidente que la repetición de los nombres hizo necesario el uso de un segundo para distinguir a las personas que se llamaban de la misma manera. Un procedimiento muy común fue el de especificar el nombre del padre, y así conocemos a Martínez, Fernández o Rodríguez, que se forman para aclarar el progenitor: «de Martín», «de Fernando» y «de Rodrigo», respectivamente. En euskera se pueden identificar este tipo de apellidos porque terminan en *-(r)ena*: Mitxelena (de Miguel), Perurena (de Pedro), Ernandorena (de Fernando) o Antonena (de Antón).

Una particularidad de esta lengua es que es aglutinante, esto es, muchas de sus palabras se forman a partir de palabras existentes, y para ello se valen de prefijos o de sufijos. Mientras que en castellano «-ez» no se usa para decir que «pertenece a», en euskera *-(r)ena* sí que acompaña habitualmente a un sujeto para indicar que «es de». Por ejemplo, si quieres decir que algo es «de Andrés», dirás *Andresena*.

El sufijo *-tegi* entra en la composición de apellidos con el significado «familia de» cuando acompaña a nombres propios o apodos, como Lopetegi (de Lope) o Alonsotegi (de Alonso). Es un sufijo muy frecuente en patronímicos, como el que tiene el cocinero Martín Berasategi (de Beraxa). De la misma manera que el sufijo acompaña a nombres propios, también puede ir junto a un oficio. Es el caso del apellido de quien escribe estas palabras: Arostegi, que viene de *arotz*, «carpintero», y también «herrero», con lo que, en mi caso, soy Nerea de los carpinteros

o de los herreros.

La peculiaridad del sufijo *-tegi* es que también tiene otro significado y, por tanto, dependiendo del apellido, puede hacer referencia al «lugar de», como Ikaztegi (de carbón), (H)Ariztegi (robledal) o Arranotegi (de águila), que no quiere decir que sean hijos de un águila, porque ya sabemos que la única ave que puede dejar embarazada a una mujer es la paloma. Aunque nunca se sabe, porque también se pueden encontrar apellidos como Apategi o Apeztegi, con la raíz *apaiz* (cura), y todos confiamos ciegamente en que se refiera a «la casa del cura» o «lugar de cura», pero que en ningún caso haga referencia a que fuese «hijo o hija de cura», ¿verdad? Porque todo el mundo sabe que los curas cumplen con su voto de castidad. De todas formas, si te encuentras en una *apaiztegi* o *apeztegi* puede que estés en una «casa rural», porque es así como se llaman.

Iñigo Rementeria, experto en genealogía, ha publicado un libro sobre los apellidos vascos que se titula *Gure abi izenak*. Ha pasado muchas horas entre archivos buscando las casas y los caseríos que han originado buena parte de ellos. El título de la obra se traduce como «Los nombres de nuestros nidos». *Abizena* es como se dice «apellido», y el autor ha hecho un juego de palabras separando los dos términos. En euskera *habia* es «nido» e *izena*, «nombre», con lo que un apellido vendría a ser el nombre del nido. En su libro ha reunido más de diez mil denominaciones y demuestra que el hogar fue muy importante para la composición de los apellidos en euskera.

La forma de decir «casa» en este idioma es *etxe*, y seguro que, sin poner mucho empeño, se te ocurren varios apellidos que contengan esta palabra. Aunque la vivienda es uno de los puntos de referencia para muchos apellidos, no es el único. Junto al término *etxe* hay otros que se repiten. Para que sea más fácil de entender, vamos a hacer diferentes grupos con los que diferenciar la raíz.

Apellidos procedentes de nombres comunes de edificios: Etxe (casa), Gaztelu (castillo), Jauregi (palacio), Eliza (iglesia), Iturri (fuente), Dorre (torre), (H)Iri (pueblo).

Apellidos procedentes de nombres referentes a la topografía del terreno: Landa (campo), Mendia (monte), Erreka (río o arroyo), Ibar o (H)Aran (valle), Larre (prado).

EDIFICACIONES	TOPOGRAFÍA
Etxe (casa)	Landa (campo)
Gaztelu (castillo)	Mendia (monte)
Jauregi (palacio)	Erreka (río o arroyo)
Eliza (iglesia)	Ibar o (H)Aran (valle)
Iturri (fuente)	Larre (prado o terreno sin cultivar)
(H)Iri (pueblo)	

Es probable que te hayas dado cuenta de que estos términos son también apellidos por sí solos, como por ejemplo los de los políticos Ramón Jáuregui e Idoia Mendia. Y seguramente, si dedicas unos segundos a pensar, encuentres más. Hay algún caso en el que el elemento natural y la edificación están mezclados, como en el del ex *lehendakari* Juan José Ibarretxe, donde se unen *ibar* y *etxe* para hacer referencia a «la casa del valle».

Aun así, es más habitual encontrar que estas palabras vayan acompañadas de un sufijo que añade descripción o ubicación y, por eso, debemos tener en cuenta las siguientes:

SITUACIÓN	CARACTERÍSTICAS
goi(ko) (arriba)	handi (grande)
buru (cima)	txiki (pequeño)
behe(ko) (abajo)	berri/barri (nuevo)
aurre (delante)	zahar (antiguo)
alde (al lado o zona)	nagusi (superior o principal, y también como «jefe»)
arte (entre)	zabal (ancho o amplio)
ondo(an) (junto a)	
urruti (lejos o lejano)	

Atendiendo a estos términos, podemos identificar al humorista y presentador Iñaki Urrutia, a la diputada de Elkarrekin Podemos Pili Zabala y, combinando la primera y segunda tabla, al escritor Fernando Aramburu.

Como ya hemos dicho antes, el hogar es uno de los principales elementos que se han utilizado como punto de referencia en la creación de los nombres de familia. Así que lo vamos a usar también nosotros como ejemplo de las muchas combinaciones que se pueden crear. *Etxe* es el origen de apellidos como el del actor Asier Etxeandia, el concejal Zigor Etxeburu o el exjugador de fútbol Andoni Goikoetxea. Lo cierto es que hay innumerables apellidos que contienen *etxe*, como Etxenagusi, Aurrekoetxea, Barrenetxea o Etxebarne, entre otros.

Cabe destacar que los apellidos pueden tener diferentes formas de escribirse. Por ejemplo, el periodista Fermin Etxegoien y la cantante Anne Etchegoyen comparten el mismo, con el mismo significado, «la casa de arriba», pero escrito con diferente grafía.

Si hay un apellido que tiene más variaciones en su escritura que Schwarzenegger en un dictado, es la versión de «Casanova» en euskera. A las opciones Etxeberria, Etxeberri, Etxebarri o Etxebarria hay que sumarles las variantes de «ch» o «v» que

tienen, así como quien lo escribe con tilde o sin ella. Y también la derivación de *etxe* a *etxa*, de donde han salido formas como Etxabarri y Etxaberri. *Etxa*, también se puede ver en otros apellidos como Etxaburu, Etxagoien o Etxazabal.

Sala antiguamente era una palabra con la que se decía «entrada» o «pórtico», y también es una de las formas con las que se identificaba a la «casa». Concretamente al «caserío», de donde surgen apellidos como Salazar, Salaberri o Salaburu. Además, pese a que hemos dicho que *ondo* y *alde* significan «junto a», no siempre es así. *Etxondo* y *etxalde* son dos formas de hacer referencia al «caserío».

Las partes que componían las casas o caseríos también han sido de gran relevancia; véase al remero Jose Luis Korta (cuadra o corral) —y sus variantes Kortazar o Kortaberri— o al presidente del PNV Andoni Ortuzar, que lleva siempre consigo un «huerto antiguo», ya que *ortu* es «huerto».

No todas las familias tenían la suerte de vivir en una casa. Había muchas que habitaban en una *txabola*, en euskera *ola*. Aunque también es un término que significa «taller» o «fábrica», y de ahí que los centros en los que estudiamos sean *ikastola*, «el taller de aprender». Siguiendo este mismo concepto se encuentran apellidos como Olabarria, Barriola, Olalde u Olarte. Otros marcan la ubicación de la «fábrica», el «taller» o la *txabola*, como el del actor Jon Plazaola, que estaría en la plaza, Mendiola, que estaría en la «montaña» o Ibarrola, en el «valle».

Arriola: *harri* (piedra) + *ola* (de piedras)
Artola: *arto* (maíz) + *ola* (de maíz)
Iraola: *ira* (helecho) + *ola* (de helecho)
Urola: *ur* (agua) + *ola* (de agua)

Dejando la «casa» a un lado, que ha sido parte fundamental

en la creación de antropónimos, los otros términos relacionados también tienen construcciones muy conocidas. Aquí algunos ejemplos:

ZUBI-	Zubiaurre	*zubi* + *aurre*	delante del puente
	Zubiberri	*zubi* + *berri*	puente nuevo
	Zubialde	*zubi* + *alde*	junto al puente
	Zubizar	*zubi* + *zar (zahar)*	puente antiguo
JAUREGI-	Jauregibarria	*jauregi* + *barri*	palacio nuevo
	Jauregigoitia	*jauregi* + *goiti*	palacio de arriba/alto
	Jauregibarrigoitia	*jauregi* + *barri* + *goiti*	palacio nuevo de arriba
	Jauregizar	*jauregi* + *zar (zahar)*	palacio antiguo
	Jauregiondo	*jauregi* + *ondo*	junto a palacio
GAZTELU-	Gazteluzar	*gaztelu* + *zar*	antiguo castillo
	Gaztelugoia	*gaztelu* + *goi*	castillo superior
	Gazteluondo	*gaztelu* + *ondo*	junto al castillo
	Gaztelurrutia	*gaztelu* + *urruti*	castillo lejano
	Gazteluiturri	*gaztelu* + *iturri*	manantial del castillo
ELIZ-	Elizondo	*eliz* + *ondo*	junto a la iglesia
	Elizalde	*eliz* + *alde*	zona de la iglesia
	Elizmendi	*eliz* + *mendi*	iglesia del monte
	Elizgarai	*eliz* + *garai*	iglesia del alto
	Elizaurre	*eliz* + *aurre*	delante de la iglesia
LANDA-	Landaberri	*landa* + *berri*	campo nuevo
	Landabekoa	*landa* + *bekoa*	campo bajo
	Landaetxe	*landa* + *etxe*	casa campo
	Landagoikoa	*landa* + *goikoa*	campo arriba
	Landaluze	*landa* + *luze*	campo largo
	Lanzabal	*landa* + *zabal*	campo ancho

MENDI	Mendizabal	*mendi* + *zabal*	monte ancho
	Mendiondo	*mendi* + *ondo*	junto al monte
	Mendigoiti	*mendi* + *goiti*	por encima del monte
	Mendigain	*mendi* + *gain*	cima del monte
ERREKA	Errekabarren	*erreka* + *barren*	(zona del río)
	Errekalde	*erreka* + *alde*	(junto al río)
	Errekondo	*erreka* + *ondo*	(la casa del río)
	Errekakoetxea	*erreka* + *koetxea*	(dentro del río)
(H)IRI	Iriberri	*iri* + *berri*	ciudad nueva
	Iribar	*iri* + *ibar*	ciudad del valle
	Irigoien	*iri* + *goien*	ciudad más alta
	Irizar	*iri* + *zar*	ciudad antigua

Las maneras de designar un lugar de origen son muy variadas, y van desde el nombre de una región o localidad hasta el de un río, una propiedad o una construcción. Estos apellidos pueden ir identificados con los sufijos *-aga*, *-eta*, *-leku* y *-toki*, que sirven para indicar el sitio o lugar.

El exjugador de baloncesto Juanma Iturriaga y su hermano Mikel vienen de una zona con «fuente» o «manantial», porque en este caso *-aga* acompaña a la palabra *iturri*, que significa eso mismo, «fuente». Al igual que sucede con este apellido, surgen otras composiciones como Arriaga (de piedra), Arrizabalaga (de piedras anchas), Zubizarreta (de puente antiguo), Zumarraga (de olmos), Pagoaga (de hayas), Olaeta (de fábricas), Olabarrieta (de fábricas nuevas), y también variaciones que significan lo mismo como Zubiaga o Zubieta (de puente) y Mendieta o Mendileku (de montes).

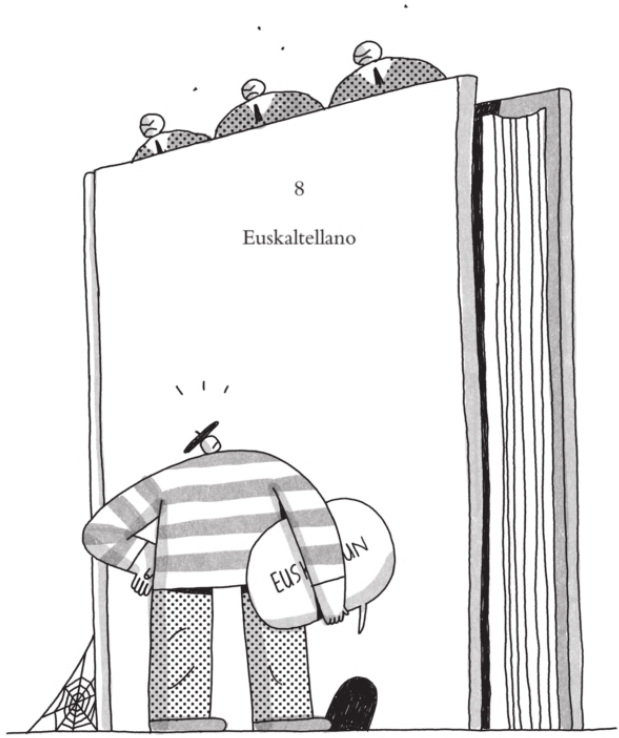
Leku no solo se utiliza como sufijo, ya que conocemos al piloto Iker Lecuona (Lekuona) o la periodista Beatriz Lecumberri (Lekunberri), entre otras personas, que llevan la partícula *leku* como elemento principal.

Muchos apellidos se reconocen como de origen vasco porque la persona que lo lleva es de origen euskaldun, como pasa con la cantante de ópera Ainhoa Arteta (de encinas), la presentadora Patricia Gaztañaga (de castaño) o el actor Gorka Otxoa (lobo). Sin embargo, los apellidos vascos se han extendido más allá de Euskal Herria, como por ejemplo en escritores gallegos como Salvador de Madariaga (peral), pasando por actrices madrileñas como Adriana Ugarte (entre aguas) —que, por cierto, así es como se le llama a una «isla»—, hasta llegar a América Latina. Cruzando el charco también conocemos al cantante mexicano de la banda El Recodo, Poncho Lizarraga (de fresnos), o al periodista venezolano Boris Izaguirre (lugar expuesto al viento). Este último apellido se encuentra también como Yzaguirre o Isaguirre, pero su origen es más cercano a la grafía que mantiene la periodista María Eizaguirre. «Viento» en euskera se dice *haize* —hay territorios en los que lo pronuncian como *(h)eiza*—, y entendemos que la raíz de Aguirre —en euskera Agirre— está en *ageri*, que significa «notorio» o «manifiesto». Cualidad que acompaña a la expresidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, cada vez que hace unas declaraciones.

Es un hecho que el euskera no ha sido lengua oficial durante siglos, lo cual ha derivado en que las lenguas vecinas hayan generado numerosas alteraciones en los apellidos vascos. Una de las características curiosas de los apellidos en euskera es que, debido al aumento de elementos y a la unión de nombres familiares, pueden dar lugar a apellidos verdaderamente largos, como, por ejemplo, Arbaitzasanjuangoa, Goitiaburularrazabal o Zengotitabengoa.

Los dos apellidos más largos que identifica Euskaltzandia tienen 24 y 25 letras, respectivamente, y es posible que a muchos euskaldunes también les cueste pronunciarlos: Etxebarrietaaltaleorraga y Pagatzaurtunduagoienengoa.

Hay un cuento humorístico publicado por Tomás Borrás en 1931 en el diario *ABC* con el título «Caballero, ideas a peseta», en el que un personaje habla sobre los apellidos largos en euskera y dice: «Lea mi tarjeta: Iturriberrigorrigoicoerrotaberricoechea. ¿Sabe lo que quiere decir? Te aguardé hasta las cinco y me tuve que ir a la fonda porque tenía que escribir unas cartas». Ese sí que tendría que ser llamado «el innombrable» y no Voldemort. La próxima vez que estés con tus amigos y amigas puedes jugar con ellos a ver quién es capaz de decir ese apellido más rápido. Quien se equivoque, chupito. Al menos, si no has conseguido aprender algo de euskera, habrás pasado un buen rato.



8

Euskaltellano

La Real Academia Española se fundó en 1713, hace más de trescientos años, y hasta hoy han formado parte de ella un total de cuatrocientos ochenta y cinco académicos. Se dice rápido, pero más rápido se dice once, que son las mujeres que han llegado a ser académicas.

Ya sé que este libro no trata de la desigualdad que seguimos sufriendo las mujeres en la sociedad, pero nunca viene mal recordar a los señores académicos que desde que en 1978 entró la primera mujer, la poeta Carmen Conde, solo diez más han tenido la oportunidad de ocupar un lugar en la Academia. Si realmente se han molestado en buscar más mujeres, es inexplicable cómo no las han podido encontrar. Quizá es que no se han esforzado lo suficiente. Siempre pueden recurrir a llamar a sus madres, maestras en «ir y encontrar» todo lo que los niños no buscan más por vagancia que por ceguera.

Cerraremos este pequeño espacio de reivindicación dando el nombre de las mujeres académicas. Como, por desgracia, son pocas, no ocupan mucho espacio: Carmen Conde, Elena Quiroga, Ana María Matute, Carmen Iglesias, Margarita Salas, Soledad Puértolas, Inés Fernández Ordoñez, Carme Riera, Aurora Egido, Clara Janés y Paz Battaner.

La RAE explica en su web que «se trata de una institución con personalidad jurídica propia, que tiene como misión principal velar por los cambios que experimente la lengua española en su constante adaptación a las necesidades de sus hablantes». Estos cambios y decisiones que se van dando tienen que ser finalmente aprobados por los académicos de número, denominados así porque están representados por una letra del

alfabeto. Del mismo modo que es imposible representar a toda una sociedad únicamente con el punto de vista masculino, es inviable entender toda la singularidad y riqueza de un idioma si los hombres que opinan o toman decisiones han nacido todos en el mismo lugar.

Entre los cuatrocientos ochenta y cinco académicos de número, he podido contar solo dieciocho hombres que nacieron en Navarra o en el País Vasco, y la mayoría de ellos se remontan al siglo XVIII y el siglo XX. Esto es más importante de lo que a primera vista puede parecer. Por mucho que en todo el Estado español exista el castellano como lengua oficial, hay que subrayar la capacidad que tiene la diversidad cultural de influir en el lenguaje de todo el territorio. El castellano se nutre no solo de los idiomas con los que convive —gallego, euskera, catalán—, sino también de las expresiones, los glosarios y los términos de cada región. Por eso es importante que los académicos de número, los que toman decisiones, tengan sus oídos en todas partes. Si todos ellos fuesen de Castilla y León o de Madrid, estaríamos perdiendo palabras como «guagua» de Canarias, «escoscar» de Aragón, «pejiguera» de Andalucía, «tenguerengue» de Extremadura o la adaptación «letraherido», del catalán *lletraferit*, para hacer referencia a los amantes de la literatura.

Es necesario que haya una amplia diversidad entre los miembros de la RAE, porque cada comunidad autónoma tiene su riqueza lingüística y esta merece ser recogida en el diccionario. No siempre se ha cumplido esa diversidad entre los miembros y no siempre todas las comunidades han estado representadas. A mí que me expliquen cómo es posible que una palabra gallega tan bonita y expresiva como *carallo* no está ya en el diccionario. Y no, no me vale «carajo». *Carallo* debería tener su propia entrada. Es para ir y denunciarlo ante la policía lingüística, o ante la mayor autoridad: la Unidad de Vigilancia

Lingüística de Isaías Lafuente.

Es cierto que existen los académicos correspondientes que «contribuyen a los fines de la institución desempeñando las tareas que esta les encomienda e informando de las variantes del español en sus lugares de residencia», y en los estatutos actuales, de 1993, se establece que estén representadas todas las comunidades autónomas. Un pequeño paso para la sociedad, pero un gran paso para la RAE.

Lo más curioso o interesante de la poca representación que han tenido Euskadi y Navarra entre los académicos es que, precisamente, el fundador de la RAE en 1713 fuese Juan Manuel Fernández Pacheco y Zúñiga, navarro de nacimiento. Entre sus sucesores no ha habido tanta suerte. Solo he conseguido identificar a dieciocho de ellos con un origen en estas tierras. Eso sí, hay otros que, aunque en su registro constase un lugar de nacimiento determinado, leyendo su nombre una se puede hacer la idea de que había sangre vasca corriendo por sus venas. José Echegaray habrá nacido en Madrid y Wenceslao Ramírez de Urrutia en Cuba, pero, amigos, esos apellidos os delatan.

Los que sí que están identificados, y por orden de entrada a la Academia, son Pedro Scotti de Agóiz (1715), Tiburcio de Aguirre Salcedo (1744), Javier de Aguirre (1754), Juan Chindurza (1758), Juan de Sahagún de la Mata Linares (1797), José Munarriz (1814), Joaquín Ignacio Mencos y Manso de Zúñiga (1840), Eugenio de Ochoa (1847), Salustino de Olózaga (1853), Santiago Ramón y Cajal (1905), Miguel de Unamuno (1932), Pío Baroja (1935), Ramiro de Maeztu (1935), Juan Antonio de Zunzunegui y Loredo (1960), Jesús Prados Arrarte (1982), José María de Areilza Bizkaia (1987) y José Luis Pinillos Díaz (1988). Estos son los miembros que, por su lugar de nacimiento, podemos deducir que han debido de ser los grandes responsables de que palabras propias del euskera

hayan acabado en el diccionario de la RAE.

Nacer en un territorio en el que se habla euskera no significa que sepas hablarlo. Aun así, convivir con él y tener cerca el vocabulario influye. Así es que, por hache o por be, hay palabras del euskera que están en el diccionario desde hace siglos. *Muga* está registrada desde 1780. Es la palabra en este idioma que más tiempo lleva en el diccionario normativo, pero lo cierto es que, pese a que desde el principio fue definida como «límite», no fue hasta 1884 cuando reconocieron su origen vasco.

El euskera ha aportado numerosas palabras que hoy en día hemos interiorizado. En la cocina hay cocochas o bacalao al pilpil, en la moda diseñan zurras, para llevar objetos cómodamente tenemos la mochila y la derecha no podría hablar de aquelarres ni lanzar un órdago a la izquierda si no fuese gracias al euskera.

«Izquierda» es una adaptación del euskera, pues decimos *ezkerra*. En castellano, antes de la influencia del euskera, se decía «siniestra». Así se refleja en el diccionario de la RAE de 1832, donde ya aparece «izquierda» y se define como sinónimo de «siniestra», pero esta dejará de aparecer en 1884 para formar una definición propia. En euskera, está relacionada con la voz *esku*, que significa «mano», y también es la raíz de la palabra «derecha», con términos como *eskuin* o *eskuma*. Así que la canción de Pastora Soler es «Al fondo a la *ezkerra*» y el cuarto de baño está al fondo a la *eskuma* (porque siempre está al fondo a la *eskuma*).

No debería extrañar que «órdago» sea una palabra de origen vasco, ya que la teoría más extendida sobre el origen del mus relaciona este juego de cartas con Euskal Herria. Al diccionario primero llegó el nombre del juego, en 1843: a «mus», diminutivo de *musu* (beso) —una de las señas del juego—, le siguió en 1869 «amarraco», que viene de *hamarreko* (decena) —

la forma de contar— y, finalmente, en 1925 se apostó todo con un «órdago», que surge de *hor dago* (ahí está) —por ser el momento en el que se enseña la jugada—.

Según el DRAE hay casi cien palabras en el castellano actual que vienen del euskera, pero no en todos los casos quiere decir que esas palabras sean euskera propiamente dicho. Entre las más recientes que han recogido están «euscaldunizar» —como verbo que indica «dar carácter *euscaldún* a algo o a alguien»— y «euscaldunización». Ambas están desde 2014, pero son invenciones del castellano. Tanto es así que el procesador de texto en el que escribo esto no sabe reconocerlas. Probablemente los académicos estén contentos con estos términos —y con «galleguizar» y «galleguización», que también entraron al diccionario ese mismo año— porque no fue algo casual, ya que en 2001 incluyeron «catalanizar» y «catalanización».

Aunque, si tuviera que reprochar la adaptación o invención de alguna palabra, me quedaría con las múltiples maneras de hacer referencia al propio idioma. Desde 1884 existen las opciones «éuscaro», «éuscara», «eusquero» o «eusquera». En 1936, entró «euscalduna» también como «lenguaje vasco». Y como parece ser que no eran suficientes, en 2001 se les ocurrió sumar «eusquérica» o «eusquérico» para todo aquello relativo al euskera.

Es cierto que «euscalduna» fue corregido en 1984 para hacer referencia a un «vasco» y a una «persona que habla vasco», y desde la edición de 2014 también se recoge «euskaldún». Sin embargo, en cuanto al nombre, ¿de verdad es necesario mantener tantas formas? Quizá hace ciento cincuenta años había confusión sobre la manera de pronunciarlo o escribirlo, pero actualmente no creo que sea necesario tanto palabro. Y menos aún cuando la propia Academia decidió, en el año 1992, in corporar «euskera», a la cual en la última edición sumó

«euskara», las dos formas reconocidas por Euskaltzandia, aunque esta recomiende el uso de la segunda cuando se habla en ese idioma.

Algunas palabras totalmente integradas en el léxico castellano ya las hemos visto en otros capítulos y no serán nuevas, pero los años en los que entraron a formar parte del DRAE tal vez puedan sorprender. Las que hoy en día están más extendidas y las que más personas podrían relacionar con el euskera han sido de las últimas en llegar al diccionario. Tantos años hablando de la izquierda *abertzale* y no se incluyó hasta 2014. Lo mismo sucedió con *dantzari* y *batzoki*. Teniendo en cuenta que *batzoki* es como se llama a las sedes del PNV y que este se fundó en 1894, podemos deducir que los académicos son personas que se toman su tiempo para reflexionar sobre la entrada o no de una palabra en el diccionario.

También tardaron lo suyo para incluir términos históricos como *ikurriña* o *aurresku*, que van ligadas a la cultura y vida de los euskaldunes, y no fue hasta 2001 cuando se recogieron en el diccionario. Esa misma edición incluyó *ikastola*, aunque estas instituciones ya llevasen más de cincuenta años funcionando de forma oficial, y *ertzaina* y *Ertzaintza*, que tardaron más de veinte años en ser reconocidas lingüísticamente.

Lo cierto es que, históricamente, los académicos han hecho cosas muy poco comprensibles con algunas palabras. Un buen ejemplo de ello es *zulo*. Fue uno de los términos que más se escuchaba en las noticias a causa de la actividad de ETA, sobre todo en los años ochenta, y, en cambio, no llegó al diccionario hasta 2014. Además, fue incorporada con una connotación negativa al ser considerada como un «lugar oculto y cerrado dispuesto para esconder ilegalmente cosas o personas secuestradas», cuando realmente significa «agujero». Hubiera bastado con una consulta a su propio diccionario manual de 1989 para respetar el término real que ellos mismos habían

recogido: «hoyo».

El *pelotari* llegó en 1914 y el *aizkolari* en 1992, pero es curioso que el *bertsolari*, recogido como «versolari», llegase en 1970, más de ochenta años después de que la métrica que utiliza para hacer un *bertso*, el *zortziko*, que según la RAE es «zorcico», accediese en 1884.

La importancia de que algunos miembros de la Academia hayan tenido relación con el territorio de Euskal Herria se ve reflejado en estas palabras, que han acabado siendo parte del diccionario desde hace más de dos siglos. *Agur* y «aquelarre», de *akelarre*, entraron en 1817 y 1869, respectivamente, y desde entonces conservan la definición y reconocimiento del euskera que les corresponde. Pero no todas las palabras han corrido la misma suerte. *Ama*, que para nosotros es «madre» o «mamá», está recogida en el diccionario en las entradas «ama de casa» o «ama de llaves» desde 1803, ya que antes era únicamente definida como «amo». En 2019 se incluyó la desgarradora *amá*, con tilde. ¿Qué necesidad había de hacernos este daño, señores académicos? ¿Qué hemos hecho para merecer esto? Que sepan que un lindo gatito muere cada vez que la RAE pone una tilde en una palabra del euskera.

Estos términos de los que hablamos son extranjerismos, es decir, palabras o expresiones que el castellano toma del euskera. Las podemos llamar «palabras guiris». Eso sí, que sepas que les podemos dar ese nombre gracias de nuevo al euskera. Desde 1925 el diccionario recoge «guiri» y explica que su origen está en «guiristino» o «cristino», la forma en la que se les llamaba a los soldados de María Cristina que iban a luchar contra los carlistas. Eso es lo que pasa cuando María Cristina te quiere gobernar, y tú le sigues le sigues la corriente.

Una cantante internacional relacionada con la cultura vasca es Madonna. No solo porque sea guiri para nosotros, sino porque hizo una gira junto al grupo Kalakan, y actuaban ante

miles de personas con la canción tradicional «Aldapeko sagarraren», un tema que habla sobre el canto o gorjeo de los pájaros, que en euskera se llama *txiruliruli*. Desde 1936 encontramos en el diccionario «chirulí» para hablar de un «ave pequeña de canto dulce que parece repetir las sílabas de su nombre», aunque once años antes, en 1925, ya se había registrado «chirula» (*txirula*), que se define como «un tipo de flauta vasca», pero también es como se llama a las flautas en general.

Algo parecido pasa con *txistu*, que se recoge como «chistu», definiéndolo como «flauta recta de madera con embocadura de pico usada en el País Vasco». En euskera también significa «silbido». Al menos el diccionario supo valorar que un instrumento no es nada si no lo acompaña un músico para hacerlo vibrar y, por eso, *txistulari* —«chistulari» en castellano — también llegó el mismo año, en 1970.

Cuando Madonna se introdujo en la música vasca quizá tuvo la oportunidad de conocer también nuestra cocina y, si así fue, seguro que la disfrutó tanto como el diccionario de la RAE ampliando su vocabulario gracias a esos términos. Euskadi posee más restaurantes con estrellas Michelin per cápita que cualquier otra región del mundo, y la confluencia de mar y montaña, valores y tradición, conforma cada rincón de su apasionante gastronomía.

En el menú se encuentra por ejemplo desde 1780 la «chirla». El fallo era que estaba definida como sinónimo de almeja, y no fue hasta 1936 que se reconoció que la *txirla* es un molusco diferente. La Academia también rectificó con «zatico», que, pese a haber sido definido desde 1780 como «corteza de pan», sacó la palabra del diccionario en 1884 y no volvió a incorporarla hasta 1992 en su forma actual: «mendrugo o pedazo de pan». Un término que proviene de *zati*, forma en la que se dice «pedazo» en euskera.

El «bacalao» se recoge del mar desde hace muchos siglos y el diccionario lo hizo en 1899, pero la palabra ya existía desde 1832 solo que con otra definición: «persona flaca y seca de carnes». La alusión al pescado viene de *bakailoa*. Espero que la forma de cocinarlo al pilpil, de origen onomatopéyico por imitar el sonido que hace la salsa cuando hierve, llegase a la cocina antes de lo que lo hizo al diccionario en 1992, porque, si no, mucha gente se estuvo perdiendo una receta deliciosa. Probablemente las «cocochas» también estuvieron antes sobre el mantel que sobre el papel. Entraron en 1970 a partir de la voz *kokotxa*, que deriva de *kokots*, «mentón» o «barbilla».

Los miembros de la RAE —al menos los de años atrás— no debían ser precisamente personas con problemas económicos. Y es que, para comer angulas, bien es sabido que hay que tener dinero. ¿Que cómo sé eso? Bueno, es que, desde que entró *angula* en 1852 al diccionario, la definieron como algo «sabroso». Tuvo que pasar tiempo hasta que reconocieron que el origen de esta palabra era del euskera, más de ciento treinta años concretamente, en 1984. Por cierto, en 1992 parece que recapacitaron y se dieron cuenta de que hacer valoraciones subjetivas de un alimento al que muy pocos tienen acceso quizá era un tanto pretencioso. Otra cosa muy distinta hubiese sido que el calificativo lo hubiesen utilizado con la *txistorra*, que es un producto al alcance de todo el mundo y con un sabor delicioso. Y si no piensas lo mismo, cierra el libro y márchate ahora mismo. No eres aceptado en este club donde respetamos y veneramos el *talo* con *txistorra*. No es broma. He visto a personas capaces de cambiar a miembros de su familia para que les diesen un trozo de ese manjar.

El *talo* es una torta aplastada que se hace con masa de harina de maíz sin fermentar y que se cuece sobre las ascuas. Fue la acepción con la que entró a la RAE en 1925, pero desde 2001 se le sumó otro significado que tiene su origen en el griego:

«Cuerpo de las talofitas, equivalente al conjunto de raíz, tallo y hojas de otras plantas». La *txistorra* aparece en la RAE desde 2001 con la modificación de la *tx*, «chistorra». Pero lo cierto es que si hasta el *New York Times*, en un artículo sobre gastronomía de Navarra, pudo escribir *txistorra*, tú también puedes.

La RAE también recoge algunos platos típicos, como un guiso de bonito con patatas y pimiento: *marmitakoa*, una receta euskalduna que se puede traducir como «lo de la marmita» por ser el plato que se cocina en esa olla de metal. Esta comida tan popular solo se incluye desde la última edición del diccionario y, en cambio, otro plato menos conocido, el «changurro», lleva desde 1970. Tiene su origen en *txangurro*, que viene de *txangurru*. Y aquí se puede llegar a formar una ceremonia de la confusión más grande que la de entender todos los parentescos familiares de *Juego de tronos*. Euskaltzaindia define el término como «cangrejo», *Hiztegi 3000* en su primera acepción pone «centollo» y en la segunda hace alusión al «buey de mar», y la enciclopedia Harluxet describe lo que sería el buey de mar, ya que habla de las puntas o rugosidades habituales que tiene su caparazón.

¿A quién hacemos caso? El *txangurro* es un plato típico en el que se desmenuza la carne del crustáceo en su propio caparazón. Así que, en este asunto, dejemos el diccionario a un lado y hagamos caso a los cocineros. Para eso somos de una de las tierras más conocidas en la gastronomía. Algo tendrán que decir.

Revisando el recetario de Karlos Arguiñano, David de Jorge y Martin Berasategi, lo que encontramos es que, cuando hablan de este plato, u otros como la ensalada de *txangurro*, todos ellos tienen entre manos una centolla. Sí, centolla, en femenino. Porque la hembra tiene huevas, la zona coral, que se incluye con la carne para aportar más riqueza. En cambio, el macho no

tiene esa parte y no es tan sabroso. No añadiré más a esta diferenciación porque la naturaleza parece suficientemente sabia. El caso es que, como ya hemos dicho en otros momentos, el euskera, al no diferenciar en género, llama *txangurru* a ambos.

Un plato típico sirvió a Aitor Esteban para hacer una metáfora en el Congreso de los Diputados. Aitor, que tiene un tractor y una oratoria, se quejó en una de las sesiones de control al Gobierno de que el debate estaba siendo como una *porrusalda*. La metáfora la hizo en 2021, pero es probable que mucha gente ya conociese ese término con anterioridad, ya sea por la receta tan rica a la que se refiere o porque llevaba desde la última edición de 2014 recogida en el diccionario. Para comprender de qué estaba hablando vamos a quedarnos con la explicación que dio el portavoz del PNV, la descripción del plato y de lo que se convirtió aquel debate: «Es caldo de puerros», y añadía: «Con unos ingredientes previamente conocidos —en general, puerro y patata—, pero luego cada cual añade a la receta lo que encuentra a mano».

Una buena comida siempre está acompañada de una buena bebida. Y eso sabe reconocerlo hasta la RAE, que en 1780 incorporó *txakolin*, aunque fuese a su manera: «chacolí». Ese mismo año también llegaron al diccionario *txikito* y «pitarra», pero no fue hasta 1992 que se les dio una definición relacionada con la voz en euskera. *Txikito* es como llamamos al vaso pequeño o medio vaso de vino, y «pitarra» se recoge como «sidra obtenida de un segundo prensado del orujo después de macerarlo durante doce horas en un tercio de su peso de agua», porque viene de *pitar*, que es la forma en la que se llama a una sidra aguada.

Desde 1992 también se habla de «pacharán», un «licor obtenido por maceración de endrinas en aguardiente anisado», en euskera *patxaran*. Es una variante de un término que tiene

muchas: *basarhan*, *basaran*, *baxaran*, *paxaran*, y que proviene del propio endrino. Al «endrino» lo llamamos *aran*, palabra que también ha recogido el diccionario para hablar de ese arbusto espinado.

Ahora que estamos solos tú y yo, te voy a contar un pequeño secreto. El diccionario de la RAE recoge el término «calimocho», al que todo el mundo asocia con Euskal Herria, donde corre *kalimotxo* por nuestras venas. Concretamente, las lenguas (no sé si las malas o buenas) dicen que se creó en fiestas del Puerto Viejo de Algorta. Una noche en la que el vino estaba picado, para poder seguir vendiéndolo, lo mezclaron con el refresco de cola de cuyo nombre no quiero acordarme.

Te voy a contar otro secreto. Resulta que la palabra en castellano está recogida desde 2001, y la forma en euskera todavía no está entre las palabras de Euskaltzaindia. Curioso, ¿verdad? Pero, bueno, a ver, eso no nos quita ningún derecho de autoría. ¿Que por qué no está? Pues mira, hay que aprender a no preguntar tanto por qué. Esto lo aprendí cuando vi una foto en la que Jared Leto miraba su móvil mientras se estaba besando con Scarlett Johansson. ¿Por qué preferir mirar el móvil a darte un beso con Scarlett Johansson? En serio, es Scarlett Johansson. Es que no tiene sentido. Pues lo mismo.

Las palabras son viajeras. Se pasan la vida de boca en boca, cogiendo vuelo y, si consiguen mantenerse en el aire, pueden aterrizar en el diccionario. Ahí es donde un término parece que coge más poder y, gracias a ello, suele aguantar mejor el paso de los años.

En ese viaje hacia el vocabulario del castellano, las palabras pueden sufrir algún cambio en la grafía. La alteración no depende del año. No importa si es más reciente, como «chapela», de *txapela*, en 1992, o más antigua, como «chistera», de *txistera*, en 1780. Hay muchos ejemplos en los que la *tx* ha sido sustituida por *ch* debido a su pronunciación similar. El

mismo cambio en la escritura tuvieron en 1936 chabola-*txabola* y «chatarra», que viene de *txatar*, un término que en euskera se utiliza para referirnos a la escoria que deja el mineral de hierro.

La RAE, como se puede comprobar, tiende a adaptar las palabras de otros idiomas con las reglas ortográficas del castellano. Así, para el anglicismo *paddle* se propone la adaptación «pádel» y, para el galicismo *choucroute*, está «chucrut». Mantienen la pronunciación original, pero adaptando la forma extranjera al sistema ortográfico, como «bluyín» (*blue jean* o pantalón vaquero), «güisqui» (*whisky*) o uno de los anglicismos más populares en castellano: «fútbol» (de *football*).

Hay otros casos en los que los académicos han respetado la forma de escribir esos extranjerismos. Así que, desde aquí, señores y señoras de la Academia, sobre todo señores, como ya hemos podido comprobar, os pido que, si sois capaces de incluir «sándwich», acabéis con las aberraciones de «jorguín» y «jorguinería», incluidas desde 1852 y 1817, respectivamente. Eso, o las nietas de las brujas que no pudisteis matar haremos hechicería para que nunca más podáis escribir correctamente.

«Jorguín» viene de *sorgin*, que es como llamamos a las «brujas» en euskera. Es una de mis palabras favoritas por todo el simbolismo que contiene. Según José Miguel Barandiarán, sacerdote y etnólogo, derivaría de *zorte* (suerte) y *egin* (hacer), formando algo así como «echadora de suertes» por esos hechizos y conjuros que lanzaban. Pese a esta explicación, hay otra algo más extendida que subraya la labor que las brujas hacían en los partos. *Sortu* es «crear», pero también «nacer», y junto a *egin* se traduciría como «las creadoras». Una posibilidad muy atractiva, ya que se identificaba a las brujas como las que ayudaban a nacer a los bebés. De ahí que *emagin*, la forma para «matrona» en euskera, mantenga la misma estructura. En

castellano también se recoge el término «jorguinería», que viene de *sorginkeria*, y es «lo que hacen las brujas», es decir, «brujería».

En esa línea de adaptaciones, entre las herramientas podemos encontrar desde 1803 una «laya», un instrumento de hierro con cabo de madera que sirve para labrar la tierra y revolverla, y que proviene de *laia*. Y una «ganzúa» desde 1780, que no sé si actualmente alguien más a parte de un cerrajero la utilizará, pero que tiene su origen en *gantzua*, la forma en la que decimos «gancho».

Al contrario de lo que pasa con estas palabras, otras han llegado al diccionario respetando su forma escrita en euskera y cambiando únicamente su pronunciación. Es lo que sucede desde 1780 cuando te pegan una paliza, que te dan una *zurra*; o si llevas un «zurrón», un bolso o una cartera, que en euskera es *zorro*. En todos estos casos, la *z* en euskera tiene una pronunciación como una /s/ «pija».

Puede llegar a ser comprensible que la Academia decida hacer cambios en algunas palabras para adaptarlas al castellano. Lo que no llego a comprender es que, si se hace una modificación en la forma de escribir el término, tampoco se respete la pronunciación; ¡que por lo menos una de las dos cosas se mantenga!

En 1780 se incluyó «cencerro» cogiendo su nombre de *zintzarri* o *zinzarri*, que surge del sonido que emite ese objeto. Si hubiesen querido respetar la voz de la palabra, lo más acertado hubiese sido «sincharri». La decisión no la podemos achacar a que estábamos en el siglo XVIII y los académicos del momento quizá pensasen de otra forma porque, dos siglos después, en 1936, se incorporó «cinzaya», que es una palabra poco utilizada para decir «niñero o niñera», igual que su palabra de origen *seinzain* o *seintzai*. Viene de *sein* (niño o niña) y *zaindu* (cuidar), y una forma más acertada en su

pronunciación hubiese sido «seinsain» o «seinchai».

Para el cuidado de los más pequeños tenemos a la *aña* (nodriza), que es también la forma en la que en euskera se hace referencia a la mujer encargada de amamantar a un niño ajeno. Lo que quizá prefieras no saber es por qué este término llega al diccionario en 1925, justo el año en el que desaparece la definición vigente desde 1780: «Especie de zorra que hay en el Perú».

Estos niños y niñas utilizarán una «mochila» para ir a clase, que proviene de la palabra *mutil*, «chico» en euskera. Este término, a su vez, se usa para referirse a un «criado» y, dependiendo del territorio, también se pronuncia *motil*. De ahí que, desde 1780, esté «mochil», el muchacho que hace los recados al mozo de campo, y «mochila», que es el objeto que lleva el «criado que te lleva las cosas».

Euskadi es muy conocida por el clima frío y lluvioso que le acompaña en el día a día. Somos expertos en agua y lluvia, y parece que el castellano lo sabe. Y digo esto con todo el respeto que le tengo a Galicia, no me vengáis por favor con el ñeñeñe de que «in Guilici timbín llivi». Sabemos que en Galicia también llueve mucho, pero aquí hemos venido hablar de mi libro, y mi libro es sobre el euskera. Además, resulta que hay varios términos relacionados con este fenómeno atmosférico que son vascos.

Desde 1780, si llueve mucho decimos «chaparrón», del euskera *zaparrada*, que, a su vez, proviene de la voz onomatopéyica que denota el ruido de una lluvia muy fuerte: *zapar*. Si hace frío nos abrigamos con una *chamarra* o *zamarra*, esta última euskera para la chaqueta que llevaban los pescadores. Si llueve poco decimos que «chispea», que se crea de *txinparta*, «chispa». Por el contrario, y si la lluvia es muy suave, en 1925 se incluyó «sirimiri» —o la forma menos utilizada, «chirimiri», que llegó en 1984—, que proviene de

zirimiri (llovizna) a partir de la onomatopeya *txiri txiri* (suavemente o poco a poco).

El origen de las palabras no es una ciencia exacta. Algunos de los términos que se han ido recogiendo en el DRAE han sufrido cambios a medida que los lingüistas iban encontrando huellas gráficas o explicaciones etimológicas. «Chalupa» apareció en 1780 para hacer referencia a un tipo de embarcación. En 1884 se le atribuyó el origen al alemán *schaluppe*, pero unos años después, en 1914, se determinó que venía del neerlandés *sloep*, y en 1956 se cambió el origen al francés *chalupe*. Quizá en el futuro podamos ver otro cambio y se explique su origen en la palabra *txalupa*, término en euskera con el que nos referimos a los barcos de pesca. Además, no sería el único relacionado con embarcaciones que recogiese el diccionario. Desde 1780 consta *gabarra*, que, como ya se ha dicho antes, es un «barco pequeño y chato destinado a la carga y descarga en los puertos», mucho antes de que se convirtiese en un símbolo de victoria para el Athletic en 1983.

El estudio de la lengua es complicado y supone años de dedicación, así que no quisiera yo desmerecer la labor que realizan tantas personas sobre este tema. Simplemente me gustaría añadir alternativas que llaman mi atención allí donde parece que no existen certezas.

Si nos fijamos en los paisajes naturales, podemos ver «bahías». La RAE dice que «quizá sea del francés», donde se dice *baie*, pero me gustaría sumar otro quizá. En euskera hacemos referencia a ese accidente costero con el término *badia*. Su pronunciación es prácticamente igual. Vale la pena pensar que haya podido influir al castellano, porque, además, no es la única palabra relacionada con la erosión de la naturaleza que se toma del euskera. Cuando hay un desprendimiento de nieve decimos que hay un «alud», pero antes de que llegase esta palabra al diccionario en 1852 ya

existía su término de origen, *lurte*, que entró en 1843. Con esa forma nos referimos al «derrumbamiento de tierra», porque se forma de la raíz *lur*, que en euskera es «tierra».

El origen de algunas palabras está claro, como el de la «bayoneta», que viene del territorio vascofrancés de Bayona, lugar en el que empezó a fabricarse esta arma blanca de los soldados de infantería. La procedencia de otros términos no está tan clara. La «azcona», arma arrojadiza similar a un dardo, se indica como «posiblemente del vasco», y como dirían en *Los Simpson*: «¿Votos en contra? Yo no». *Azkon* en euskera es la manera de denominar a un «arma pequeña».

El castellano se caracteriza por su sonoridad, y esa es una de las razones por la que los insultos en este idioma son muy reconocidos y valorados. Un «gilipollas» bien dicho quema más calorías que una hora corriendo. No tengo pruebas, pero tampoco dudas. Y en esa lista interminable de formas con las que poder ofender a una persona, podemos encontrar algunas con origen en euskera.

«Maqueto» está recogido como «inmigrante que procede de otra región española y no conoce ni habla vasco», e indica que procede de *makito* o *maketo*. Según Euskaltzaindia, *makito* es un término que se utiliza para decir «tonto» o «majadero», mientras que la enciclopedia Harluxet explica que *maketo* es un insulto para hablar de las personas que no sean de Euskal Herria, pero no se menciona que el «no saber vasco» tenga algo que ver. Es más, en la edición de 1992 del diccionario de la RAE esa parte de la definición no existe y aparece por arte de magia en la del 2001. Más les hubiese valido conservar la definición o, al menos, haber preguntado a sus colegas de Euskaltzaindia, donde, por cierto, se subraya que el término *maketo* ya estaba en uso antes de la última guerra carlista y se desconoce su etimología.

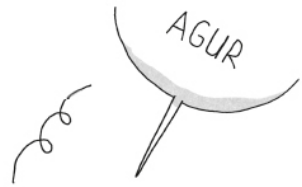
Cuando algo está mal o no es adecuado, como añadir «no

saber vasco» a una definición, en euskera tenemos *txar*, del que se deriva nuestro «malamente», *txarto* (¡tra-trá!). Esta misma palabra es el origen de «charro», recogida desde 1780, y que se utiliza para referirse a un aldeano de Salamanca, y especialmente de la región que comprende Alba, Vitigudino, Ciudad Rodrigo y Ledesma.

Más conocidas son las palabras «sinsorgo» o «sinsorga», aunque aparecen desde 1925 en el diccionario con la explicación de que su origen es *zenzurgue* y eso puede que sea un «sinsentido». Actualmente lo más adecuado es *zentzugabe*, forma con la que decimos que algo o alguien es «absurdo» o «disparatado», por su significado literal de «sin sentido»: *zentzu* (sentido) y *gabe* (sin).

Después de haber visto todas las palabras en euskera que ha recogido el castellano, solo puedo concluir una cosa. En el futuro habrá más. Para la RAE en un futuro muy muy lejano, por eso de que se toman su tiempo, pero en el diccionario de la calle irán creciendo.

El euskera es un idioma vivo, con un número de hablantes que crece año tras año, y esto será influyente también para su entorno. Una encuesta realizada a los ciudadanos de Euskal Herria en 2017 mostró un aumento en las personas que hablaban esta lengua. Se pasó del 22,3 por ciento en 1991 al 28,4 por ciento en 2016. Sobre todo, y muy importante, esa encuesta mostraba que eran los más jóvenes los que estaban haciendo aumentar el porcentaje: el 55,4 por ciento tenía entre dieciséis y veinticuatro años. Si son los jóvenes los que cada vez acceden más a estudiar euskera es señal de que estamos hablando de un idioma que tiene futuro. Así que es probable que el diccionario euskaltellano se vaya ampliando. Ojalá.



9

Los quince términos que debes saber

Confieso que siento una inmediata antipatía ante cualquier persona, ya sea político o no, que desprecie una lengua, y más si es una lengua con la que convive. Es algo que, por desgracia, vemos a nuestro alrededor. La estigmatización de un idioma como el euskera, el catalán o el gallego como si fuesen de menos valor no se ajusta a la historia ni es respetuosa con las personas que lo hablan.

Nuestros idiomas sirven para entendernos y para describir y catalogar nuestro mundo, porque nuestras lenguas no son solo riqueza cultural, material e inmaterial, sino patrimonio natural. Una lengua no es solo un sistema de palabras, sino un conjunto de modos de vivir, de sentir, de pensar. Son, al fin y al cabo, los valores que nos definen.

Al aprender un idioma, estudiamos la gramática, el vocabulario y también la cultura que lo rodea, e incluso la forma de ver la vida por medio de esa lengua. Hay quienes, en vez de poner esto en valor, optan por utilizarlo como arma arrojadiza. Los comentarios despectivos que escuchamos son una buena muestra de la ignorancia con la que se habla.

Algunos, sobre todo aquellos de ultraderecha que menosprecian las lenguas cooficiales, van a necesitar un Orfidal el día que se enteren de que la convivencia del gallego, el catalán y el euskera es una fuente de riqueza para el castellano, que ha ido incorporando términos de esas lenguas en su diccionario. Sería fantástico que algunos de esos personajes leyesen el capítulo anterior. Los imagino como Randall, de *La banda del patio*, anotando en su agenda facha todas las palabras que empezarán a censurar.

Por suerte, creo que esta gente es minoría en nuestro entorno. Al menos, en mi vida he tenido la suerte de encontrarme con más gente interesada, respetuosa y abierta a las lenguas, a la cultura e identidad de todas las tierras. Tú eres una de ellas y quiero darte las gracias. Gracias por haberte interesado en este libro y dedicar tu tiempo a leerlo. Quiero que este agradecimiento vaya más allá de unas simples palabras y, por eso, este capítulo es para hablarte de algunas palabras en euskera que es indispensable que conozcas.

Un diccionario o Google Translate te pueden ayudar a traducir palabras concretas, pero la experiencia dice que no es la mejor manera de enfrentarse a un idioma. Las malas traducciones, así como las palabras con doble sentido, pueden jugar una mala pasada. Y si no que se lo digan al Partido Popular, que en las elecciones de 2016 lanzó una campaña donde la imagen de Mariano Rajoy salía junto a la palabra *Alde*. El sentido que se quería dar a la campaña era «estar a favor». El sustantivo *alde*, como ya hemos visto, significa «parte», «zona» o «lado», pero, si se usa solo, se convierte en imperativo y se traduce como «¡largo!». Recuerda que *alde hemendik!* (¡fuera de aquí!) es uno de los gritos que se profería a los agentes de la policía en las manifestaciones. Cierto es que, gramaticalmente, se libraron de la traducción «fuera» o «largo» porque la palabra *alde* no iba acompañada de una exclamación. Aun así, las risas no cesaron y los votantes tampoco estuvieron a su favor, porque solo consiguió dos escaños en Euskadi.

Podemos tampoco estuvo nada fino en esas elecciones. El partido morado presentó un cartel donde se leía el lema «No más corrupción», y se tradujo como *korrupzio gehiagorekin*. La ironía quiso que cualquier persona que supiese euskera leyese «con más corrupción». Y en eso de que en aquellas elecciones se vivía con más corrupción que nunca sí que acertaron. Los juzgados y tribunales españoles procesaron o abrieron juicio

oral por delitos de corrupción a 1.378 responsables públicos implicados en un total de 166 casos entre julio de 2015 y septiembre de 2016.

Una de las joyas publicitarias es la de «A tope sin drogas». Se trataba de una campaña del Ministerio del Interior en 1999 para prevenir el consumo de estupefacientes entre los jóvenes. Una desafortunada traducción transformó el lema en euskera como *Drogarik gabe atsedenik ez*, o lo que es lo mismo, «sin drogas, no hay descanso». Para una fiesta de Pocholo o promover la ruta del bacalao era una campaña perfecta.

Lo de fiarse de una traducción literal no es nada aconsejable, porque llega un día en el que tienes una tienda y para hablar de la «cazadora» acabas escribiendo *ehiztari*, que es «cazadora», sí, pero también «cazador», es decir, la persona que caza animales y no la prenda de ropa. O vas un día al teatro y te encuentras con que las entradas están *nekatuta*, que en vez de estar «agotadas» porque ya no quedan es que están «cansadas», como cuando corres media maratón.

Ir de vacaciones de la mano de un diccionario o del móvil para ayudarnos con otra lengua es una estrategia que muchos utilizamos. Una estrategia tan nefasta como la de Ciudadanos haciendo una moción de censura en Murcia para acabar generando el mayor cataclismo político en mucho tiempo y, encima, no sacar adelante la moción.

A lo largo de este libro te has dado cuenta de que sabes más euskera de lo que creías. Si alguna vez te encuentras con algún euskaldun o vas de vacaciones a Euskal Herria, hay ciertas nociones básicas que ya tienes. Puedes saludar con un *kaixo* o *aupa*, si vas a tomar unos potes a una *taberna* al mediodía puedes decir *eguerdi on*, preguntar *zer moduz?* al camarero y cuando te lo pregunte él responder que tú, muy bien, *oso ondo*. Puedes pedir un *pintxo* de bacalo al pilpil y acompañarlo de la bebida que más te gusta: *txakoli*. Aunque puede que tu bebida

favorita sea el «vino» o la «cerveza», así que será importante que sepas cómo se llaman en euskera. Aquí entra un engranaje y juego de palabras que es curioso.

Ardo es como se dice «vino» en euskera, y a su vez es la base de otras bebidas. Cuando hablamos de cerveza decimos *garagardo*, y puedes comprobar que este término está compuesto por *ardo*. Literalmente sería «vino de cebada», ya que también aparece la palabra *garagar*, que es «cebada». Para la sidra decimos *sagardo*; una vez más encontramos presente al vino. En este caso se acompaña de *sagar*, que es la palabra con la que nombramos a la fruta prohibida del edén.

Un truco para memorizar términos siempre ha sido a través de canciones. En Euskal Herria teníamos a los payasos Txirri, Mirri ta Txiribiton. Los Gaby, Fofo y Miliki pero en versión euskalduna. Ellos tenían una canción infantil que empezaba diciendo «*sagarra*, manzana; *ikatza*, carbón; mujer, *andrea ta* hombre, *gizon*». Si eres de Euskal Herria sé que has leído esta parte cantando. No tengo pruebas pero tampoco dudas. Y si no conoces la canción te invito a que la busques en internet; eso sí, se te pegará en la cabeza más que el «Baby Shark» tutururutú.

El humor también es una buena manera de recordar algunas palabras. Por ejemplo: ¿qué es lo que hace una manzana en un árbol? *Sagarra*. Y ya que me he puesto con los chistes, voy a contarte alguno más que igual te ayuda a recordar otras palabras. ¿Qué le dice una lenteja a otra? No vayas *dilista*. Aquí te explicaré que *dilista* es como se dice «lenteja» en euskera. Venga, uno último: ¿qué es una vaca con una banda de *miss*? Una *behia*. Sí, exacto: *behia* es «vaca».

Y dejemos aquí el tema de los chistes porque si no, no paro. Me siento como Eugenio en su taburete y no hay quien me calle. La pequeña diferencia es que conmigo solo me reiría yo, así que sigamos con el tema que nos concierne. ¿Te has quitado ya de la cabeza la canción de «Baby Shark»? No te preocupes,

tarda entre unos minutos y unas semanas, pero se pasa. Hablábamos de bebidas.

Si no quieres alcohol, puedes pedir agua: *ur*. Ya hemos visto que esa es la manera como decimos «agua», pero es importante que, si vas a pedir «un vaso de agua» para beber, digas *baso bat ur*, porque si dices *ur baso bat* te darán el vaso de agua vacío. Ya sabes, no es lo mismo tu hermana en el Jardín del Edén que le den a tu hermana en el jardín.

Según un estudio realizado por la Organización Internacional del Café (ICO, por sus siglas en inglés), en España se consumen cuatro kilos y medio de café por persona al año. Y teniendo en cuenta que yo no tomo café, hay alguien por ahí que debe de dormir muy poco. El caso es que el café es una de las bebidas más extendidas y solicitadas por todas las personas, y es importante saber cómo pedir uno en la ciudad en la que estás. Málaga, por ejemplo, tiene tantos tipos de café como tonalidades hay del rosa. En serio, ¿cuántos tipos de rosa hay? ¿Alguien es capaz de diferenciarlos todos? Aparte del diseñador Josie, digo. Son conflictos que pueden hacer que tu cerebro explote. En euskera no tenemos tantas variantes, pero hay que saber decirlas. «Café» se dice *kafe* y no hay que fiarse de la traducción del diccionario. *Kafea*, simplemente, o *kafe huts*, «café vacío» literalmente, es como se le dice al café solo. *Kafesne* al «café con leche» y *kafe ebaki*, «café cortado». No busques «cortado» en el diccionario porque es posible que pidas un *kafe moztuta* y entonces te pondrán la taza con el café, pero lo partirán con un hacha por la mitad. Que somos vascos y puede pasar cualquier cosa.

La diversidad se ve reflejada en los idiomas y en la forma de expresarse de cada cultura, en los pequeños detalles que hacen que cada lengua sea especial porque tiene sus particularidades. Es una mirada a quiénes somos y cómo percibimos aquello que nos rodea. Un buen ejemplo de ello son los conceptos que no se

pueden traducir con una sola palabra porque se utilizan para describir una situación o expresar un momento. Por ejemplo, en alemán tienen una palabra maravillosa que es *kummerspeck*. Surge de *kummer* (pena) y *speck* (tocino), y hace referencia al peso ganado por comer en exceso debido a las emociones. Estamos hablando de esas tarrinas de helado que te comes cuando lo has dejado con tu pareja o esas galletas que te zampas con nocturnidad y alevosía en los momentos de ansiedad.

Esta intraducibilidad de términos se produce en todos los idiomas. Los italianos tienen otra palabra que es de mis favoritas: *umarell*. Ha entrado en su diccionario en 2020, después de que se hiciese famoso en 2007 el libro *Umarells*, de Danilo Masotti. Tiene su origen en Bolonia, donde se utiliza para referirse a los ancianos que se detienen a observar escrupulosamente las obras, a menudo con las manos cruzadas a sus espaldas (ese momento al que todos estamos abocados).

No hace falta irse tan lejos para hablar de palabras como estas. En nuestro entorno también las hay. Por ejemplo, la «morriña» que sienten los gallegos cuando no están en su tierra es un término indiscutiblemente bonito y necesario para expresar esa pena que se siente por estar lejos de casa. En euskera también tenemos una palabra para ese sentimiento: *herrimina*. Significa lo mismo, pero con un poco más de desgarro porque su traducción literal es «dolor de pueblo». Viene de *herri* (pueblo) y *mina* (dolor).

Hay términos que no sabes que los necesitas hasta que no llegan a tu vida. Por ejemplo, tenemos la palabra «mañana», y también sabemos hacer referencia a «pasado mañana», pero ¿cómo le dirías a alguien «al día siguiente de pasado mañana»? Quizá nunca te lo hayas preguntado. Digamos que no es el típico concepto por el que escribirías una carta a la RAE ni un tuit en el que solicitaras una palabra así. Pero te diré que, una

vez que la conoces, le coges cariño. *Etzidamu* es la forma para referirnos al «día siguiente de pasado mañana» o «dentro de tres días». ¿A que puede tener más utilidad de lo que parece?

Cuando pasamos la noche entera de fiesta, estamos de *gaupasa*, una palabra que significa literalmente lo que es: «pasar la noche». Sirve para hacer referencia a esas fiestas en las que llegas a casa con el periódico y los churros. *Gau* es «noche», y *pasa*... no hace falta que te lo diga.

Un chorrito de licor de crema en el café, una onza de chocolate después de comer, una canción de verbena en el instante más inesperado, una cerveza fresquita en ese momento de calor en la playa... Todos tenemos aquellos ratos en los que algo te da vida, que hace que ese instante mejore. En euskera, a eso que da vida o que anima se le llama *bizigarri*.

Un *bizigarri*, por ejemplo, es el *hamaiketako*, otro concepto con el que hemos nacido en Euskal Herria y que nos anima cada mañana. Hace referencia a esa comida que se hace entre el desayuno y la comida. ¡No confundir con el aperitivo de antes de comer! Ese también lo tenemos controlado con, por ejemplo, un *pintxo* muy típico que es la *gilda*, compuesto por aceituna, guindilla verde y anchoa, todo bien empapado en aceite.

El *hamaiketako* es una pausa que se hace a las once de la mañana para comer algo. Es a esta hora porque el propio nombre así lo indica (lo de las once), compuesto por el número *hamaika* (once) y el sufijo *-(t)ako*. Históricamente era *hamarretako* (lo de las diez), porque era a la hora en la que los trabajadores hacían una pausa para cargar energía y poder seguir en las labores del campo. Con el tiempo y la llegada de la industrialización o la migración a las ciudades, las necesidades del descanso fueron variando. El *hamarretako* pasó a ser *hamaiketako*, que según el *Diccionario vasco-español-francés* de Resurrección María de Azkue Aberasturi, editado en el año

1905, se usaba ya en todas las provincias vascas y era definido como «las once, almuerzo frugal poco antes de comer». Ahora también hay sitios en los que se conoce como *hamabitako* (lo de las doce). El caso es parar, hacer un descanso y comer. Y si hay que adaptar los términos para mantener las buenas tradiciones, pues se hace y punto. Nunca se dice que no a comer, que si no luego aparecen «los piojos del vientre». Sí, como lo lees. En euskera, cuando quieres indicar que estás hambriento, utilizas la palabra *tripazorri*, que hace literalmente referencia a esos bichillos. Se puede deducir fácilmente el significado de *tripa*, y *zorri* significa «piojo». Yo me imagino la creación de este término por el cosquilleo u hormigueo que se siente cuando aprieta el hambre. Algo así como el temblor que tiene Homer Simpson cada cinco minutos.

Si hablamos de palabras que no se pueden traducir y que además son indispensables, hay una que destacar. Esta la tienes que adoptar para siempre. Con una sola palabra recopilas lo que sería un «¡Hombre, pero cuánto tiempo sin verte!». Hablamos de *aspaldiko*. Es una palabra que también sirve para hacer referencia a «(lo) que viene desde antiguo; antiguo», y se ha mantenido como una expresión. Así que es perfecta para cuando te encuentras con ese amigo o amiga que nunca se deja ver, que siempre está ocupadísimo con un montón de cosas. La próxima vez que vuelvas a estar con él o ella, puedes saludarle diciendo: *Kaixo, aspaldiko*.

Estas palabras que marcan la diferencia entre un idioma y otro no siempre se refieren a un momento o una expresión. Como en el caso de la palabra italiana *umarell*, también hay términos que sirven para hacer referencia a un tipo de persona. Y esto es importante, porque al final marca la mirada que tiene esa sociedad.

En euskera tenemos el término *kanpoeder*, que es un adjetivo que utilizamos para decir que una persona es «afable con los

forasteros o con la gente que no conoce». Literalmente está compuesto por *kanpo*, que es «exterior», y *eder* (bello). Otras palabras, en cambio, no son tan agradables. *Kalekume* es una palabra que se utiliza para referirse a «la persona que es de ciudad». Lo cierto es que tiene una connotación despectiva que se originó en los caseríos para la gente que apenas tenía contacto con el mundo rural. Vamos, que sirve para esa pareja que en la isla de Oleron (Francia) denunció a la dueña de un gallo porque cantaba muy temprano o para ese amigo tuyo que se muerde las uñas cuando no le carga la última foto de Instagram. Vamos a ver, alma de cántaro, es un pueblo, disfruta del campo, el paisaje, la tranquilidad y hasta del olor a boñiga. Y si no, te vuelves a casa.

Zorripiztu es un término que utilizamos para referirnos a «los nuevos ricos». Y lo divertido de esta palabra es que está compuesta por *zorri*, que como ya hemos visto unos párrafos antes con *tripazorri* significa «piojo» o «ladilla», y *piztu* (encender). Es decir, a los que les cae el euromillón los llamamos «piojo encendido». Solo habría que ver a la familia Sánchez de *Mis adorables vecinos* para entender el concepto.

En los primeros años de vida de los niños se dan una serie de hitos trascendentales: la capacidad de desplazarse (que derivará en andar), el aprendizaje de la lectura y de la escritura y, por supuesto, el habla. Cuando un niño o una niña aprende a hablar empieza utilizando las palabras que necesita de aspectos que le rodean. Dentro de las primeras palabras que un *ama* o un *aita* enseñan a los más pequeños están las que hacen referencia a las rutinas. Son la base de la educación que nos marcan. Desde muy temprano, nos repiten que las cosas se piden «por favor» y se dice «gracias». Son hábitos sencillos de educación que es importante conocer en todos los idiomas. En euskera «por favor» es *mesedez*. Así que la próxima vez que entres a una tienda y pidas una camiseta de Kukuxumusu,

vayas al supermercado y pidas el aceite Koipe o estés con los amigos en un bar pidiendo una ronda de *kalimotxo*, ya lo puedes hacer con un *mesedez*. Yo así te lo estoy pidiendo, *mesedez*.

Para cuando alguien te dé las gracias —porque seguro que eres una persona amabilísima a la que le dan muchas veces las gracias—, tienes que saber cómo se responde. «De nada» en euskera puede ser *ez horregatik* o *ez zergatik*, ambas opciones son perfectas.

«De bien nacido es ser agradecido», dice el refranero, así que no me queda otra que terminar dando las gracias. Y lo cierto es que en euskera es fácil ser muy agradecido, porque es la única manera que hay de hacerlo. Es decir, el término «gracias», así solo, no lo tenemos. En el libro hemos visto la opción *esker anitz* o la más conocida *eskerrik asko*. Ambas significan lo mismo: «muchas gracias». El término *esker* sí significa «gracias», pero es el concepto «agradecimiento». No se utiliza, o no se debe utilizar, para dar las gracias.

Entiendo que hay personas a las que les cuesta decir *eskerrik asko*. No sé si es que ver tantas *k* y *r* juntas provoca un colapso mental, como si Abascal se pusiese a leer el Estatuto de los Trabajadores. Suele ser curioso escuchar a alguien pronunciar estas palabras. No me malinterpretes, no me río de la pronunciación de nadie. Bastante admirable me parece que alguien que no sabe euskera se haya molestado en aprender a decirlas. A mí me tendrías que haber visto cuando me puse a aprender alemán, era como ver una rana con chancletas.

Si eres de los que tienen dificultades para pronunciar, no te preocupes porque hay alternativas. Puedes optar por las variantes que te quiero ofrecer en estas últimas líneas. Porque te quiero dar las gracias por haberte acercado a este libro y sobre todo por haber llegado hasta aquí, pues significa que te lo has terminado. Eso sí que es de agradecer. Así que «mil

gracias», *esker mila, mila esker* o *milesker*.

ILARGI
TABERNA
IKASTOLA
IBAI
HARITZ
GORRI
DANTZARI
ZULO
BORROKA
KATU
MUSU

Dicen que una persona a lo largo de su vida utiliza entre mil y cinco mil palabras para comunicarse. En este libro han salido 376 palabras que ya sabes en euskera. Igual es que estás más cerca de hablar euskera de lo que piensas. Igual es que ya sabes más euskera de lo que crees.

Aquí tienes el diccionario de todas esas palabras. Tu diccionario particular:

abar: Rama, ramilla para hacer fuego, rama pequeña.
aberri: Patria.
abertzale: Patriota. Nacionalista.
abizen: Apellido.
adei: 1. Gracia (relación con la voz de Dios). Gracia de Dios. 2. Deferencia, respeto, cortesía.
ados: 1. Conforme, de acuerdo. 2. Empatados/as, iguales.
adur: 1. Baba. 2. Suerte, fortuna.
ageri: 1. Descubierto, expuesto; manifiesto, notorio; público. 2. Aparecer.
agur: 1. Fórmula de saludo, adiós. 2. Despedida. 3. Reverencia, adoración. 4. Salve (oración).
aho: Boca.
ahots: Voz.
ainara: Véase *enara*.
aingeru: Ángel.
aintza: Gloria.
aita: 1. Padre. 2. Papá. 3. Prior, padre superior.
aitona: Abuelo. También *aitaita, aitajaun, aitaso, aitatxi*.
aizkolari: Persona (leñador, carpintero) que usa el hacha; (actualmente) *aizkolari* en apuestas o campeonatos.
aizkora: Hacha.
aizto: Cuchillo.
aitzur: Azada.

akelarre: 1. Junta o reunión nocturna de brujos y brujas;aquelarre. 2. Reunión alborotada; tumulto, barahúnda.

aker: Macho cabrío.

akerbeltz: Ser mitológico, identificado con el demonio, que presidía los aquelarres o reuniones de las brujas.

alai: Alegre.

alde: 1. Lado, costado. 2. Lugar, parte (precedido de nombre de lugar); zona de, región de, ciudad de. 3. Partido, bando; parte (de un litigio). 4. Parte, porción, fragmento. 5. Modo, manera.

alderdi: 1. Bando. Partido político. 2. Región, comarca. 3. Sinónimo de *alde* en varias de sus acepciones, mucho menos gramaticalizado que este.

aldi: 1. Vez. 2. Tiempo, intervalo de tiempo.

alfabetatze: Alfabetización.

ama: 1. Madre. 2. Mamá. 3. Causa, origen, fuente. 4. Tratamiento dado a ciertas religiosas.

amaiera: Fin, final, término.

amama: Abuela. También *amandre, amañi, amaso, amatxi, amona*.

amets: 1. Sueño, ensueño, representación fantástica de quien duerme. 2. Sueño, deseo, anhelo, proyecto.

aña: (de *aina*) Nodriza.

andre: Señora. También *andra*.

angula: Angula, cría de la anguila.

anitz: 1. (*con sust.*) Mucho(s). 2. (*con verbo*) Mucho.

apaiz: Cura, sacerdote de la Iglesia católica.

apaiztegi: 1. Casa cural. 2. Seminario.

aprobetxatu: Aprovecharse.

arantza: 1. Espina. 2. Espino; zarza.

ardo: Vino.

argal: Delgado, flaco, débil, delicado, inconsistente, vano.

argi: 1. Luz, claridad. 2. Día, luz del día. 3. Aclaración, explicación, prueba, documento, título. 4. Claro, despejado (referente al tiempo, meteorología). 5. Inteligencia, entendimiento.

arima: Alma, espíritu.

arotz: 1. Carpintero. 2. Herrero.

aroztegi: 1. Carpintería. 2. Herrería.

arrano: Águila.

arrantzale: Pescador.

artadi: Encinar.

arte: Intervalo de tiempo; espacio de tiempo (hasta que).

artizar: 1. Lucero del alba, lucero vespertino. 2. Estrella polar.

arto: Maíz.

askatasuna: 1. Libertad, independencia. 2. Relajación.

aspaldiko: Expresión con la que se saluda a una persona que no se ha visto en mucho tiempo; persona ausente por un tiempo.

aste: 1. Semana. 2. Día laborable (empleado generalmente en contraposición explícita con *jai* «festivo», *igande* «domingo» o similar).

asti: Tiempo disponible; tiempo libre.

asto: Burro.

aupa: 1. Saludo informal. 2. En el lenguaje de los niños, levantarse. 3. Voz onomatopéyica con que los niños y ancianos indican deseo de que los levanten en brazos y el esfuerzo trabajoso de ponerse sobre sus pies. 4. Grito de ánimo.

aurre: 1. Parte anterior, zona delantera. 2. Comienzo.

aurrera: Adelante.

aurresku: 1. En las danzas vascas, el primero que la saca y guía. 2. Nombre de una danza tradicional.

azkar: 1. Presto, diligente; hábil, capaz; listo, inteligente. 2. Rápido, veloz.

azkon: Azcona, pequeña lanza arrojadiza; flecha.

badia: Bahía; puerto.

bai: Sí (adverbio afirmativo).

bakailoa: Bacalao.

bakar: 1. Solo, único. 2. Solo, solitario (referido a personas o animales). 3. Solitario, despoblado, desierto (referido a lugares). 4. (*pl. o indefinido*) Pocos, escasos. 5. Extraordinario, singular.

barkatu: 1. Perdonar. 2. Perdón. En fórmulas de cortesía, para introducir una objeción; o, en fórmulas de cortesía, para solicitar algo.

basandere: 1. La mujer de *basojaun*. 2. Nombre aplicado a diversos personajes mitológicos que viven en el bosque.

baserri: Caserío.

basojaun: Nombre de un personaje mitológico de la tradición popular vasca; ser fantástico, señor de las selvas. Señor del bosque. También *basajaun* o *baxajaun*.

basurde: Jabalí.

batasun: Unidad; unión.

batu: 1. Juntarse, unirse; encontrarse con. 2. Reunir, recoger, recolectar.

batzoki: Centro de reunión; club, sociedad. En los textos de las primeras décadas del s. XX aparece con mayor frecuencia en su significado general que en el más exclusivo de «centro del Partido Nacionalista Vasco».

behe: Parte inferior, parte baja; suelo; planta baja de una casa. 2. Bajo, que está abajo.

beheko: Lo de abajo.

behera: Hacia abajo.

behi: Vaca.

belar: Hierba (ref. gral. a toda planta herbácea).

belardi: Prado, herbazal. Ref. a la distribución e interferencias de «campo cultivado» y «prado».

belarri: Oreja; oído.

beltz: Negro; oscuro. También *baltz*.

bera: 1. Pronombre personal de tercera persona, tanto para masculino como femenino. También *hura*. 2. Lo mismo, la misma cosa. Igual.

berri: 1. Nuevo; reciente. 2. (*tras participio*) Recién. 3. Noticia, novedad. Suceso reciente. También *barri*.

bertso: Verso. Copla, grupo de versos, estrofa.

bertsolari: Versificador popular, que improvisa o compone versos.

beste: Dicho de una persona o de una cosa distinta de aquella de que se habla. Otro u otra.

beti: Siempre; en todo momento, todo el tiempo.

bide: 1. Camino, senda (prop. y fig.); camino, ruta; recorrido. 2. Medio, procedimiento, método. 3. Ocasión; peligro. 4. Motivo.

bihotz: Corazón.

bizi: 1. Vida. 2. Tiempo de la vida de una persona.

bizigarri: Vivificante, que da vida; estimulante, que anima.

borroka: Pelea, lucha, combate.

buru: 1. Cabeza. 2. Cabeza, jefe, persona más importante que otras; presidente. 3. Cabecera, lugar principal. 4. Origen. Cabeza, principio de alguna cosa. 5. Extremo, cabo. 6. Cima.

buruntza: Corona; diadema. También *buruntzi, burestun, koroa*.

danbor: Tambor.

danborrada: 1. Marcha que se realiza a ritmo de tambores. 2. Fiesta popular que cada 20 de enero se celebra por el día de San Sebastián, patrón de esa misma ciudad.

dantzari: Danzante, bailarín (sentidos prop. y fig.).

dei: 1. Llamada (sentidos prop. y fig.), llamamiento, invocación; llamada, toque (de la campana, de la trompeta); señal, aviso, anuncio; exhortación; convite, invitación.

dilista: Lenteja.

dorre: Torre.

ebaki: Cortar, cercenar, quitar cortando.

eder: 1. Bello, hermoso, guapo; preciosa (piedra). 2. Bueno, excelente, magnífico, admirable (referido a la bondad o calidad);agradable; bueno, calmo (referido al tiempo atmosférico, etc.). 3. Grande, crecido, numeroso, abundante (referido a la cantidad o tamaño).

edur: Nieve; (en ciertos contextos) nevada. Desus. Ahora *elur*.

egin: Hacer, construir, fabricar; hacer (un objeto no material); realizar (una acción, un acto); causar, producir; actuar, estar activo; preparar (una comida).

egunkari: 1. Jornalero. 2. Diario, publicación diaria. También *eguneroko, egunari*.

egur: Leña; leño.

eguzki: Sol; luz solar.

eguzki-lore: Girasol; en general, plantas que giran siguiendo la dirección del sol.

ehiztari: Cazador.

ekain: Junio.

eki: Sol (también en sentido figurado).

ekin: Dedicarse, ponerse (a hacer algo), acometer, insistir, continuar; enfrentarse, atacar.

ekintza: 1. Acción, obra, actividad. 2. Oficio.

eliza: Iglesia.

elkar: Pronombre recíproco. Junto, juntamente. Mutuamente, recíprocamente.

elur: Nieve; nevada (en ciertos contextos).

emagaldu: Prostituta.

emagin: Partera/o; comadrona.
eman: Dar, entregar.
erosi: Comprar.
erraldoi: 1. Gigante. 2. *(adj.)* Enorme, gigante.
erreka: 1. Riachuelo, arroyo; río. 2. Zanja, acequia; fosa, sima; barranco, valle.
errementari: Herrero. Herrero en las herrerías grandes, *olagizona*; en las de tienda, *errementari*.
ertzaina: Persona, agente del cuerpo de policía. Agente de la *Ertzaintza*.
ertzaintza: Policía, cuerpo de policía.
eskuma: Derecha, lado derecho. También *eskuin*.
eta: Y (conj. copulativa).
etorri: Venir; llegar, volver (menos frec.).
etxe: Casa, hogar.
etzidamu: El día siguiente a pasado mañana.
euri: Lluvia.
euskal: Vasco, de (en) lengua vasca. En algunos textos, generalmente modernos, parece referirse más bien al territorio o al origen que a la lengua.
euskaldun: Vasco, natural del País Vasco.
euskara: Lengua vasca.
ezker: Izquierda, lado izquierdo.

gabarra: Gabarra, barco pequeño y chato destinado a la carga y descarga en los puertos.
gabe: Sin (se emplea en gran cantidad de expresiones más o menos lexicalizadas).
gain: Parte de arriba, parte superior, parte alta; alto, altura, lugar elevado; cima, cumbre; superficie, exterior; techo, tejado; cubierta (de barco). Se emplea también con cierta frecuencia (sobre todo en textos sept.) para hacer referencia al Cielo.
gantz: Grasa animal, manteca.
gantzua: Ganzúa.
gara: Primera persona del plural del verbo *ser*; somos.
garagar: Cebada.
garagardo: Cerveza.
garbi: 1. Limpio. 2. *(uso adv.)* (En) claro; claramente; de modo

transparente.

gau: Noche.

gaupasa: 1. *(uso adv.)* Pasando la noche. 2. *(sust.)* Noche en vela (normalmente de fiesta).

gaztaña: Castaña (de *gaztaina*).

gazte: Joven; de poca edad (o, con comparativos, de mayor o menor edad); nuevo (aplicado a cosas).

gaztelu: Castillo.

gehiago: (acompañando a un sintagma nominal) Más.

gizaigel: Hombre rana.

goazen: primera persona del plural del verbo *ir*; vamos.

goi: 1. *(en casos locales de decl. sing.)* Parte de arriba. 2. Elevado, alto (sentidos prop. y fig.).

goiko: Superior a.

gora: Arriba.

gorri: Color rojo.

gudari: Guerrero; soldado. Combatidor, luchador.

guraso: (pl.) Padre y madre (válido para dos padres o dos madres).

gurutze: Cruz.

habia: Nido (de pájaros).

haitz: Peña, roca.

haize: Viento; aire.

hamaiketako: Almorzar. Comida que se toma a media mañana; a las once. Variantes: *hamarretako* y *hamabitako*.

hamarreko: Decena. Cosa de diez. 2. Un tanto que vale cinco unidades (en el juego del mus).

handi: Grande (en tamaño, magnitud, gravedad, etc.).

haran: Valle, hondonada.

hari: Hilo, cuerda.

haritz: Roble; árbol en general.

hariztegi: Robledal; bosque, arboleda.

harri: 1. Piedra (material); trozo de piedra, canto; roca. 2. Pedrisco, granizo grueso.

harrijasotzaile: Levantador de piedras.

hartu: 1. Coger, agarrar, asir; tomar, coger (en los brazos, sobre los hombros, en un recipiente...); coger, quitar (algo a alguien). 2. Pillar,

atrapar, capturar, apresar.

hasiera: 1. Principio, comienzo; origen. 2. Fundamento, base, principios.

hego: 1. Sur, parte meridional. 2. Viento sur. 3. Ala, apéndices que utilizan algunos animales para volar.

heriotza: Muerte.

herri: 1. Región, lugar, comarca, país, patria. 2. Pueblo; nación. En esta acepción, *herri* suele tomar en casos locales los sufijos de declinación correspondientes a los seres animados. 3. Pueblo, población, localidad (puede referirse en principio a cualquier entidad de población aldea, pueblo, ciudad...). 4. Tierra.

herrimin: Nostalgia (con respecto a un lugar de nacimiento).

hil: 1. *(aux. intrans.)* Morir. 2. *(aux. trans.)* Matar.

hitz: Palabra.

hiri: Ciudad, villa, población. Se refiere en principio a cualquier núcleo agrupado de población de cierta entidad.

huts: 1. Error, falta, fallo; defecto, tacha; pecado. 2. Nada. 3. Carencia, privación. 4. Vacío, ausencia. 5. Cero.

ibai: Río.

ibar: Valle.

idia: Buey.

igel: Rana.

igeri: Nadando; flotando, sobrenadando.

iheslari: Fugitivo. También *igeslari, ihesari*.

ikastola: Centro de enseñanza (escuela, colegio, instituto, universidad, etc.).

ikatz: Carbón.

ikaztegi: Carbonera.

ikur: Signo, señal; símbolo; signo de escritura.

ikurrin: Bandera.

ikurriña: Bandera vasca.

ilargi: Luna.

inar: Chispa, centella. También *inkar, pindar, txingar*.

independentzia: Independencia.

inguma: 1. Pesadilla, fantasma que, según el vulgo, posa sobre los que duermen. Genio de los sueños que oprime el pecho durante el sueño. 2. Mariposa.

Irabazi: Ganar, conseguir, obtener, granjear(se); merecer(se), hacer(se) merecedor (de).
irakurle: Lector. También *irakurtzaile*.
itsaso: Mar.
iturri: 1. Fuente; manantial. 2. Flujo, chorro. 3. Caño; grifo.
izadi: Naturaleza; conjunto de todos los seres. También *ixadi*.
izei: Abeto (usado también para designar otros árboles como el cedro). También *izai*.
izen: Nombre; denominación.

*jai***:** 1. Día festivo, día de fiesta; domingo. 2. Fiesta, reunión de personas con la intención de divertirse, celebrar o conmemorar algo.
jaio: 1. Nacer. 2. Brotar, surgir, salir.
jarrai: 1. *(precedido de dativo)* (Ir, andar…) tras (de), siguiendo (a). 2. *(sust.)* Continuación. Seguimiento, acción de seguir.
jaso: 1. Soportar, aguantar, cargar; sufrir. 2. Levantar, alzar, elevar (sentidos prop. y fig.); recoger (del suelo).
jator: 1. Auténtico, originario, original, genuino; castizo; legítimo. 2. Honesto, bueno, noble; ilustre, bien nacido.
jaun: 1. Señor, noble; señor, amo, dueño. 2. *(como tratamiento respetuoso)* Monseñor, monsieur, títulos. 3. Señor (ref. a Dios).
jaungoikoa: Dios (ref. al Dios único de los cristianos y la Biblia).

jauregi: Palacio.
jeltzale: Partidario del nacionalismo sabiniano.
jentil: 1. Gentil, amable, agradable. 2. Pagano.
jo: Pegar, golpear; chocar con; golpear, zurrar.

kabia: Nido.
kafe: Café.
kafesne: Café con leche.
kaiku: 1. Cuezo, cuenco o tazón grande con asa. 2. Majadero, necio.
kale: Calle, rúa.
kalekume: Habitante de la ciudad o población.
kalimotxo: Bebida formada por la mezcla de vino tinto y refresco de cola.
kanpoeder: Persona afable con forasteros o extraños.
kanpora: (sin ningún sintagma explícito que le preceda) Fuera (adlativo).

katu: Gato.

ke: 1. Humo; vapor, emanación gaseosa. 2. Humo(s), vanagloria, pretensión.

kide: 1. Compañero, colega, camarada; prójimo, semejante; de igual clase o condición, afín (ref. a personas). 2. Miembro.

kidetza: Afiliación.

koipe: Grasa.

kokots: Barbilla, mentón; hocico.

kontuz: Con cuidado, con atención. Cuidadosamente.

koordinakunde: Coordinadora.

korta: 1. Establo, corral, cuadra; caballeriza.

korrika: 1. Corriendo. 2. Con rapidez.

kukuso: Pulga.

kupela: Cuba grande (para vino). Barril.

kutun: 1. Amuleto. 2. Favorito, amigo predilecto, persona más querida. 3. Carta *(gutun)*.

kutxa: Arca, arcón. Caja.

lagun: Compañero, camarada, colega; prójimo; amigo.

laia: Laya. Un par de aparejos o instrumentos de labrar tierra.

lamina: Lamia, personaje (normalmente femenino) de la mitología vasca.

landa: Campo, terreno cultivado, plantío; prado.

lander: 1. Pobre. 2. Ruin, vil, bajo, despreciable.

larre: 1. Pastizal, prado natural; terreno inculto. 2. *(adjetivo)* No cultivado, no labrado.

lasai: (usos predicativos y adverbiales) Tranquilo, tranquilamente, con tranquilidad; cómodo, cómodamente, holgadamente.

lauburu: Cruz (ref. también específicamente a la esvástica curvilínea tradicional del País Vasco).

lege: Ley, norma, regla; ley natural, física; conjunto de leyes, código (legal o moral), conjunto de preceptos religiosos.

lehena: En primer lugar.

lehendakari: Presidente (como primer miembro de comp.).

leku: Lugar, sitio, parte; plaza, puesto; paraje, región. 2. Sitio, cabida (sentidos prop. y fig.).

lizar: Fresno.

lore: Flor (sentidos prop. y fig.).

lur: 1. Tierra. 2. Suelo.
lurte (lurta): 1. Desprendimiento de tierras. 2. Avalancha de nieve.

madari: Pera.
maite: 1. Amado, querido. 2. Amoroso. Amante. 3. *(como primer miembro de comp.)* Para indicar «de amor». *maite izan* (querer).
maketo: Calificativo que se dio a los inmigrantes en Vizcaya, cuando la Revolución Industrial, con ánimo ofensivo y ordinariamente limitado a la clase jornalera. Por antonomasia, los de tierras de Castilla, que dieron el mayor contingente de brazos para la minería y la siderurgia.
makito: Tonto, majadero.
malko: Lágrima.
marmitako: Cocido a base de bonito, patatas, etc., típico de los pescadores.
mendi: Monte, montaña; terreno natural.
mesedez: Por favor.
min: Dolor.
moztu: 1. Esquilar; rapar, cortar el pelo. 2. Cortar, suprimir, acabar.
muga: 1. Límite, barrera (fig.); limitación. 2. Final, límite, extremo.
musu: 1. Beso. 2. Labios, parte inferior de la cara de las personas; cara; hocico, morro de animales.
mutil: 1. Muchacho; mozo (en ocasiones aplicado también a los niños). 2. Sirviente, criado, servidor; empleado.

nagusi: 1. Amo, dueño, señor, patrón, superior, jefe. 2. *(uso pred.)* (Quedar, salir, ser, estar, etc.) vencedor, ganador, el primero, el mejor, superior, por encima (en una competición, juego, disputa, habilidad, arte, cualidad...); (ser) superior (en cantidad, en número), predominar; (ser) quien manda, quien controla. 3. Anciano, persona de edad avanzada.
nahi: Deseo, voluntad (acto de querer).
negu: Invierno.
nekatu: Cansar(se), fatigar(se), agotar(se); cansar(se).
nere: Mío/mía. También *nire*. De *ni*, yo.

ohore: 1. Honor, honra, dignidad; gloria, fama. 2. *(empleado frecuentemente en pl.)* Honor(es), demostración que se hace a una

persona en reconocimiento de su mérito o categoría.

oihan: 1. Bosque, selva. 2. Terreno inculto despejado. También *larre*.

oinatz: 1. Huella del pie; huella, rastro. 2. Paso.

ola: 1. Ferrería. Fábrica, taller. 2. Cabaña; tienda de campaña.

on: 1. *(adj.)* Bueno. 2. *(apl. a personas)* Bueno, bondadoso; bueno, recto.3.*(ref.a la cantidad o tamaño)* Bueno, grande, abundante.

ondo: Bien, buenamente (acompañando a un adj., adv. o expr. adverbial). Bien, muy. 2. Proximidad (de). 3. Lo siguiente a, lo posterior a. *Ondoan* (junto a).

ongi: Bien; adecuadamente, correctamente.

orokor: (adj.) General.

osakidetza: Servicio de Salud Vasco. Organismo encargado del sistema de prestaciones sanitarias públicas en la comunidad autónoma del País Vasco.

osasun: Salud.

osasunbide: 1. Tratamiento, sistema de curación, remedio; salud, higiene. 2. Nombre que adquiere el organismo encargado del sistema de prestaciones sanitarias públicas en la Comunidad Autónoma de Navarra.

ospa: (interj.) ¡Fuera!, ¡largo!

ostatu: Posada, fonda, mesón; taberna.

otsein: Criado, sirviente.

otso: Lobo.

pago: Haya, árbol de la familia de las fagáceas.

patxaran: 1. Anís de pacharán. 2. Endrino (planta y fruto). También *basahan*, *baxaran*, *baixaran*, *baisaran*, *patxaran*, *paxaran*.

pil pil: 1. Palpitando. 2. Bullendo, en ebullición. 3. A borbotones.

pilota: Pelota.

pilotari: Pelotari.

pitar: Aguapié, sidra hecha con residuos de la primera fermentación.

plaza: 1. Plaza, lugar de recreo, lugar público. 2. Plaza, mercado.

porrusalda: Caldo de puerros.

prest: Dispuesto, preparado. A punto.

sagar: Manzana.

sagardo: Sidra.

sagu: Ratón.
sala: 1. Sala, habitación principal de una casa; dependencia grande. 2. Casa, cortijo, granja.
sein: Niño (ref. generalmente a los niños pequeños).
seintzain: Niñera, ayo. También *seinzain*.
sorgin: Brujo, bruja, hechicero; adivino.
sorginkeria: Brujería, hechizo.
sortu: 1. Nacer. Proceder, nacer, originarse, provenir. 2. Surgir, salir; crear(se); formar(se); producir(se).
su: Fuego (sentidos prop. y fig.); fuego que se hace, hoguera; incendio.
sugekume: Cría de serpiente; perteneciente a una casta de serpientes (usado como insulto).
suhiltzaile: Bombero.
sukaldari: Cocinero.
sukalde: Cocina, zona de la casa próxima al fuego.

taberna: Bar.
talde: 1. Grupo de gente. 2. Grupo organizado; organización; partido político. 3. Equipo. 4. Conjunto de cosas. 5. Rebaño; manada, grupo de animales.
talo: Torta de maíz.
ternua: Terranova.
toki: Lugar, sitio; paraje.
tripazorri: Piojo de vientre, nombre aplicado al hambre.
Truke: 1. A cambio de. 2. *(sust.)* Cambio, intercambio, trueque.
txabola: Cabaña, choza.
txakolin: Chacolí.
txakur: Perro.
txalupa: Chalupa, lancha, bote.
txangurru: Centollo.
txantxigorri: Torta tradicional de Navarra que se elabora con cerdo, azúcar y canela.
txapel: Sombrero; boina; gorro.
txar: 1. Malo, no deseable; desagradable. 2. Malo, de poca calidad.
txarto: Mal, de mala manera, malamente tra-trá.
txatar: 1. Pequeño, desmedrado, insignificante, de poco valor, poca cosa. 2. *txatarra*, debiéndose emplear en las labranzas todos los rehúses de

metal. Escoria que deja el mineral de hierro, residuos de hierro.

txigortu: Tostar(se), asar(se), achicharrar(se).

txiki: 1. Pequeño, menudo; corto; bajo (ref. a personas). 2. De poca importancia, de poca intensidad (ref. a sentimientos, sensaciones...). 3. Corto de edad, joven.

txikito: 1. Chiquito, chaval (usado en vocativo). 2. Chiquito de vino.

tximista: Relámpago; rayo.

txinparta: 1. Chispa o ascua que salta del fuego. 2. Brasa.

txirla: Nombre aplicado a diversos moluscos bivalvos y a sus conchas.

txirula: Flauta; referido también de modo específico a la flauta tradicional vasca de tres agujeros, especialmente a su variedad suletina.

txiruliruli, txiroliroli: Onomat. del canto de los pájaros.

txistera: Cesta.

txistor: Longaniza; chorizo. «El chorizo que tiene mucho tocino».

txistu: 1. Silbido;sonido sibilante. 2. Chistu, flauta vasca de tres agujeros.

txistulari: Flautista.

txotx: Palillo; palito, leña menuda. También *zotz*.

txotxolo: Necio, lelo.

txuri: Blanco/a. También *zuri*.

txurrut: Sorbo.

uda: Verano.

udaberri: Primavera.

udazken: Otoño.

ugarte: 1. Isla (de *urarte*). 2. Entre aguas.

unai: Pastor de vacas, vaquero de monte.

ur: Agua.

urdin: Azul.

urketari: Aguador/a.

urki: 1. Abedul. 2. Líquido.

urruti: 1. Lejos. 2. Lejano. 3. *(con verbos de movimiento)* Alejar. *uso*: Paloma.

uztail: Julio.

zabal: 1. Ancho, amplio; extenso. 2. Abierto. Abierta (puerta, ventana, casa). 3. Generoso. 4. Grande.

zahar: 1. Viejo (ref. a seres vivos hombres, animales o plantas). Anciano de edad avanzada. 2. Antiguo, de otro tiempo. 3. Viejo (amigo).

zain: (trad. usado como imperativo) Cuidado, ten(ed) cuidado.

zaindu: Cuidar, amparar, guardar, proteger, custodiar.

zamarra: Pelliza, *txamarra*; chamarra.

zapaburu: Renacuajo.

zapar: Voz onomatopéyica que denota el ruido de una lluvia muy fuerte.

zaparrada: Chaparrón.

zapo: Sapo.

zati: 1. Pedazo, trozo, fragmento; porción, parte; parte en que se puede dividir una obra, etc. 2. Rato, periodo de tiempo.

zentzu: 1. Entendimiento, juicio, inteligencia. 2. Sentido corporal. Sentido, potencia de percibir.

zentzugabe: Insensato, irreflexivo, poco juicioso.

zesta-punta: Cesta punta (juego).

zigor: 1. Vara, palo; bastón; 2. Castigo; azote, paliza.

zinema: Cine.

zintzarri: Cencerro, esquila, campanilla.

zorion: 1. Felicidad, dicha. 2. Felicitación, enhorabuena.

zorioneko: Dichoso, feliz; afortunado.

zorripiztu: Nuevo rico, advenedizo.

zorro: 1. Bolsa; saco. 2. Tripa, barriga; estómago.

zorte: Suerte, fortuna, azar; suerte, paradero.

zuhaitz: 1.Árbol. 2. Tronco.

zuhur: 1. Sabio; prudente, cuerdo, sensato. 2. Ahorrador, económico; avaro, tacaño. 3. Hábil.

zulo: 1. Agujero, hoyo; socavón. 2. Agujero, orificio; brecha.

zuri: Blanco/a. También *txuri*.

zurra: Paliza.

zutabe: Poste; columna.

zuzen: 1. Recto, derecho. 2. Recto (moralmente); correcto, apropiado.

Bibliografía

Actividad antiterrorista, Balance 2001, <http://www.interior.gob. es/documents/10180/1210063/Actividad+Antiterrorista.pdf/ 8237f680-d09e-4401-8526-0d7156ab1e8b>.

Anasagasti, Iñaki, «Hace 43 años inventamos el Alderdi Eguna», <https://blogs.deia.eus/anasagasti/2020/09/22/hace-43-anosinventamos-el-alderdi-eguna/>.

Aramburu, Fernando, *Patria*, Barcelona, Tusquets, 2016.

Casado Velarde, Manuel, «Sobre un préstamo sufijal del euskera al español "-tegui"», *Hesperia: Anuario de filología hispánica*, n.º 20, vol. 1 (2017), pp. 7-19.

De Goikoetxea, Nestor; «Urdiola», Araluze, *«Toponimia euskara», Zientzietako Aldizkaria*, Bilbao, Bikaiko Foru Aldundia, 1984.

Elorz Domezain, Juan Ramón, «Léxico vasco residual de Artajona», *Fontes linguae vasconum: Studia et documenta*, año XXIX, n.º 76, pp. 473-496.

Etxebarria, Maitena, «La situación sociolingüística de la lengua vasca hoy: País Vasco y Navarra», *Confluenze: Rivista di Studi Iberoamericani*, n.º 7, vol. 2 (2015), pp. 13-45.

Euskaltzaindia, *Elhuyar Hiztegia*,Kultura eta Hizkuntza Politika Saila: <https://www.euskadi.eus/diccionario-elhuyar/>.

Iparragirre Lazkano, Pilar, *Felix Likiniano. Ezina, ekinez egina*, Tafalla, Txalaparta, 1994.

Kintana Urtiaga, Xabier, *Justo Mari Mokoaren lana eta eragina*, Bilbao, Euskatzaindia, 2001.

Klaudio Harluxet Fundazioa, *Harluxet Hiztegi Entziklopedikoa*, Eusko Jaurlaritza, <http://www1.euskadi.net/harluxet/>.

Lekuona, Juan Mari, «Euskal fraseologia. Aita Justo Maria Mokoroari bere mendemugaren hasieran ongi etorria eta sarrera-hitzak», *Euskaltzaindiaren lan eta agiriak*, *Liburukia*, n.º 46, vol. 1 (2001), pp. 17-20.

Muguruza Montalbán, Félix, «El día en que se fueron las grullas», *Revista*

Olentzaro, 2000.
Redondo, Dolores, *El guardián invisible*, Destino, Barcelona, 2012.
—, *Legado en los huesos*, Destino, Barcelona, 2013.
—, *Ofrenda a la tormenta*, Destino, Barcelona, 2015.
RAE, *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española* (NTLLE), Real Academia de la Lengua Española, Madrid, 2008, <https://apps.rae.es/ntlle/SrvltGUISalirNtlle>.
Rementería, Íñigo, *Gure abi izenak*: *Araba, Bizkaia eta Gipuzkoa*, <https://www.euskalkultura.eus/fitxategiak/plone/files/euskal-genealogia/BizGip-2.pdf>.

FILMOGRAFÍA

Martínez Lázaro, Emilio [director], *Ocho apellidos vascos*, Lazonafilms, Kowalski Antonio Films, Telecinco Cinema, 2014.
Pedraza, Óscar y Félix Viscarret, [directores], *Patria* (serie de televisión), Alea Media-HBO, 2020.

Agradecimientos

A Mari Cruz, Iñaki y Jon. La *famiglia*.

A Isaías. Por tu apoyo, las conversaciones de pasillo y los primeros pinitos en la Unidad de Vigilancia de lo que ahora es *Euskaratú*.

A Javi, porque me obligaba a sentarme delante del ordenador; a Patri, por ayudarme a gestionar —entre muchas cosas— el síndrome de la impostora; a Xabi, por ser un amigo titular en el proceso, y a Joseba, el primer oyente que este libro conoció en la ciudad más bella que jamás vio el sol.

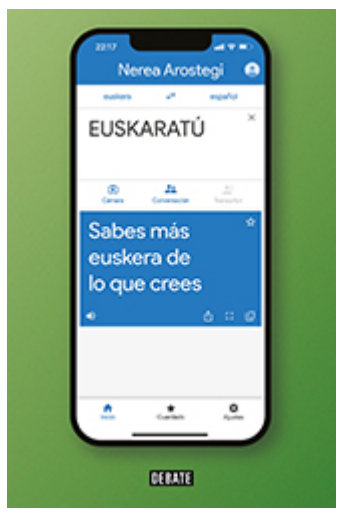
A Pello, porque la crítica constructiva existe y la lectura de un profesional ha hecho de estas páginas un libro mejor.

A Ana, Roberta y Miguel. Porque vuestra fe en este libro ha sido indispensable.

Fin
BUKAERA

Sabes más euskera de lo que crees, y este libro te lo demostrará.

«¿Es complicado el euskera? ¿Cuando lo escuchas te parece que no entiendes nada? ¿Piensas que es un idioma imposible de pronunciar? ¿Tiene letras desconocidas? ¿Es una lengua que solo hablan unos pocos? Estas preguntas tienen algo en común: al final de este libro, tu respuesta a todas ellas será *no*».



Euskaratú no pretende ser una lección de historia ni de filología vascas, sino un inteligente y entretenido ensayo sobre el euskera. Repleto de curiosidades y rebosante de ejemplos, este libro desbroza no solo la belleza de una lengua a priori incomprensible para muchos, sino también, y esto es lo que

más sorprenderá al lector, su cercanía.

Porque, como demuestra Nerea Arostegi a lo largo de estas páginas, el euskera está mucho más presente en nuestras vidas de lo que pensamos. Se cuela en nuestras casas a través de los libros y la radio, la televisión, la publicidad o la prensa escrita. Cocinamos «cocochas» o bacalao «al pilpil» y usamos las «mochilas» para transportar objetos cómodamente; lanzamos «órdagos» y empleamos la palabra «izquierda» gracias al euskera.

Comprender el uso y origen de este idioma nos permitirá desmontar ideas falsas y asentados prejuicios en torno a él, y lo que es mejor: despertará en cualquier persona un interés insospechado por esta maravillosa lengua.

Nerea Arostegi (Bilbao, 1991) Hija de Mari Cruz e Iñaki. Hermana de Jon. Nieta de Mari. Estudió Comunicación Audiovisual en Bilbao y tiene un máster en Periodismo en Radio y Televisión. Tal vez la recuerden de otros trabajos: de la televisión en ETB (Euskal Telebista) o de la radio donde la has podido escuchar en *Graffiti* de Radio Euskadi y en programas de la Cadena SER como *La Ventana, Todo Por La Radio, Tramas Maestras, De lo bueno lo mejor…* y cualquier proyecto radiofónico que le echen encima porque ese aparato sonoro es su pasión.

¿Qué más se puede decir? ¡Ah, sí! Este es su primer libro. Aquí el hilo conductor es el euskera pero entre líneas conocerás su placer por la comida, los chistes malos y *Friends*. Y hay más para contarte pero como dijo la gran Phoebe Buffay "ojalá pudiera, pero no quiero"

Primera edición: marzo de 2023

© 2023, Nerea Arostegi Brizuela
© 2023, Puño, por las ilustraciones
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: © Artur Galocha

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1939-933-5

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
Twitter: @debatelibros
Instagram: @debatelibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Euskaratú. Sabes más euskera de lo que crees

Prólogo, por Isaías Lafuente

1. Introducción

2. Informa y forma

3. La letra con sangre entra

4. Cultura

5. La marca del euskera

6. No todos los vascos son Patxi ni todas las vascas, Miren

7. Más de ocho apellidos vascos

8. Euskaltellano

9. Los quince términos que debes saber

10. Tu diccionario

Bibliografía

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Nerea Arostegi

Créditos